

IDA
CCIO

COCHIN
PLATICAS

4

BV43

C6

v. 4

003531



1080015169



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

DIÓCESIS DE LEÓN
BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL

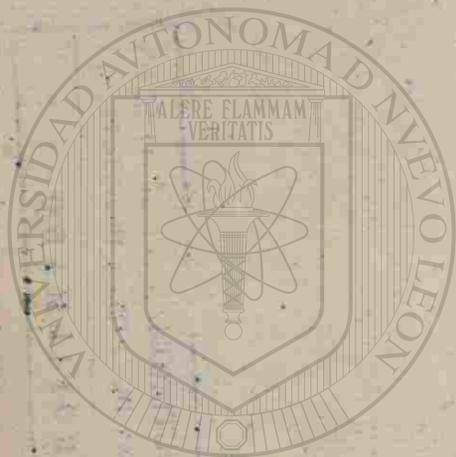


UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3-23-83 MICROFILMADO R=50



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO GENERAL DE BIBLIOTECAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
ESTEREO VALVERDE Y T.

PLÁTICAS
Ó
INSTRUCCIONES FAMILIARES
SOBRE
LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS
DE TODO EL AÑO,
Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS
QUE CELEBRA LA IGLESIA.

ESCRITAS EN FRANCÉS
POR *MR. COCHIN*,
CURA PÁRROCO DE SANTIAGO EN PARÍS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

CON LICENCIA.
POR DON BENITO CANO.

AÑO DE 1800.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BV 43

CG

v. 4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

FONDO
VALVERDE Y TELLEZ

132941

3

INSTRUCCION
SOBRE
LOS JUICIOS TEMERARIOS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 6. v. 37.

No juzgueis, y no sereis juzgados.

Voy á combatir, hermanos míos, en este día un vicio muy común, y es el de los juicios temerarios que se forman sobre todas las clases y condiciones. Juzgamos á los Reyes que la Providencia ha puesto sobre el trono, y sujetamos á nuestra censura sus decisiones y sus leyes, como si tuviésemos solos la ciencia de la política, y del gobierno. Juzgamos á los Ministros del altar, se les atribuyen miras de ambicion, de intereses y de fortuna, y echando siempre á mala parte hasta sus mas pequeñas acciones, se debilita aquella confianza que

A 2

008531

debemos tener de ellos para el ejercicio de su ministerio. Juzgamos á los Magistrados, atribuimos sus sentencias y decisiones al cohecho, al favor, y á la parcialidad, y sospechando siempre de injusticia sus juicios, se hacen muchas veces los pleytos interminables. Juzgamos la piedad y la virtud, suponiendo á los piadosos intenciones y motivos siniestros, los acusamos de hipócritas, y ponderamos con demasiada malignidad y ligereza las imperfecciones y flaquezas que se encuentran en ellos como en el resto de los hombres. ¿Y por ventura estará Dios libre de la indiscrecion de nuestros juicios? No, hermanos míos, la lengua de los malos es como un cachillo afilado, que despues de haber cortado quanto encuentra, y de haberla hecho correr sobre la tierra, la llevan hasta el cielo para indagar y sondear los secretos y las justicias de la Divinidad, y para blasfemar de su santidad, su sabiduria y su poder. ¿No tendré, hermanos míos, motivos suficientes para clamar contra un vicio tan peligroso y tan comun. ¿No tendré derecho para representaros toda la fealdad de tan desgraciada costumbre? Tened

presente el consejo del Apóstol, y sabed, que un juicio terrible, y una condenacion inevitable está reservada para el que juzga con ligereza y temeridad. Vuestros juicios indiscretos serán condenados en primer lugar en el tribunal de Dios, porque juzgando indiscretamente, le usurpais la parte mas esencial de su autoridad y soberanía: despues en el tribunal de vuestros próximos, por los agravios irreparables que les causais repetidas veces; y por último en el tribunal de vuestra propia conciencia, porque sofocais sus luces y remordimientos.

Si, hermanos míos, los juicios temerarios serán condenados en el tribunal de Dios, porque se usurpa en ellos una parte esencial de su autoridad. Reconoced á quien se atribuye el derecho de juzgar en las santas Escrituras. ¿Acaso está entregado á los hijos de los hombres? Siendo el error y la mentira como una propiedad de la humanidad, ¿sería posible que se les diese esta mision? El Profeta dice: mentirosos son los hijos de los hombres quando toman en su mano la balanza para juzgar; y así no á ellos, sino á vos solo, Dios mio,

es á quien pertenece el juicio y la justicia ; á vos que sondeais los corazones y sus senos mas escondidos ; á vos que debeis juzgar este vasto universo con equidad y con sabiduría ; á vos que penetrais los abismos , y el corazón del hombre es uno de ellos. Christianos, ¿ pensais que Dios necesita de vuestros auxilios para exáminar las acciones de sus criaturas , para sondear sus intenciones y motivos ? ¿ No es acaso bastante sabio para dirigirlas ? ¿ No es bastante poderoso , si se desorganizan sus obras , para reformarlas ? ¿ No será bastante justo para vengarse aquel que se ha reservado los castigos y las retribuciones ? Quando tomais á vuestro cargo , por un zelo indiscreto y temerario , el juicio de vuestro próximo , ¿ pretendéis reformar los abusos que Dios permite por designios de misericordia y sabiduría ? ¿ Pensais ser mas ilustrados , ó imagináis que , mereciendo su alta desaprobación vuestros juicios insensatos , ha puesto en vuestra mano los intereses de su gloria ? Hermanos míos , ¿ qué desórdenes y males veríamos en el mundo si Dios nos dexase el derecho de juzgar segun nuestros caprichos ! Diferenciándonos

todos en carácter , en sentimientos , en humores , no habria virtud que no se contradixese , ni abuso que no tuviese sus aprobadores y prosélitos. Pero á pesar de la prohibicion expresa que tenemos , ¿ no nos autorizamos todos los dias para fallar sobre objetos , cuyo conocimiento se ha reservado la Sabiduría infinita ? Aunque nuestros juicios sean rectos y legítimos , ¿ estaremos seguros de obtener el voto y la aprobacion de todos los oyentes ? No , hermanos míos , porque cada uno se atribuye la libertad de juzgar , y cita á su tribunal las acciones de todos. De aquí proviene esa perniciosa timidez , ese desgraciado respeto humano que contiene á las almas sencillas y virtuosas , las cuales se abstienen muchas veces de las acciones mas loables , porque temen la malignidad de los juicios. Hace mucho tiempo , Dios mio , que vuestro Profeta os conjuraba para que os levantaseis y juzgaseis vuestra causa. Pues , hermanos míos , sabed que ya la tiene juzgada , y que todos los juicios temerarios estan condenados en su tribunal como una usurpacion culpable de su autoridad.

Los agravios irreparables que se ha-

cen al próximo son otro título de condenacion. Vosotros, hermanos míos, que juzgais con tanta precipitacion y ligereza, escuchadme. ¿Podréis contar los agravios que habeis hecho á vuestros hermanos con los juicios precipitados? Suponiendo que no juzgueis mas que una sola vez, delante de una sola persona, en una circunstancia poco interesante en sí misma, ¿podréis responder de los efectos de vuestros juicios? La menor indiscrecion en esta materia ha producido, hermanos míos, muchas veces conseqüencias muy funestas é impresiones las mas peligrosas. Es verdad que os habeis explicado en ciertos términos; ¿pero habeis podido detener las sospechas y los nuevos juicios que se han formado con la ocasion de vuestros discursos indiscretos? Diréis que os han prometido el secreto, ¿pero por qué habeis de pensar que los otros callarán las cosas que vosotros publicais? ¿No sabeis cómo va pasando de boca en boca el descrédito del próximo siempre con la condicion esencial del secreto? ¿podréis penetrar las conseqüencias que han producido estas hablillas? Cierta persona tenia crédito y recursos, y ya no los

tiene; contaba con sus amigos, y lograba la estimacion pública, y ya se le desprecia; en su estado y en su comercio conseguia algunas ventajas, pero ya parece y se arruina. ¿Qué causa, hermanos míos, para estas novedades? He aquí precisamente una materia para nuevos juicios. Su falta de conducta, el abuso que ha hecho de la confianza es la causa, decid, de su desgracia; pero yo digo que ella procede en realidad de los juicios indiscretos, y de las temerarias sospechas.

En el libro del Exódo leemos que queriendo Moysés en los primeros dias de su mision apaciguar una disputa que se habia suscitado entre dos Hebréos, le dixéron ellos no conociendo aun su autoridad. ¿Quién te ha hecho juez entre nosotros? Si yo os fuese siguiendo, hermanos míos, en las diferentes situaciones y circunstancias de vuestra vida, si tomase parte en vuestras conversaciones, ¿no podria interrumpiros dirigiéndoos las mismas palabras? Abandonan los hijos sus obligaciones, se distraen y se corrompen; inmediatamente se atribuye á la mala educacion, al mal exemplo, y á la poca vigilancia de los padres. Si una persona toma una vida

mas abstraída y devota, se le suponen intenciones siniestras, ó que acaso se ha movido á ello en despecho de algun sentimiento ó mal suceso. Si un jóven ó una jóven frecúentan por necesidad una casa regular y christiana, donde por casualidad haya gentes de sexô diferente, luego se inventan amores y pasiones desordenadas. Hermanos míos, si los pecados son tan comunes, ¿para qué formar otros imaginarios, para qué molestarnos con escándalos inventados á propósito y á placer? Seamos comedidos en hablar, dice el Apóstol Santiago, y por consecuencia seámoslo tambien en juzgar: no temamos que el Señor nos reprehenda esta lentitud: tengamos siempre á la vista la caridad fraterna y nuestra propia ignorancia. ¿Sobre qué apoyais la mayor parte de los juicios poco favorables que haceis de vuestros hermanos? O bien sobre el conocimiento general que teneis de la corrupcion del corazon humano, ó sobre noticias poco exáctas de sus defectos particulares; pero nunca contaís con el exámen de las intenciones y de los motivos que tiene para obrar de aquella manera; y hasta tanto es necesario no aventurar los

sobre los Juicios Temerarios. II
juicios: si la falta es pública, la ignorancia y el desprecio pueden servirle de excusa; y si es secreta, sepultadla en el olvido: excusad á vuestro hermano la vergüenza de la notoriedad de sus crímenes, y á todos generalmente el escándalo que podeis causarles.

Sobre todo, hermanos míos, ¿quáles son los bienes que os prometeis de un juicio temerario? ¿Será la gloria de Dios? Pero ya sabeis que nada mueve mas á los impíos, y á los libertinos á blasfemar su nombre, que la costumbre perniciosa de juzgar que tienen los Christianos, aun aquellos que aparentan una vida moderada y edificante. ¿Acaso la conversion del pecador? Pero si esto intentais, ¿por qué ocultarle vuestros malos juicios? ¿por qué aprovecharse de su ausencia para divulgarlos? ¿por qué temeis que se exáspere contra vosotros si llegan á tener noticia de vuestra conducta? ¿Será la edificacion de los sugetos á qu'enes dais estas noticias? Pero los escándalos edifican? En fin ¿será vuestra propia satisfaccion? ¡Ah, hermanos míos! ¿la caridad christiana podrá conformarse con la indiscrecion de los juicios? Entrad en vuestro propio cora-

zon, y preguntad á la conciencia. Sí, ¿qué dice la conciencia quando juzgais temerariamente? Ella os acusa en primer lugar de la crueldad con que despedazais á vuestros próximos quando no pueden justificarse ni defenderse, y de la mala correspondencia que teneis con personas que os deben ser muy apreciables por los beneficios que habeis recibido de su mano: ella os acuerda aquel gran principio de la naturaleza, y de la ley de Dios de no hacer á otro lo que no querais para vosotros: ella os echa en cara la dureza con que sofocais los buenos sentimientos, los talentos y las virtudes de muchos que harían honor sin estas trabas á la patria y á la Religion.

En segundo lugar os acusa la conciencia de orgullo, y remitiéndoos á vuestro propio corazon, os descubre las llagas que pretendéis ver en los otros: ella os prueba que si atribuis á las acciones del próximo intenciones torcidas y pecaminosas, es porque en iguales circunstancias obraríais sobre semejantes principios.

En tercer lugar os acusa de injusticia, y os pregunta sobre qué fundamentos apoyais vuestros juicios: ella os

prueba que por lo regular no teneis otros que sospechas infundadas: ella os advierte que á una causa bien instruida debe preceder siempre el exámen á la sentencia, y que trastornais el órden quando quereis pronunciar sin calificar los hechos.

En quarto lugar os acusa de parcialidad, porque solamente se escapan de vuestros juicios los compañeros de vuestros placeres é injusticias. ¡Ah, qué industriosos sois quando se trata de paliar vuestras faltas y las de vuestros amigos!

En quinto lugar os acusa de animosidad y de envidia, porque es evidente que la venganza, el resentimiento y el interés son los resortes mas comunes de los juicios temerarios. Si os acusan y reprehenden de defectos que son públicos y de mal exemplo, ya no sabeis responder sino buscando otros imaginarios que echar en cara á los acusadores. Si hay quien os manifieste indiferencia y desprecio, ya os autorizais para echar á mala parte todas sus palabras, y para buscar motivos siniestros á todas sus acciones. ¡Y qué diré del interés, causa la mas inmediata de los juicios temerarios entre personas de un mismo estado y

condicion? Piensan muchos que no pueden hacerse grandes adelantamientos, que no pueden conseguirse los ascensos, el crédito, las ventajas, sino alterando y destruyendo la opinion y los recursos de los otros.

La conciencia os acusa tambien de imprudencia y precipitacion, porque propagais los malos juicios con la misma velocidad que los formais, sin consideracion alguna á las consecuencias; ella os acusa del pecado más enorme, porque ni teneis autoridad que os dé derecho para juzgar, ni luces que dirijan vuestros juicios, ni la integridad de corazon que pudiera hacerlos irreprehensibles.

En fin, os acusa de impiedad y de irreligion, porque violais las leyes más sagradas de la piedad y de la caridad. La caridad no piensa el mal, ni aun donde se hay, y vosotros le imaginais donde no está. La piedad se ciñe al examen de los propios defectos, y vosotros buscáis los agenos. El espíritu de religion emplea todo su zelo para la propia reforma, y todos vuestros cuidados no són más que por la reforma del próximo. Así, hermanos míos, escuchad la conciencia, y ella os dirá con el Após-

tol Santiago: ¿tú quién eres para juzgar al próximo? ¿Qué mision es la que has recibido del Señor para atribuirte una parte tan esencial de su autoridad? ¿Qué luces y conocimientos sobrenaturales te se han inspirado para que con ellas quieras penetrar las intenciones y los pensamientos secretos de tu hermano? ¿Cuál es tu inocencia, y pureza de costumbres para sondear con tanto orgullo su corrupcion? En una palabra, siendo tan corrompido, y teniendo tantos defectos ocultos que asombrarian á todos si se manifestasen, ¿quién eres para juzgar á tu próximo, que si por una parte tiene algunas faltas de poca consideracion, por otra tiene mil perfecciones de que eres incapaz?

Conozco, hermanos míos, que ántes de acabar esta instruccion seria muy útil prescribir las reglas necesarias para su gobierno así á las personas habituadas á juzgar temerariamente, como á los que por flaqueza se dexan arrastrar de las impresiones peligrosas de los malos juicios. Seria preciso hacer comprehender á los primeros, que pues son tan incompatibles los juicios temerarios con la verdadera devocion, deben poner gran

cuidado para no caer en ellos, y que el medio de conseguirlo es juzgarse á sí mismos sin misericordia, entrar con frecuencia en los interiores de su corazón, y finalmente, no condenar á los demás antes de saber si tienen que corregir. Debería decir á los débiles que viviesen siempre en desconfianza, y se alejasen de las personas que juzgan precipitadamente, y que el mérito ó demérito de los hombres no le apoyasen sino sobre pruebas nada equívocas y sospechosas. Pero estas reglas son susceptibles de grande extension, y estrechando el tiempo, acabaré con aquel consejo que daba el Apóstol San Pablo á uno de los fieles de la Iglesia naciente: no juzgues antes de tiempo. Como si dixese: ten presente que no tienes derecho alguno para examinar y sondear las intenciones y las acciones de tu hermano. Dios por tanto te ha regalado las luces que se requieren para estos juicios: Tú no ves las cosas sino por de fuera, y el mérito ó el vicio consisten en la intencion. Dios solo es el que conoce los fines que mueven las obras de los hombres, y pono á nuestros ojos un velo para nuestra confusion. Así no prevengáis con juicios

indiscretos, el tiempo en que cada cosa será estimada segun su justo valor.

Dios que está conociendo los secretos mas íntimos del corazón, quiere sin embargo suspender ahora sus juicios y sus justicias. Imitad su moderacion y su paciencia; esperad que venga y tome en su mano la balanza. No juzgará, no, como vosotros, con precipitacion y ligereza: sus juicios no se fundarán sobre apariencias, sospechas, y relaciones vagas, sino que iluminará las cosas mas escondidas y tenebrosas. Christianos, que por costumbre juzgais tan indiscretamente, ¿pensais tener muchas ventajas en esta manifestacion universal? ¿Qué diréis quando entréis en comparacion con vuestros hermanos? Por un lado se verá quiza la inocencia de los motivos, y la pureza de las intenciones que excusará las acciones que censurabais, y haciais odiosas, y por otro se descubrirán en vuestro corazón la envidia, el interes, y los otros vicios que os precipitaban en los juicios temerarios. Hermanos míos, ordenemos nuestros juicios por la caridad, porque llevándola por guia es difícil engañarnos. Hablemos de todos con gran comedimiento, reservemos la se-

verdad para con nosotros mismos, y entónçes templarémos el rigor de los juicios del Señor, y conseguiremos un derecho para que nos trate con misericordia por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO II.
DESPUES DE PASCUA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 2. v. 21. 25.

Carísimos: Jesu-Christo padeció tambien por nosotros, dexándoos exemplo para que sigais sus pisadas. Que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca; El que quando le maldecían, no maldecía: padeciendo, no amenazaba: mas se entregaba a aquel que le juzgaba injustamente: El mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo so-

despues de Pascua.

bre el madero: para que muertos á los pecados, vivamos á la justicia: por cuyas llagas habeis sido sanados. Porque erais como ovejas descarriadas: mas ahora os habeis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas.

INSTRUCCION.

Estos dias, hermanos míos, estan consagrados por la Iglesia para que nos alegremos de la Resurreccion de su Esposo, y así quiere que todos sus hijos participen de esta alegría; pero tambien teme que ella no les haga olvidar lo que ha costado á su Salvador el enxugar sus lágrimas, y disipar sus inquietudes; y teme mucho mas que acaso no vengán á desconocer el espíritu de penitencia, de humildad, de dulzura, de sumision y de paciencia, que son los frutos de este gran misterio. Por tanto en la Epístola de hoy nos pone delante la conducta de Jesu-Christo en los dias de su vida mortal, los motivos que le determináron á ofrecer tan doloroso

sacrificio, y los efectos que produxéron sus tormentos, los cuales servirán de instruccion al Christiano dócil y fiel, y de condenacion al indócil y rebelde.

Jesu-Christo padeció tambien por nosotros. El Apóstol San Pedro no se detiene á probar esta verdad, porque es incontestable; pero yo intento ocurrir al abuso que se hace de ella con las fatales conseqüencias que sacan los Christianos. Jesu-Christo padeció por nosotros, dicen muchos: todo, pues, está hecho para mi salvacion eterna: ya no tengo que hacer esfuerzos para vencer mis enemigos, ni penitencias que cumplir para la expiacion de mis pecados. Yo estoy baxo la salvaguardia de Jesu-Christo, y segun las santas Escrituras, nadie me arrancará de su mano. ¡Qué desgracia! El mayor número de Christianos obra como si estuviesen persuadidos de esta injusta conseqüencia; pero ved como el Apóstol San Pedro la destruye con las siguientes palabras. Jesu-Christo padeció por nosotros, dexándonos exemplos para que sigais sus pisadas; y así desde entónces su muerte y sus tormentos no son simplemente un motivo de reconocimiento, sino tam-

bien un motivo de emulacion. No solo ha padecido para remediar nuestras desgracias pasadas, sino que nos ha presentado en sus dolores un remedio para nuestras miserias habituales, y en un solo y único sacrificio ha desempeñado para con nosotros dos funciones muy diferentes: á saber, la de víctima para expiar los pecados, y la de modelo para evitarlos: por manera que si un Christiano tiene estrecha obligacion de poner su confianza en Jesu-Christo, de contar con la eficacia de su sacrificio, y atribuir su salvacion al precio de sus tormentos y de su muerte, tambien la tiene de meditar sus exemplos, de practicar sus virtudes, y de caminar con firmeza sobre las huellas de tan gran modelo. ¡Qué exemplos, hermanos míos! Escuchad al Apóstol que los reúne en pocas palabras.

Exemplo de generosidad. Jesu-Christo ha padecido solo por nosotros, porque él no habia cometido pecado alguno. No son sus propias deudas las que ha pagado, porque á nadie debia nada, y tenia el derecho de esperar para sí solo el homenaje del respeto, del amor y del reconocimiento. Sin

embargo ¡qué afán para pagar deudas tan ajenas! ¡qué nobleza en los pasos que da para este fin! ¡Qué profusión en el precio á que nos ha rescatado! Y á vista de esto ¿tendremos valor para murmurar quando el Señor exige de nuestra parte algun sacrificio, quando quiere que paguemos nuestras deudas diarias con las contradicciones y trabajos que nos prepara?

Exemplo de sinceridad. Su boca nunca se abrió para decir una mentira; pero sin embargo ha sido tratado como un blasfemo, azotado y coronado de espinas como un seductor, mofado como si fuera un personage de teatro. Nosotros por el contrario ¿no sacrificamos todos los dias la verdad al interés, á las burlas, á las conversaciones mas indiferentes? Si alguna vez nos contradicen, ¿respetamos la verdad manifestándonos humildes y sinceros? Si nos desmienten, ¿no suscitamos quejellas y quejas injustas? ¿no nos valemos de esta ocasion para nuevas mentiras?

Exemplo de dulzura. Jesu-Christo que tantos medios tenia para defenderse, y para confundir á sus enemi-

gos, nunca volvió injuria por injuria quando se vió oprimido y maltratado: nunca se le oyó una palabra para justificarse, ni una amenaza para satisfacer su resentimiento y su venganza. Ved, Christianos, qué conducta. ¿Y serán justas á vista de ella esas disputas interminables, esas contestaciones indecentes donde se excita el furor, donde se profieren los dichos mas obscenos, las injurias mas picantes que la honestidad sola prohibiria á criaturas racionales, quando la Religion no las condenase?

Exemplo de resignacion. Quando se ve maltratado, léjos de amenazar y de manifestar una severa indignacion, se entrega voluntariamente á un juez injusto. No es, hermanos míos, un delinquente quien subscribe á su condenacion, y quien se hace un mérito de un sacrificio necesario, que acepta por la fuerza: es el Santo de los Santos el que se ve confundido en el número de los malvados de la tierra: es el justo por esencia á quien se condena por los testimonios de los malos: es la verdad misma la que se ve oprimida por la mentira y la impostura: es el Príncipe de

la Paz á quien sacrifican la envidia y el furor. Si le acusan, apénas responde, y no trae testimonio alguno en su favor, ni profiere la mas mínima amenaza contra sus enemigos: finalmente suscribe con perfecta sumision á los decretos del Padre que desde el principio del mundo le habia escogido para ser nuestra victima de expiacion. Ved como reprueba con su conducta ese espíritu de murmuracion que manifestais en los disgustos mas triviales; esa inquietud con que llevais el yugo de la pobreza; la impaciencia con que sufris las enfermedades y el mal trato que en ellas dais á los asistentes; y en fin ese espíritu de blasfemia que le inspira al Christiano afligido tantas quejas indecentes, tantos insultos escandalosos á la Providencia, que por un efecto de su sabiduría y su bondad le prepara aquella afliccion. Juzgad por estos exemplos la conducta de los Christianos que no se avergüenzan de ser enemigos de la cruz de Jesu Christo, que no quieren oír su Evangelio, que se hacen indignos de llevar tan augusto nombre, y que por conseqüencia están muy distantes de la justicia que ha venido á merecer-

les con su cruz. Considerad estas palabras del Apóstol: Jesu-Christo es el mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que muertos á los pecados vivamos á la justicia.

Si, hermanos míos, morir al pecado y vivir á la justicia, es el grande misterio de nuestra Religion. Mientras que el cuerpo del pecado vive en nosotros, mientras que el orgullo domina nuestros corazones, que la cólera ciega nuestra razon, que el cuerpo vive esclavo de las pasiones vergonzosas, Jesu-Christo no nos reconoce por suyos: si queremos que nos reconozca, es preciso que el hombre se renuncie á sí mismo, que se olvide á sí mismo, que pierda su alma; es decir, que contradiga sus inclinaciones, que reprima todos sus deseos, que imponga silencio á la carne y á la sangre. Por las llagas de Jesu-Christo hemos sido sanados de las que el pecado habia hecho en nuestra naturaleza; pero quiere que á esta curacion inefable cooperemos nosotros siguiendo sus exemplos, y caminando sobre las huellas que nos ha dexado trazadas.

No digais que es difícil seguirle: oid la comparacion con que el Apóstol acaba la Epístola: erais como ovejas descarriadas, mas ahora os habeis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas. Sí, Jesu-Christo es al mismo tiempo Pastor y Obispo. El ama y conoce sus ovejas, y por el amor que las tiene escoge los caminos mas propios para llevarlas á los buenos pastos, los quales, conociendo su flaqueza, proporciona al estado de su enfermedad.

Christianos, si la severa moral del santo Evangelio os atemoriza; si os parecen duros los sacrificios que pide, y la abnegacion que prescribe; si temeis corresponder el llamamiento de la carne y de la sangre, echaos á los pies del Pastor como una oveja temerosa y débil: volveos á él por la oracion; acordaos de lo que su amor le ha hecho sufrir; fortificaos con la memoria del galardón que nos ha merecido con sus tormentos, y consagraos sin temor como una oveja dócil á seguirle por entre las espinas, la mortificacion y la penitencia, por los senderos estrechos de la humillacion y de la abnegacion; por los largos y escabrosos caminos de

la afliccion, de los trabajos, de la tristeza y del dolor. No temais descarriaros siguiendo sus pasos. Entónces el Pastor de Israel será vuestro modelo, vuestra guia y vuestra recompensa al fin de la jornada. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN.

cap. IO. V. II. 16.

En aquel tiempo dixo Jesus á los Fariseos: Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, vé venir al lobo, y dexa las ovejas, y huye: y el lobo arrebatá, y esparce las ovejas: Y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas. Yo soy el buen Pastor: y conozco mis ovejas, y las mias me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre: y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco: es necesari-

rio que yo las traiga, y oirán mi voz, y será hecho un solo aprisco, y un pastor.

INSTRUCCION.

Qué útil es, hermanos míos, el estudiar á Jesu-Christo, y qué propio es este estudio para excitar la confianza y el amor. Este Señor Dios nuestro baxó á la tierra para dar á los hombres el conocimiento del Dios que hasta entonces habian desconocido; pero quiso tambien advertirles que el conocimiento del Hijo era inseparable del conocimiento del Padre que le habia enviado. Para hacer mas interesante este estudio, se manifiesta de la manera mas sensible: hace conocer su poder por multiplicados prodigios; su misericordia y su bondad por el alivio y el consuelo de los infelices; su sabiduria por la pureza de su doctrina; su justicia por el zelo de la gloria de su Padre, y su caridad por el interés que toma en la salvacion de los pecadores. Se atribuye nombres que explican superabun-

dantemente la extension de sus designios. Para los pecadores que se extravian es la guia que les vuelve á poner en el sendero; para los ciegos que se engañan la verdad que les abre los ojos; para los enfermos la vida que reanima sus fuerzas y renueva sus dias; para la viña estéril é infructuosa es la cepa que dá frutos abundantes. El apaga la sed, y se anuncia como una fuente de agua viva; sacia el hambre, y quiere que se le conozca como el pan baxado del cielo. Todos estos títulos, símbolos de nuevos beneficios, se encuentran, hermanos míos, reunidos en el Evangelio de este dia. ¿Quién es este buen Pastor que conoce sus ovejas, que da su vida por ellas, y que despues de haberlas instruido, ilustrado, defendido y rescatado, debe reunir las en un solo aprisco? ¿Quién son estas ovejas dóciles que conocen su Pastor, que le escuchan, que le siguen, y que nunca aman y atienden al mercenario. No reconocéis, mis hermanos, en una sola parábola toda la economía de la Religion, y un compendio de quanto Jesu-Christo ha hecho por nosotros, y de lo que nosotros he-

mos de hacer por él, si deseamos responder con las obras al honroso título de Christianos? Estudiemos pues su conducta, y nuestras obligaciones en las qualidades recíprocas de Pastor y de ovejas, y hallaremos unos y otros materia para instruirnos y confundirnos.

Yo soy el buen Pastor. Jesu-Christo no dixo, yo soy el solo Pastor, aunque podía decirlo, porque á nadie sino á él le correspondia este título tomado en su sentido genuino. Todos los que baxo este nombre le habian precedido eran mercenarios que usurpaban su poder, ó simples depositarios de su autoridad, sin otro derecho sobre el rebaño que aquel que se habia dignado confiarles; y si despues algunos de los Ministros de su Evangelio se han revestido con este nombre, solo han sido figuras muy imperfectas del Soberano Pastor, á quien representan. Yo soy el buen Pastor, dice pues Jesu-Christo, y para enseñar á los guiadores y conductores de su Pueblo á no separar jamas estas dos qualidades preciosas, y para inspirar á los Christianos el sincero respeto, y la confianza

sin límites que exige un ministerio de que es principio, origen y modelo, quiere que la qualidad de bueno, sea siempre inseparable del título de Pastor: es decir, que todos los que trabajan en la santificación de las almas sean llenos por emanacion de aquella bondad, que por esencia corresponde á Dios solo, y que consiste en la inocencia de costumbres, en la pureza de las intenciones, en la mansedumbre de carácter, en la simplicidad, la caridad, la compasion y la paciencia; pero tambien quiere en las almas que son objeto de este ministerio una fe simple que no ratiocine, y una fidelidad perfecta que no se desmienta.

En el exámen de estas obligaciones recíprocas me contentaré, hermanos míos, con una exposicion literal, porque en realidad nos basta á los Ministros mirar á Jesu-Christo para conocer las faltas que cometemos en el exercicio de nuestro ministerio, y á vosotros estudiar su divina palabra para conocer tambien vuestros pecados.

Jesu-Christo es el buen Pastor, y toma este título en presencia de los Fariseos para ponerlos en estado de

comparar todo lo que los Profetas habían dicho del Pastor que Dios debía dar á su Pueblo, con los prodigios que le veían hacer, y para quitarlos toda excusa si despues de relaciones tan sensibles todavía tenían la desgracia de separarse de él y de substraerse de su mano. En efecto, ¿podian desconocerle en la descripción que los Profetas habían hecho de sus trabajos, de su atención y sus cuidados; de su dulzura en conducir su rebaño, de sus sentimientos al menor peligro que amenaza á sus ovejas, de su compasión en sus desgracias, de su solícitud para buscarlas, y de las fatigas á que se expone para traerlas al aprisco? Pero si todavía le desconocen, que escuchen al paralelo que hace para convencerlos.

El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Qualquiera otra prueba de su adhesión y de su amor seria equívoca. ¿Les dara sus momentos, su reposo y sus cuidados? Pero estos esfuerzos, estos diferentes sacrificios los inspiran algunas veces el amor propio, el respeto humano, el interes y el amor natural del trabajo. Para explicar la caridad de un Dios se necesitan dispo-

siciones superiores á la naturaleza. El buen Pastor da su vida por sus ovejas; pero este sacrificio tampoco carece de exemplos, y la antigüedad nos ofrece muchos héroes que han dado su vida por su patria. ¿Pues dónde está esa superioridad de amor, ese esfuerzo de ánimo que caracteriza al Hombre Dios? ¿No lo conoceis, hermanos míos, en la naturaleza de su muerte? Ella es la mas libre y la mas voluntaria: ella está predicha antes que se viesen las menores apariencias. En la ignominia de su suplicio, una cruz destinada á los mayores facinerosos es la suerte que le está reservada; y á ella preceden los azotes, las injurias, la acusacion mas escandalosa y el juicio mas injusto. ¿No veis en todas estas circunstancias de su vida un Dios que se olvida de sí mismo por el rebaño que quiere salvar? ¿Y qué diré de los efectos de su suplicio? Jesu-Christo sabe que será un objeto de burla y de escándalo; ve de antemano el abuso que harán la mayor parte de los hombres de la sangre que debe derramar por ellos, y de las gracias que va á merecerlos; sabe con evidencia que sufre y muere por los

ingratos, y sin embargo muere y sufre con alegría. Para obrar por tales motivos y tener tanta generosidad, no se necesita ménos que la caridad de un Hombre Dios. Pero no perdamos de vista las palabras que dirige á los Fariseos. El asalariado, y que no es el Pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y dexa las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y esparce.

Esta parábola tan sensible solo produjo en los Fariseos un sentimiento de indignacion contra Jesu-Christo; pero en vosotros, hermanos míos, debe producir dos efectos muy diferentes, el temor y la confianza. El temor de no caer entre las manos de los mercenarios, y la confianza en la ternura del soberano Pastor, que nunca abandona las ovejas, y que no dexa perecer sino aquellas que á pesar de sus diligencias se obstinan en huir y alejarse de su rebaño.

Este temor de caer entre las manos de los mercenarios, es un temor muy fundado, hermanos míos. Dios ha prometido á su Iglesia una asistencia continua, y que nunca carecerá de Pas-

tores, segun su corazon, y animados del espíritu de Jesu-Christo: es decir, que el soberano Pastor velará siempre por sí mismo sobre el rebaño, y tambien por el ministerio de hombres ilustrados, compasivos y virtuosos, á quienes hará participes de estas disposiciones preciosas que son propias del buen Pastor; pero esta promesa que ha hecho al cuerpo entero de su Iglesia, no se hace en particular á cada miembro que la compone. Vendrán tiempos, como lo tiene dicho, en que su indignacion y su cólera suscitarán en su Pueblo Profetas de la mentira y del error, que anunciarán la paz á corazones incapaces de poseerla; y este azote, hermanos míos, es la venganza mas terrible que puede tomar el Señor para castigo de nuestros pecados. Levantad pues las manos al cielo, y pedidle que se digne perpetuar en su Iglesia los Ministros animados de su espíritu. Mirad en adelante como una obligacion no solo de justicia y de reconocimiento, sino de interes, y de necesidad el rogar por aquellos á quienes la Providencia ha confiado el cuidado de vuestras almas; á saber, por el Pontifice que

gobierna la Iglesia universal, por el Obispo, por vuestro Párroco, por el Ministro que habeis escogido para Director y para Médico de las llagas del alma, por los que distribuyen el pan de la palabra santa, por los que administran los Sacramentos, y por los que exercen las terribles funciones del Sacerdocio: en una palabra todos los órdenes de los Levitas exigen una memoria particular, y oraciones no pasajeras, pues como para vosotros están revestidos de la autoridad que les da su respectivo ministerio, es de vosotros de quien tienen derecho de esperar los socorros necesarios para desempeñar dignamente su mision.

Però á este temor de caer en las manos de los mercenarios, debeis añadir otro, que sin duda no es ménos fundado, y es el de abusar del ministerio y del zelo de los que Dios ha escogido y puesto entre vosotros. El desprecio que se hace de sus trabajos, y del cuidado que se toman en la salvacion de sus hermanos, y la resistencia á sus consejos, son la causa inmediata de la escasez sensible del fruto de su ministerio. Freqüentemente os

quejais de que parece que Dios pierde de vista á su Iglesia; que se disminuye sobre manera el número de los Ministros que la consolaban; que á proporcion que la cosecha es mas abundante, va á ménos el número de obremos para recogerla; y que quando se multiplica el rebaño, es tambien menor el número de los verdaderos pastores; pero quando se trata de exáminar la causa de esta escasez, haceis mil razonamientos y congeturas, suponiendo que casi todos los que se dedican al Santuario no tienen otra vocacion que la de comer y vestir sin trabajo, vocacion por cierto opuesta á su carácter y á sus funciones. Y por qué no atribuis esta desgracia á la justicia de Dios sobre su Pueblo, que quiere castigar el abuso que ha hecho del santo ministerio, escaseándole sus Ministros? Pero qué abusos, hermanos míos? Abuso con ocasion de sus talentos, pues en lugar de aprovecharlos, aplicando las verdades que os anuncian, y sometiéndooos á los saludables consejos que os dan, los juzgais por el exterior, y formais mil ideas perniciosas que propagais sin reparo, y sobre las quales no admitis

desengaño. Abuso con ocasion de sus costumbres, porque os tomáis la libertad de investigar su conducta y seguir sus pisadas; y mientras que practicáis estas pesquisas tan imprudentes, os escandalizáis si acaso caen en alguna indiscrecion, ó cometen qualquiera falta por ligera que sea. Abuso con ocasion de sus luces, atribuyéndoles ciega y temerariamente las flaquezas y caidas de los que ponen su confianza en ellos. Veis que rodean el santo tribunal de la Penitencia, y que de aquí pasan al del altar una madre furiosa en el interior de su casa, un hijo indócil, una jóven disipada, un hombre entregado á la ociosidad y á la temperancia, y sacáis inmediatamente la consecuencia que el Ministro que reside en este tribunal, es uno de aquellos ignorantes que jamas han leído los principios de una moral exacta, ó que los abandonan por respetos humanos, por caprichos y pasiones. El disimulo que se requiere en varias ocasiones y ciertas circunstancias que no es posible penetrar, pudieran tal vez justificar su conducta; pero se le juzga sin exámen, y se le condena sin indulgencia y sin miramien-

to. ¡Ah! ¿no deberemos atribuir la escasez de Ministros á estos diferentes abusos? ¿extrañaremos que muchos hombres zelosos se detengan en la carrera de su zelo á vista del poco fruto que produce el Ministerio, de los peligros de que está rodeado, y de las dificultades que se multiplican diariamente? Pues tened entendido que el Dios, á quien tanto despreciáis, os amenaza de entregaros á mercenarios que os abandonarán inmediatamente. ¿Queréis fixar la atencion del Pastor de Israel? Pues que vuestra confianza, docilidad y amor correspondan á su vigilancia y á sus cuidados.

El Pastor conoce sus ovejas: su obligacion es la de enseñarlas á conocerle y estudiarle. El Pastor las conoce, las ama, las defiende, las protege; y pues que las conoce de la misma manera que es conocido del Padre, resulta de este conocimiento el amor mas tierno á ellas. Esta obligacion debe ser recíproca en las ovejas; conocer y amar son dos obligaciones inseparables de que Jesu-Christo les da el primer exemplo. El Pastor reúne sus ovejas, aunque esten esparcidas y distan-

tes: las ovejas deben amar esta unidad, y no separarse nunca. El Pastor busca sus ovejas, las llama, las habla, las contiene en el aprisco quando quieren escaparse, y vuelve á él las que se han descarrado: las ovejas deben escuchar al Pastor, reconocer su voz y seguirle.

Estas palabras del Evangelio me dan ocasion para otras reflexiones é instrucciones muy sólidas; pero para no molestaros me contento con indicaros brevemente las obligaciones recíprocas del Pastor y de las ovejas. El Pastor conoce sus ovejas: ¡ah! ¿y sería posible que no nos conociese siendo la obra de sus manos, y por quien ha sido hecho todo lo criado? Sí, ya nos conocia por nuestro nombre desde la misma eternidad, y para conocernos de mas cerca, se ha revestido de nuestra naturaleza y de nuestras miserias, y ha tomado la forma de esclavo y la semejanza del pecado. ¿Pero le conocemos nosotros? ¿meditamos sus grandezas? ¿estudiamos sus perfecciones? ¿nos instruimos á lo ménos en las relaciones que se ha dignado tener con nosotros? ¿pensamos en la paciencia,

en el amor, en la generosidad con que procura la salvacion de nuestras almas? ¿no abandonamos por el contrario con demasiada frecuencia los exemplos que nos da de humildad, de fervor, de docilidad, motivos todos que le hacen el objeto de las delicias de su Padre?

El Pastor ama á sus ovejas, y en efecto las ha amado desde el principio hasta el fin: las ha amado hasta olvidar su propia gloria, hasta despreciar su propia vida, hasta sacrificar su reposo. Desde su nacimiento hasta su muerte las consagra todos sus instantes: por ellas nace en un pesebre, y vierte las primeras lágrimas: por ellas se oculta baxo los humildes pañales de la infancia: para curar su orgullo prefiere la obscuridad de la casa y de la condicion de Josef al trono de sus Padres, que pudiera ocupar sin contradiccion: para instruirlos escoge una vida la mas laboriosa, pasando los dias enteros en anunciar el reyno de Dios, y las noches en rogar por sus necesidades: obra milagros para consolarlos, cura las enfermedades mas inveteradas, concede la salud, y la vida á los

mayores pecadores : en fin los busca por todas partes para salvarlos ; y despues de mil contradicciones de su penosa vida se somete á la tristeza mortal que le acompaña en su agonía, al oprobrio y á los dolores que preceden, y que siguen al suplicio que padece por ellos : de manera que no es posible seguirle en estas diferentes circunstancias sin decirle con el Profeta: Dios mio, ya conozco que nos amas á vista de tantos beneficios como nos dispensas.

Hermanos mios, ¿ amamos acaso á Jesu-Christo con un amor que tenga alguna proporcion con el que nos manifiesta? ¿ qué parte le damos en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestros afectos? ¿ qué sacrificio le hacemos? ¿ qué parte tomamos en su sacrificio y en su cruz? ¿ qué interes mostramos en su gloria? ¿ cómo usamos de sus exemplos y de sus palabras? ¿ qué sollicitud y qué afan mostramos por su reyno? ¿ Podrémos decir que somos de su aprisco? Si por su parte nos ha dado tantas pruebas de su amor y del interes que toma en la unidad, ¿ no deberemos ser fieles y sumisos?

Sí, el amor á la unidad es, hermanos mios, una obligacion recíproca del Pastor y de las ovejas: así no quiere formar dos rebaños separados, ni tener dos apriscos, porque no hay mas que un Pastor. Bien pronto dividirá las funciones con algunos de los Ministros de su Iglesia; pero se reservará la qualidad y el titulo de Pastor único. Los demas pastores estarán sujetos al orden que establezca, si no quieren ser contados en el número de los mercenarios, y por esto exigirá igualmente de ellos este amor de la unidad, y reprobará y desterrará del seno de su Iglesia qualquiera singularidad en la conducta de los fieles, qualquiera distincion en la enseñanza de la fe. No habrá pues mas que un solo aprisco conducido por un solo Pastor, dirigido por una misma ley, y animado por un espíritu que se encamine siempre á un mismo fin. Qué pensará de esos Christianos que pretenden pertenecer á este aprisco único conservando el espíritu de cisma, de division, de revolucion y de singularidad; que no estudian en otra cosa que en introducir la disension en el rebaño declarándose los enemigos de todo lo

que mira á la unidad, á la caridad, á la sumision y á la paz? Ya tiene, hermanos míos, pronunciada la condenacion de estos infelices por la boca del Sabio, diciendo que son abominables á los ojos de Dios; y ahora renueva su sentencia, haciéndonos entender que serán excluidos del aprisco único.

Consideremos ahora la solicitud recíproca del Pastor y de las ovejas para reunirse á este solo aprisco. El Pastor es el que da siempre los primeros pasos. Tal era la ceguedad de los hombres por el primer pecado, y tan espesas sus tinieblas, que si Dios no hubiese excitado de tiempo en tiempo sus deseos, jamas hubieran pensado en pedir un libertador. Así Dios se lo promete á Adán después de su desobediencia, se lo insinua á los Patriarcas, se lo hace entrever á Abraham, desear á Jacob, y pedir á Moysés; quiere que este sea el voto de toda una nacion escogida; y si la mantiene quatro mil años en la esperanza, no es sino para que conociesen los hombres la necesidad que tenían de él; pero no penseis que sus votos y sus deseos le hicieron baxar á la tierra, sino que baxó por su propia

voluntad. El es llamado el Cordero inmolado desde la eternidad. Antes del origen del mundo tenia ya meditados los pasos de misericordia que debia dar en la plenitud de los tiempos. Si se ha ofrecido en holocausto, es porque ha querido; y á fin de convencernos de que no le ha determinado á obrar de esta manera ningun mérito nuestro, nos hace todos los dias mil llamamientos sin tener de nuestra parte título alguno para exigirlos. No se obra una conversion, en la qual no dé el primer paso: por todas partes se ocupa en buscar al pecador, y quando éste vive mas olvidado, y pone mas atencion en huir de su presencia, entónces es quando Jesu-Christo parece que se dice á sí mismo: es preciso que yo le recoja y le traiga á mi aprisco: quanto mas se separa, tanto es mas digno de mi comiseracion.

Estas reflexiones, hermanos míos, son las que me consuelan en alguna manera despues de los dias de la Pascua, porque si hemos de juzgar por el pequeño número de Christianos que cumple las obligaciones que la Iglesia le impone en este tiempo, debe-

riamos pensar que todo estaba perdido. Las frecuentes exhortaciones que se han hecho en el tiempo de la Quaresma, las invitaciones poderosas en el de la Pascua no han tenido efecto alguno; pero sin embargo me lleno de consuelo quando oyo á Jesu-Christo que dice: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz: quanto mayores sean los trabajos que me cueste el traer á los pecadores, tanto mas harán brillar mi misericordia y mi poder: ellos han menospreciado mis gracias; pero sin embargo no las han agotado: ellos han dexado pasar la solemnidad mas importante; no importa, mi misericordia no se circunscribe, ni á las circunstancias ni á los tiempos: esos pecadores han colmado quizá la medida, y han llegado al término de su reprobacion; no importa todavía, no está consumado; y habiendo yo venido para salvarlos, es necesario que trabaje para traerlos y guiarlos. Hermanos míos, yo no conozco á vista de tanta misericordia un motivo de desesperacion, sino para aquellos que despues de haber oido y meditado estas palabras no se han pe-

netrado de ellas, porque la docilidad perfecta y la atencion en escuchar la voz del Pastor y seguirle, es el último, y uno de los mas importantes caracteres de las ovejas. Ninguna que se dexé conducir por esta palabra perecerá eternamente. ¿Quién podrá arrancarla de mis manos, dice Jesu-Christo, quando venga á buscar en ellas su asilo?

Apresuraos, pecadores, á refugiaros baxo esta mano poderosa y misericordiosa. Decid, como el Profeta: Señor, yo me he descarriado como una oveja que perece; buscad á nuestro siervo, Dios mio, pues que en medio de sus descaminos no ha olvidado que vuestra ley debe ser su recurso. Sí, yo me he descarriado: ¿y de qué otra manera podré explicar la resistencia que he opuesto á vuestra gracia, y la demasiada atencion que he prestado á los encantos halagüeños del mundo, que mi orgullo ha seguido con tanta debilidad? Sin embargo Vos, Señor, no me habiais perdido de vista, y me mirabais compasivo como una oveja errante que va insensiblemente caminando á la per-

dición; pero ahora estoy ya á la orilla del precipicio, y voy á caer sin remedio, si no me alargais vuestra mano poderosa: buscad á vuestro siervo, Dios mio: no me concedais solo la gracia que invita y que llama, sino la que da la voluntad de escuchar y de corresponder. No dexéis de seguirme hasta que me detenga. Soy para Vos, para vuestra Iglesia, y para las demas ovejas una materia de escándalo, de tristeza y de llanto. Pues que sea por Vos materia de consuelo y de alegría en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE PASCUA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 2. v. II. 19.

Hermanos: Ruegos, muy amados míos, como á extranjeros, y peregrinos, que os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma, teniendo buena conversacion entre los Gentiles: para que así como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerando por vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de la visitacion. Someteos pues á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al Rey, como soberano que es: Ya á los Gobernadores, como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para elabanza de los buenos: Porque así es la

TOM. IV. D

voluntad de Dios, que haciendo bien hagais enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes: Como libres, y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia, mas como siervos de Dios. Honrad á todos: amad la hermandad: temed á Dios: dad honra al Rey. Siervos, sed obedientes á los señores con todo temor, no tan solamente á los buenos, y moderados, sino aun á los de reacia condicion. Porque esta es gracia, si alguno por respeto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente.

INSTRUCCION.

Nada exágero, mis hermanos, quando, para animaros á seguir la ley de Jesu-Christo, os digo con el Apóstol que la piedad es buena para todo: que ella nos hace felices en esta vida, y nos colma de bienaventuranza en la otra: que para llenar cumplidamente las obligaciones de la Sociedad basta ser buenos christianos, y que la prosperidad de un Estado dependerá siempre de la exácta

observancia de las leyes del Christianismo. Voy á hacer manifesta esta gran verdad con la explicacion de la Epístola de este dia; y si los Christianos que me escuchan tomasen las lecciones que nos da el Apóstol, tendria el consuelo de que se formasen á mi vista los discípulos mas fieles del Evangelio, y los ciudadanos mas útiles para la patria. En efecto reynaria en todos los estados el órden, la armonía y la subordinacion sin riesgo de que se alterasen ni por las calamidades, ni por la ambicion, ni por el interes. ¡Oh, si mis palabras tuviesen la eficacia necesaria para producir tan preciosos efectos! Pero si no puedo lisonjearme de esta manera, á lo ménos llenaré la obligacion de Ministro de la palabra santa, exponiendo los grandes principios que se encierran en la Epístola de este dia. Prestadme atencion.

Todas las verdades de que nos va hoy á instruir el Apóstol San Pedro se fundan sobre una reflexion que no debería nunca separarse de nuestra memoria: quiere, pues, que como peregrinos y extrangeros en la tierra nos abstengamos de los deseos carnales que combaten contra el espíritu. Si las otras verdades de

la Religion se desprecian, ó no se conocen, no se nos puede ocultar que solo estamos de paso en la tierra, y que la vida mas larga es muy corta, si se compara con la serie de los siglos. Aunque no se crea la inmortalidad del alma, y la eternidad de la vida futura, será muy fuera de razon el entregarse á tantas inquietudes, y agitaciones tan continuas para procurarse en la tierra una situacion algun tanto feliz; pero si tenemos la justa idea de la eternidad, ¿qué diremos de nuestra vida? Será exageracion la de Job quando la compara al humo que se disipa, y la del Profeta quando nos la representa como una sombra? El Apóstol por tanto nos ruega que vivamos como extrangeros y peregrinos con circunspeccion y continencia en el lugar de nuestro destierro. Esta atencion y decencia la debemos á la patria de que somos ciudadanos. Los extrangeros se honran, honrando su nacion: sus conversaciones se dirigen siempre á ensalzarla, y publicando sus buenas costumbres, su generosidad, su cultura y su valor, pretenden que todos tomen interes en sus glorias. Nosotros, hermanos míos, honremos á nuestra pa-

tria que es el Cielo, y á nuestros conciudadanos los Christianos; pero sea con la santidad de nuestra vida, principalmente si habitamos entre extranos, es decir, entre los que desconocen nuestra Religion ó la desprecian. Esta advertencia del Apóstol toca con particularidad á todos aquellos que por su estado se ven precisados á vivir en el gran mundo, y á freqüentar esos hombres entregados á los deleytes del siglo, ó vendidos á la incredulidad, porque estos siempre estan alerta para notar hasta los descuidos mas imperceptibles y de menor consideracion de los virtuosos. Ellos se autorizan con su conducta, sus conversaciones y su silencio mismo para desacreditar la moral que los condena, y el escándalo siempre será mas peligroso quando provenga de parte de los que por obligacion deben procurar la edificacion con el exemplo.

El Apóstol espera de este buen exemplo la conversion de los malos: teniendo, dice, buena conversacion entre los Gentiles, para que así como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerándoos por vuestras buenas obras glorifiquen á Dios en el

dia de la visitacion. Dios tiene, hermanos míos, sus momentos, y no necesita del ministerio de los hombres para cambiar los corazones, y convertirlos; y así muchas veces el exceso mismo de los escándalos que á manera de un torrente arrastran en pos de sí al mayor número, produce un efecto contrario en muchas almas privilegiadas. Escandalizados algunos pecadores de los desórdenes y de las caídas vergonzosas de los otros, han concebido un verdadero horror por el pecado; pero sin embargo Dios en lo general se sirve del exemplo y de la conversacion de un justo para la correccion del pecador. El buen exemplo es un sermón continuo, y los Christianos que se impongan la obligación de darle, verán cumplida aquella dulce promesa: á saber, que el que ha salvado el alma de su hermano, tiene asegurada la salvacion de la suya.

El Apóstol á la obligación del buen exemplo junta la de la sumision á las Potestades legítimas. Someteos, dice, por Dios, ya sea al Rey como Soberano que es, ya á los Gobernadores como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los

buenos. En estas palabras se contienen las reglas y la necesidad de la sumision.

Dios quiere, hermanos míos, que vivamos sometidos á las Potestades temporales: su ley es el fundamento de la del Príncipe, y nuestra obediencia no es legítima sino quando se conforma con la ley suprema, de la qual tenemos dentro de nosotros mismos un testimonio vivo. Si se halla alguna contradiccion entre estos dos preceptos, ya nos dicen los Apóstoles lo que debemos hacer en estas palabras: conviene obedecer á Dios mas que á los hombres. Pero si la ley de Dios merece una justa preferencia, la del Príncipe, quando se conforma con ella, exige la mas ciega sumision. Por esto nos hace notar el Apóstol que los Reyes, y los Gobernadores son enviados para tomar venganza de los malos, y para alabanza de los buenos. Ellos son los depositarios de la justicia distributiva, y los ecónomos de los tesoros de la sabiduría eterna, tan rica en recompensas para los justos, como en castigos terribles contra los pecadores. La sumision á las Potestades temporales no solo es, hermanos míos, una obligación de estado, y una regla dictada por la política,

sino que es una obligacion estrecha de la Religion, y un precepto formal de la ley de Dios, de cuyo abandono se siguen males espantosos, y se trastorna todo el orden de la Sociedad que tanto nos conviene conservar. Las palabras inconsideradas que atacan directamente las personas de los Príncipes, las de los Ministros y Magistrados; todo juicio temerario sobre su conducta ó sobre las causas de sus leyes y providencias; toda murmuracion contra los medios de que se valen para sostener el decoro de las naciones, ó contra los recursos que adoptan para atender á las necesidades del Estado; todo fraude para descargarse de los impuestos y contribuciones comunes, son otras tantas faltas que las circunstancias hacen mas ó ménos criminales; pero que siempre son opuestas al espíritu de dependencia que prescribe el Evangelio á los Christianos. Acordémosnos, hermanos míos, que uno de los principales caracteres que los distinguan en los primeros tiempos era su obediencia á las Potestades temporales; y así Tertuliano dice repetidas veces en su apología que ellos eran los guardas mas seguros de la persona del Príncipe, y

los soldados mas fieles y valerosos para defender sus dominios: cada uno respectivamente en su estado observaba las leyes en aquello que no tenian oposicion con los preceptos divinos, y todos eran el antemural del Imperio. ¿Acaso las persecuciones y los martirios de sus hermanos los conmovian contra los jueces? ¿No se veia en estos casos toda la conformidad y sumision que era correspondiente á un Christiano imitador de Jesu-Christo? ¡Oxalá, mis hermanos, que yo pudiese moderar las conversaciones de la mayor parte de mis oyentes, y sofocar esas murmuraciones indecentes que se permiten, las cuales en las calamidades públicas aumentan y exasperan los males, y no los remedian! Si por desgracia los Reyes, los Ministros y los Jueces abusan de la autoridad que Dios les confia, armas tiene el Christiano para vengar estos agravios, y son una sumision humilde á las órdenes de la Providencia, un silencio profundo y oraciones frecuentes y fervorosas para que el Señor ilustre sus entendimientos, y aparte la injusticia de su corazon. El Apóstol nos dice con este motivo: amad la hermandad, dad honra al Rey, re-

med á Dios. Siervos, sed obedientes á los Señores con todo temor, no tan solamente á los buenos y moderados, sino aun á los de recia condicion.

Però si esta obligacion que os impone el Apóstol San Pedro, os parece dura, escuchad en las últimas palabras de la Epístola los consuelos y los recursos que os ofrece: esta es gracia, si alguno por respeto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente. El Apóstol no solo dice que es conveniente el sufrir, sino que es una gracia que debemos reconocer y conservar como un beneficio muy señalado. ¿Admirarémolos, segun esto, que los Mártires abrazasen á sus mas crueles verdugos, que los distinguiesen con singulares favores? ¿Admirarémolos que las almas piadosas quieran habitar con las personas que mas las mortifican y persiguen, á fin de tener ocasiones continuas de conseguir y merecer la paciencia? Si vosotros, hermanos míos, no teneis sentimientos tan generosos, á lo ménos esforzaos á vivir en paz entre los malos: acostumbraos á no volver injuria por injuria; y quando querais calmar vuestra ira, tened presente que quanto mayores sean las ofen-

sas que recibis del próximo, tanto mas mérito tiene vuestra paciencia delante de Dios.

Dadnos pues, ó Dios mio, este mérito, y libradnos de la impaciencia, de las venganzas y del resentimiento que á los hombres carnales inspiran los agravios de sus enemigos. Si son bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, haced que reyne la paz y la dulzura en nuestros corazones para que ella sea la prenda de la bienaventuranza por toda una eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 16. 22.

En aquellos dias dixo Jesus á los discípulos: Un poco, y ya no me vereis: y otro poco, y me vereis: porque voy al Padre. Entónces algunos de sus discípulos se dixéron unos á otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me vereis: y otro poco, y me vereis, y porque voy al Padre? Y decian: ¿Qué es esto que nos dice, Un poco? no sabemos lo

que dice. Y entendió Jesus que le querian preguntar, y les dixo: Disputais entre vosotros de esto que dixé: Un poco, y no me vereis; y otro poco, y me vereis. En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis, y gemiréis, mas el mundo se gozará: y vosotros estareis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer quando pare está triste, por que viene su hora; mas quando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro: por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues tambien vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon: y ninguno os quitará vuestro gozo.

INSTRUCCION.

Hoy, hermanos míos, da Jesu-Christo á sus Apóstoles la idea mas cabal de la vida christiana. La cruel y continua alternativa que les anuncia de esperanza y de temor, de alegría y de

tristeza: su próxima ausencia y su pronta resurreccion: un mundo entregado á la mas loca alegría, mientras que ellos estarán sumergidos en la amargura mas profunda, y un mundo anegado en lágrimas mientras que gozarán de la felicidad eterna, nos acuerdan tambien á nosotros la uniforme sucesion de bienes y de males, de consuelo y de afliccion, de tranquilidad y de sobresaltos que experimentamos todos los dias en este triste y amargo valle. ¿Pero cuáles serán en esto los designios de un Dios á quien el Apóstol San Pablo llama el Dios de todo consuelo, é inmutable por esencia? ¿Por qué causa conduce á sus amigos por caminos tan opuestos á las miras de una sabiduría toda humana? Hijos de los hombres, responde por la boca de uno de sus Profetas, sabed que tan lejano está el cielo de la tierra como mis pensamientos de vuestros deseos. Sigamos por tanto, hermanos, las lecciones que en el santo Evangelio da Jesu-Christo á sus primeros discípulos: veamos cómo podremos aplicarlas á nuestra conducta, y de esta manera comprenderemos el misterio.

No es esta la primera vez que habia

Jesu-Christo hablado á sus Apóstoles de su muerte y su resurreccion. Ya en otras ocasiones habia predicho las persecuciones que le esperaban en Jerusalem, y habia detallado todas las circunstancias de su pasion y de su suplicio. Los Apóstoles tampoco debian esperar tenerle siempre en su compañía, habiéndoles ya dicho: es preciso que el hijo del hombre sea levantado en alto para que atraiga á sí á todo el universo: entonces estaréis rodeados de pobres que excitarán vuestra compasion, y pedirán vuestro socorro; pero no siempre estareis dispuestos para darme pruebas de vuestra atencion y amor. Sin embargo, todas estas predicciones, aunque tan literales, no habian hecho todavía sino muy débiles impresiones en su corazon, sin duda porque miraban esta separacion como muy distante; pero Jesu-Christo fixa su atencion hoy sobre un suceso tan próximo, y así les dice: un poco, y ya no me vereis.

¿Y por qué causa pone Jesu-Christo á la vista de sus Discipulos un suceso tan triste para ellos, sino porque sabe quanto puede la prevencion en el corazon del hombre, y cuán difícil es des-

truirla? Toda su vida habia anunciado la penitencia, la cruz y la muerte, y todos los pensamientos de sus Apóstoles eran sin embargo de felicidades temporales. Jesu-Christo les habia hablado incesantemente de su separacion y de su ausencia, y ellos no habian renunciado aun á la esperanza del restablecimiento quimérico del reyno de Israel en todo su esplendor; y así en el momento en que les declara en términos precisos que va á dexarlos, se preguntan unos á otros: ¿qué es esto que nos dice: un poco, y no me vereis?

Esto mismo nos sucede á nosotros, hermanos míos. Todos los dias nuestras pasiones nos previenen, y ciegan el entendimiento para no comprehender los puntos, y misterios de la Religion. ¡Quántas dudas se disiparian si el espíritu fuese mas sencillo, y el corazon mas recto! ¡Quántas quæstiones hallarian su respuesta en la caridad!

Los Apóstoles se preguntaban unos á otros, ¿qué es esto que nos dice? Y estas palabras, segun la letra, querian decir, que habia ya llegado la hora del poder de las tinieblas: que el hombre enemigo prevaleceria dentro de poco

contra el Hijo del Padre de familias; y que por una muerte muy cercana les dexaria su Divino Maestro en la amargura y la desolacion; pero segun el espíritu cuántas verdades contienen estas palabras: un poco, y no me veis?

Si el Apóstol San Pablo pide, hermanos míos, que obremos nuestra salud en el temor, es porque nos considera amenazados sin cesar de esta triste separacion. En efecto, ahora mismo está Jesu-Christo para retirar su gracia de muchos Christianos que me escuchan.

Pecadores, en las fiestas de la Pascua habeis resistido á mis invitaciones, os dice Jesu-Christo; habeis inutilizado los medios de salvacion que os he puesto delante; habeis abusado de mis gracias; habeis agravado el peso de vuestras cadenas; habeis multiplicado vuestros malos hábitos: pues el tiempo viene, y no está muy distante, en que sentiréis la carga, y no me encontraréis ya para aliviarla.

Christianos, que aunque vivís todavía en la justicia, os dexáis arrastrar á la indiferencia, esa tibieza en la práctica

de las obras de edificacion, esa poca ó ninguna resistencia á las tentaciones, esa ciega confianza en algunas buenas obras que apenas merecen este nombre; ese poco interes que tomáis en la defensa de mi gloria, todas estas flaquezas aun no me han separado de vosotros; pero vuestro luxo, los placeres insensatos, y la relaxacion general que advierto en todos los estados de la vida, ya me son insoportables. Estas costumbres requieren fuerza para vencerse; pero las almas tibias de nada son capaces: ellas cierran la entrada á la justicia, y nunca se convierten; pero todavía es tiempo, no lo dilateis, porque en breve ya no estaré con vosotros.

Quál sea, mis hermanos, la desgracia de un Christiano separado de Jesu-Christo, podeis juzgarlo por efecto (que debe producir en el corazon de sus Apóstoles la idea de la separacion momentanea de su Divino Maestro. En verdad, en verdad os digo, les decia: que vosotros llorareis y gemireis, mas el mundo se gozará. Pero la tristeza que produce esta separacion, es de otro género que aquella que nos trae la pérdida interior de Jesu-Christo.

to. En efecto, ¿quál es el fin de la tristeza causada por la ausencia exterior y sensible de Jesu-Christo, quando la conciencia nos da el testimonio consolador de que la union interior subsiste siempre? ¿Quál es el efecto, digo, de esos disgustos pasajeros, de ese desaliento de que se sirve Dios para humillar algunas almas fieles á quienes no rehusa los consuelos sensibles, sino para empeñarlas mas á la confianza? Estas amargas obran la salud quando se reciben con sumision, son el principio y la prenda de una alegría que no reconoce límites, prueban el corazon sin abatirlo, le purifican sin desalentarlo: en una palabra distinguen el carácter particular de los hijos de Dios, que debe ser un carácter de tristeza y de afliccion. Las palabras de Jesu-Christo no solo se dirigen á los Apóstoles, sino á todos nosotros; pero nada tememos tanto como una santa tristeza, sea que la cause la consideracion de nuestros pecados, ó que provenga de las tribulaciones de la vida; y así evitamos el entrar dentro de nosotros mismos temiendo encontrar el espectáculo lastimoso de nuestras flaque-

zas, y las pruebas que nos prepara Dios por su misericordia y sabiduría infinita. Todos los medios que puede inspirar la prudencia humana los empleamos para librarnos de esta carga; y si algun suceso imprevisto desconcierta nuestras precauciones y nos aflige, recurrimos inmediatamente para distraernos á las disipaciones, á los placeres, ó acaso á murmuraciones indecentes. ¿Olvidais, Christianos, que Jesu-Christo os adoptó por hijos sobre una cruz ignominiosa derramando su sangre? ¿Ignorais los dolores y los crueles tormentos de su pasion? ¿No veis sus lágrimas por vuestros pecados á la vista de la insensible Jerusalem? Entrad por tanto dentro de vosotros, y tomad parte en sus trabajos. Nada, hermanos míos, es capaz de alterar la gloria que disfruta en aquella mansion eterna; pero si esto fuese posible, lloraria amargamente sobre nuestra impenitencia, y sobre la repugnancia que tenemos á su cruz, y nos diria: si quereis ser míos, llorad y gemid, porque esta es la señal con que se marcan mis discípulos, y elegidos. Este es el único carácter que pueden oponer á un mundo en-

ganador que se gozará mientras que ellos esten tristes. ¿No temblarán oyendo esto esas almas que gozan la substancia del mundo en una paz inalterable, pasando sus dias entre los placeres y la prosperidad? ¿Cuál será su suerte, si no toman el partido de abrazar una penitencia voluntaria? Si ellos participan de los placeres y satisfacciones mundanas, sepan pues que tambien tendrán parte en sus anatemas. Hermanos míos, examinad si sois del número de esos felices del siglo que abundan en comodidades y placeres. Ricos que me escuchais, con vosotros hablo. Pero ya oigo vuestras respuestas. Tenemos bienes, decís, es verdad; pero las fatigas que nos hemos tomado para juntarlos, los cuidados que nos tomamos para conservarlos, y los temores excesivos que nos causa el peligro de perderlos son otras tantas penitencias capaces de satisfacer el uso que hacemos de ellos. Conozco que todo esto mortifica; pero yo no encuentro aquí la tristeza que obra la salvacion, ni veo la marca de la cruz. Este, diré yo, es el suplicio de las riquezas, no el remedio de los pecados.

Tenemos bienes, me respondereis; pero nos falta la salud: nos asaltan penosas y largas enfermedades, mas crueles aun que las que afligen á los pobres, y todos los recursos se agotan para procurarnos el alivio. Por otra parte, la idea de la muerte y del abandono necesario de nuestras riquezas ¿no nos hace partícipes de esa tristeza que distingue los elegidos de los reprobos? No, hermanos míos, si estas aflicciones solo tocan al espíritu sin mover al corazon, si no le desprenden de los objetos sensibles, solo son el castigo de las riquezas. ¿Quereis saber qual es la tristeza que obra la salvacion en el estado de opulencia? Pues es aquella que enseña á los ricos á compensar con la penitencia la desigualdad de fortuna que los distingue de entre los demas hombres; aquella que opone la mortificacion á esa desgraciada facilidad que se encuentra en la abundancia para satisfacer los deseos de la carne; aquella que por medio de oportunos ahorros, y de abundantes limosnas dicta la continencia á pesar de los ilimitados recursos; aquella en fin que consiste en crucificar el corazon, en

sujetar la voluntad, y en renunciar interiormente todas las satisfacciones temporales. Estos son los ricos que Jesu-Christo tiene por suyos, y que no pertenecen al mundo, porque la afliccion del espiritu, y la contricion del corazon los ha separado de sus placeres y comodidades.

Vosotros, mis hermanos, á quienes Dios ha puesto en el estado de la indigencia, si conoceis todo el valor de este estado, no teneis necesidad de mas explicacion sobre los consuelos que os proporcionan las palabras del Evangelio. Un pobre destituido de todo auxilio, un enfermo penetrado de los sentimientos de religion, un Christiano humilde en los contratiempos y accidentes de la fortuna, un justo que mira los sucesos que mas le oprimen como un efecto de la sabiduria de su Dios, un discípulo de Jesu-Christo calumniado, despreciado y ultrajado, pero que sin embargo conserva la caridad y la paz, tienen en estas palabras de Jesu-Christo todo quanto necesitan para calmar las aflicciones interiores que padecen: el mundo se gozará, y vosotros estareis tristes. Entonces se dirá

á sí mismo: ahora sí que no soy del mundo, porque Dios me aflige: ahora sí que estoy honrado con la distincion que me concede de hacerme participe de la suerte de sus siervos y sus amigos. ¿Qué cosas me faltan en la desnudez y abandono exterior que padezco? Yo tengo la palabra de Dios por consuelo y por riqueza: ella llena mi corazon en lugar del vacío insoportable que dexarian las alegrías del mundo, y las satisfacciones temporales. Estas amarguras no tendrán mas duracion que los placeres del mundo como me enseña un Apóstol de Jesu-Christo por estas palabras. Sufriréis algun tanto; pero Dios dará un mérito infinito á vuestros trabajos; y Jesu-Christo dice: vuestra tristeza se convertirá en gozo. Este es el premio que nos tiene reservado. Seria preciso, hermanos míos, elevarnos hasta la mansion de la eternidad para considerar la ninguna comparacion que hay entre los consuelos de la vida futura, y las aflicciones de la vida presente, y la desproporcion admirable que se ha dignado poner su misericordia entre los males pasajeros y una felicidad eterna, entre las aflicciones que

aunque sean graves son siempre llevaderas, y un torrente de delicias que nunca se agotará. Oid una comparación de que se sirve Jesu-Christo para inspirar á sus Apóstoles el deseo santo de gozarlas. La muger quando pare está triste, porque viene su hora; mas quando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. En esta parábola tenemos quanto puede apetecerse para conocer nuestra obligación en la tierra y nuestras esperanzas en la vida futura. ¿No es, hermanos míos, un estado de dolor y de parto el que tenemos en este valle de lágrimas? ¡Ah! si tuviésemos fe, deberíamos suspirar continuamente tras este día de libertad; deberíamos disgustarnos de todas las vanidades que nos rodean, y nos persuadiríamos que estos objetos son mas propios para exasperar nuestros disgustos que para aliviarlos. ¿Pensais que serán de mucha duración vuestros pesares? ¿No sabeis que tienen su término señalado mas ó ménos corto, segun los altos designios de Dios sobre nosotros; pero siempre muy corto, comparándolo con los consuelos

que son el fruto de estos trabajos? Una madre sufre algunas horas, y goza en recompensa un hijo, que ha de ser su apoyo y su consuelo en los años de su vejez. A nosotros, hermanos míos, ¿adónde nos conducirán nuestros dolores? ¡Ah! Aquí es donde se encierra el misterio de nuestra santificación. Tenemos en nosotros un hombre espiritual, un hombre nuevo que ha sido producido por el bautismo, y que en alguna manera es el fruto de nuestras entrañas. Si sus progresos dependen en alguna manera de nuestra vigilancia, también sabemos que habiéndole formado la gracia, ella es la que ha de alimentarle y conducirlo á la eternidad; pero nosotros semejantes á muchas madres crueles que abortan por imprudencia ó por malicia, ¿cuántas veces hemos dado golpes mortales á este hombre interior? ¿Cuántas por nuestros descuidos hemos sofocado el germen de la gracia que le animaba y sostenía?

Hermanos míos, lloremos y abracemos, aunque sea con dolores las privaciones y amarguras inherentes á nuestra situación: animémonos con la es-

peranza de echar un hombre al mundo, y no perdamos de vista el dulce consuelo que Jesu-Christo dexa entrever á sus Apóstoles: otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestro gozo. He aquí el carácter esencial de la felicidad que nos está reservada: poseer á Jesu-Christo, y poseerle sin temor de perderle. ¡Qué estado este tan diferente del que tenemos en el mundo! Justos que me escuchais, y que poseeis á Jesu-Christo, ¿quién os ha dicho que no vendrá una tentacion á robaros esta felicidad? Guardaos hasta el fin, no sea que en este instante lo perdais todo. Vosotros, pecadores, ya lo habeis perdido. ¡Ah! si no sentis quán penosa es esta privacion, temo mucho que no volvais á recobrar lo que una vez habeis abandonado. Por tanto velad, y orad, porque estos son los medios para obrar la salud, y para no perderla. Estas son las únicas armas que tenéis y las mas poderosas.

¡Dios mio! ¿quando vendrá el dia tan deseado, dia que no podrá obscurer todo el poder de las tinieblas? ¿Quando abrireis las puertas de esta

patria, á donde no se atreverá á llegar el enemigo? Señor, mirad que suspiramos ardentemente por el dia de nuestra libertad, y que aspiramos con mas ardor todavia á nuestra patria. Fortaleced estos deseos. Si somos justos, haced que no perdamos de vista aquella felicidad que tanta eficacia tiene para sostener nuestra perseverancia. Si somos pecadores, haced que entremos en los caminos que conducen á la gracia, y dadnos á unos y á otros la que se requiere para encontraros y conservaros. Unidnos á todos por la caridad en el tiempo, y manifestadnos á todos en vuestra gloria, á fin de que nadie nos quite nuestro gozo. Así sea.

DOMINGO IV.

DESPUES DE PASCUA.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO,
cap. I. v. 17. 21.

Carísimos: Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las lumbres, en el qual no hay mudanza ni sombra de variacion. Porque de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. Vosotros lo sabeis, hermanos míos muy amados. Por esto todo hombre sea pronto para oír; pero tarde para hablar, y tarde para ayrarse. Porque la ira del varón no obra la justicia de Dios. Por tanto desechando toda inmundicia, y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra, que ha sido inxerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas.

INSTRUCCION.

La palabra de verdad exige siempre de vuestra parte, hermanos míos, la mas respetuosa atencion, y la docilidad mas perfecta; pero hoy debe un nuevo motivo hacerlosa mas preciosa todavía. En esta Epístola os instruye un Padre, un Apóstol que nuestros antepasados han elegido para Patrono y Protector de esta Parroquia; y como sus lecciones se extienden á todos los fieles del mundo, por eso la Iglesia la da el nombre de católica ó universal. Sin embargo, esta universalidad puede entenderse tambien por la diversidad de las materias que trata, y porque en ella se presentan todas las obligaciones de la moral christiana; pero con aquella sencillez que constituye el carácter del Evangelio. El Santo Apóstol conseguirá sin duda bendiciones sensibles sobre las verdades de que voy á instruiros hoy, y que primeramente publicó por toda la tierra sellándolas despues con su sangre; pe-

ro si alguno de vosotros tuviese la desgracia de contradecirlas, tema traer sobre sí el juicio mas riguroso y una condenacion terrible. Por tanto, hermanos míos, prestadme vuestra atencion, y sed dóciles para sacar todo el fruto que llevan sus palabras.

Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las lumbres. Estas son unas verdades incontestables que algunos novadores han tenido la osadía de atacar en diversos tiempos; pero que sin embargo y á pesar de todos sus esfuerzos no han podido destruir, porque su evidencia es eterna. Nuestra fe, hermanos míos, no necesita ciertamente de ilustraciones sobre este dogma; pero nuestro corazon tiene gran necesidad de instrucciones. Decimos que todos los bienes dimanen de Dios; pero ello es cierto que obramos como si fuésemos el primer principio y último fin de todas nuestras acciones. Pasan años enteros sin convertirnos una vez á Dios, ni freqüentar, ni gustar de la oracion: caemos todos los dias en mil tentaciones, y no buscamos los medios de precaverlas. El estudio de nuestra religion

está del todo abandonado, los sacramentos no se freqüentan; nada nos interesan las miserias y desgracias del pobre; el deseo del cielo jamas obra en nuestras almas, ni damos un paso para merecerlo. Todo nos parece que está en nuestra mano, y que podemos salvarnos sin la gracia, ó que á lo ménos es esta una qualidad tan esencial á nuestra naturaleza que nunca puede faltarnos. Ved, Christianos, como desmentimos con nuestra conducta la máxima del Apóstol de que toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto.

Tambien desconocéis, hermanos míos, esta verdad siempre que os domina la vanagloria; siempre que publicais vuestras virtudes, como si naciesen de vosotros; siempre que exercitais alguna buena obra para merecer la atencion, y los sufragios de los hombres; siempre que la idea de vuestra superioridad y grandeza os lleva á despreciar á vuestros hermanos, á deprimirlos con malas palabras, á humillarlos, á disminuir la idea que se tiene de su virtud. ¿Podréis conocer obrando de esta manera que vuestras buenas pren-

das vienen de lo alto, que no habeis podido adquirir las por vuestras propias fuerzas, que no sabiais conservarlas, ni aumentarlas sin el auxilio del Dios que las ha dispensado, y finalmente que nada teneis sino flaquezas que las degradan y obscurecen?

Estos dos defectos comprehenden la mayor parte de los pecados que cometen los hijos de los hombres; pero si la máxima del Apóstol estuviere grabada profundamente en sus corazones, no solo veriamos la correccion de tantos vicios, sino tambien grandes exemplos de edificacion para sus hermanos. Entónces obrarian el bien con firmeza, porque en Dios dice el Apóstol no hay mudanza, ni sombra de variacion. Al contrario los que no conocen, ó no quieren confesar que todo viene de su mano, estos son tan poco estables en las virtudes que al menor viento las pierden: los vapores y las negras nubes que se levantan del fondo de su corrupcion las obscurecen: todo indica el origen de donde nacen.

Ved de la manera que el Apóstol compara los efectos de la voluntad inmutable de Dios con los desórdenes

que produce la inconstancia de la nuestra, y mostrándonos despues en Dios una inclinacion natural para hacer el bien, nos dice: de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. El Señor no nos ha dado el título de hijos porque hemos querido serlo, ni porque lo hemos merecido, sino porque su misericordia se ha dignado hacernos esta gracia. Las faltas contra nuestra vocacion no son simplemente un desórden, una injusticia, una prevaricacion, sino una ingratitude escandalosa, una odiosa tenacidad, una locura insoportable. Qué, Dios quiere nuestra santificacion, ¿y nosotros la perdicion eterna? El nos ha engendrado para que fuesemos como primicias de sus criaturas, ¿y nosotros nos degradamos así por el pecado? El nos ofrece la palabra de verdad, ¿y no abrimos los oidos sino á la mentira? El no se ha contentado con una simple adopcion, sino que ha hecho una verdadera generacion para que esta adopcion fuese irrevocable, ¿y nosotros nos conducimos como enemigos contradiciendo su voluntad, y renunciando las

gracias que nos ofrece? Esta, hermanos míos, es nuestra conducta, y hasta este punto llega nuestra ceguedad. A vosotros mismos apelo, y os constituyo por Jueces.

Pero todavía conoceréis mejor la oposición de la santidad de Dios con la miseria de nuestra naturaleza si meditais las siguientes palabras del Apóstol: Todo hombre sea pronto para oír; pero tardo para hablar, y tardo para airarse. Esta advertencia es un poderoso remedio para la mayor parte de los desórdenes que afligen la Iglesia de Jesu-Christo, y destruye todos los obstáculos que se oponen á la salvacion. ¿Sabeis las causas de la perdicion del mayor número de los Christianos? tales son que no podeis dudarlas. Ese espíritu indócil que os cierra los oídos á la voz de Dios, ese orgullo que os hace abundar en vuestro propio sentido, ese amor propio que os hace insoportable todo lo que contradice vuestras opiniones, son los enemigos del espíritu de paciencia y de misericordia que el Apóstol nos ha presentado en Dios como el objeto de toda nuestra atencion y reconocimiento. Todo hom-

bre sea pronto para oír. Esta es una máxima del Sabio. Todo aquel que quiere instruirse debe siempre prestar su atencion á los objetos que se le presentan: no solo debe estudiar las verdades de la salvacion, sino que ha de examinar atentamente todos los sucesos de la vida, porque la experiencia nos dice que en todo lo que nos sucede es mas útil escuchar y meditar, que racionar.

Sed tardos para hablar, es decir, nunca hableis sin reflexionar sobre el objeto de vuestras conversaciones, ni aventureis congeturas sobre cosas que ignorais, porque la precipitacion en las palabras es peligrosa, y la causa por lo comun de todos los vicios. Aquí tiene su origen la mentira: la buena conciencia nunca se conforma con una lengua indiscreta, porque sabe que es imposible hablar con ligereza sin alterar los hechos que se refieren. De aquí nace la maledicencia: una lengua precipitada no reconoce los límites que prescribe la caridad, y así prefiere una sátira ó una chanza faltando al respeto y la consideracion que se merecen muchas personas por su dignidad y sus virtudes.

De aquí proviene la blasfemia : el Profeta Rey queriéndonos hacer una pintura de los que hablan temerariamente, nos representa á los impíos, que despues de haber paseado por la tierra su mordaz y cortante lengua para despedazar quanto encuentran, la llevan hasta el cielo para registrar los terribles secretos de la Divinidad, y atacar sus atributos mas esenciales. De aquí nace la curiosidad. Las personas en quienes domina la pasion del mucho hablar, molestan á todos con sus preguntas, cometen mil imprudencias, y exponen á sus hermanos á indiscreciones irreparables, de manera que suelen causar males espantosos. Todos los dias vemos nacer enemistades irreconciliables de una sola indiscrecion : las pendencias, las querellas, la desolacion de una familia, todo proviene de una palabra dicha sin tiempo, ó de las mentiras y falsos supuestos que aventuramos en las conversaciones para conseguir la gracia de los oyentes. Dios por tanto mira este desorden como uno de los mas abominables delante de su presencia. ¿Quién será capaz de numerar los males que causa una mala lengua? Ella, segun nues-

tro Apóstol, es la suma de la iniquidad. Así, hermanos míos, si quereis evitar tantos defectos, y no veros expuestos á sufrir los efectos de la cólera de un Dios, que es la misma verdad; seguid constantemente la leccion del Apóstol : sed tardos para hablar. Pero si esta es tan útil, no lo es ménos la que sigue : sed tardos para airarse. La cólera del hombre ofende abiertamente la justicia de Dios ; pero el Apóstol distingue dos justicias, y por consecuencia dos efectos de la cólera. Toda indignacion movida por causa de la justicia de Dios es santa y útil por sí misma. El zelo de la honra de Dios es el que debe mostrar todo Christiano sin ténor á los respetos y consideraciones del mundo. Entónces puede irritarse seguro de los auxilios del cielo para apoyar sus amenazas, como así lo manifestaron tantos varones justos en uno y otro Testamento. Esta cólera está libre de pecado, segun la expresion del Espíritu Santo ; pero aquella que produce la pasion de los hombres es criminal, y débese evitar con gran cuidado. Seamos pues tardos para airarnos. Quando el motivo que excita nuestra

indignacion es justo, hablamos con fuerza, y obramos la justicia; pero no conzamos con esta santa disposicion esa emulacion peligrosa, que inspira siempre el amor propio; ese mal humor que nos disgusta de todo; esas palabras injuriosas con que tratamos á nuestros subalternos por qualquier motivo, y mil otros defectos mas perjudiciales al próximo, mas escandalosos para los que viven en nuestra compañía, y mucho mas perjudiciales para los infelices que tienen la desgracia de haberse entregado á ellos. Por tanto, concluye el Apóstol, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra que ha sido inxerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas. Esta máxima nos hace ver que para recibir la palabra de Dios con utilidad, debemos purificar nuestro corazon. Muchos la reciben, y lejos de salvar sus almas, las endurecen en la iniquidad, y se debilita su razon porque no desechan la inmundicia. Como la palabra de Dios encuentra sus almas manchadas del pecado, y cautivas de las pasiones mas vergonzosas, no dexa impreso en ellas su

carácter, y esta sin duda es la causa del poco fruto que hasta aquí ha producido en vuestros corazones. Conviene pues, hermanos míos, desecher toda inmundicia, y conservar un ódio santo á todo aquello que nos inclina al pecado, y nos hace abundar en el mal. Entónces vereis cómo se engendra la justicia en vuestro corazon, cómo abunda el fruto de las virtudes, á la manera de un árbol bien cultivado, y cómo se connaturaliza esta justicia, y salva vuestras almas.

¡O Apóstol Santo! oid nuestras súplicas, y seguidnos esta gracia. Haced que estos conciudadanos míos, que tienen la fortuna de teneros por su Patrono y Protector, se distingan de todos por su respeto á la palabra santa, por su amor á la justicia, por su ódio al pecado, por sus deseos del cielo, y que estando prontos para oír, esté dispuesto tambien su corazon para entender, y que su vida sea conforme al Evangelio.

Haced que sean tardos en hablar. Desterrad de su seno por vuestras oraciones las mentiras, las ligerezas, las incredulidades, las burlas y las sátiras

con que tanto ofenden al próximo en sus conversaciones.

Haced que sean tardos en airarse. Extinguid sus resentimientos, sus disputas, sus animosidades y sus palabras ásperas é insultantes. En fin, haced que siendo puros en sus costumbres, vivos en su fe, y perfectos en la justicia, sean vuestra alegría, vuestra corona y vuestra gloria en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 5. 14.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Ahora voy á aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón. Mas yo os digo la verdad: que conviene á vosotros que yo me vaya: porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré. Y quando él viniere, argüirá al mundo de pecado,

después de Pascua. y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. Y de justicia: porque voy al Padre, y ya no me vereis: Y de juicio: porque el Príncipe de este mundo ya es juzgado. Aun tengo que deciros muchas cosas: mas no las podeis llevar ahora. Mas quando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad; porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará: porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros.

INSTRUCCION.

Todavía habla hoy Jesu-Christo á sus Apóstoles de su próxima separacion, porque quiere que la consideren como el fundamento esencial de todas sus esperanzas. Así quando ve que esta idea los intimida y desconsuela, les advierte que será de corto tiempo, y que en cambio de su amargura sucederán los consuelos y las gracias. A primera vista parece, hermanos míos, in-

creible esta transformacion ; pero quando veamos en las fiestas próximas mudados los Apóstoles en hombres nuevos ; quando los veamos llenos de confianza , de zelo y de valor , conservando su tranquilidad y alegría en el seno mismo de las persecuciones mas crueles , veremos tambien la evidencia y la luz derramadas en todas las palabras contenidas en el Evangelio del dia. Por tanto conviene que las meditemos con toda atencion , á fin de ilustrar nuestra fe , fortificar nuestro amor , y sostener nuestra esperanza.

Ahora voy á aquel que me envió. Estas palabras fixan ya el término de la mision de Jesu-Christo : y á pesar de la amistad y de la union de los Discípulos y del Maestro , la separacion es inevitable. Los Apóstoles las oyen con aquel interes que exige el amor que le profesan , y el reconocimiento á los señalados beneficios que le deben : pero aunque su corazon se penetra de un amargo sentimiento , no se toman por otra parte la molestia de indagar la morada futura de su Maestro. Por esto les dice : ninguno de vosotros me pregunta : ¿ A dónde vas ? Antes porque

os he dicho estas cosas , la tristeza ha ocupado vuestro corazon. Estas palabras no necesitan á la verdad de explicacion alguna ; pero permitidme que yo las dirija á esos Christianos , que sumergidos en la mas dura tristeza , no tienen cuidado de preguntar á Jesu-Christo : ¿ á dónde vas ? ni consideran las aflicciones de la vida sino por la parte de los trabajos y la mortificacion que traen consigo : que no entran en las miras que se propone la sabiduría , la justicia y la misericordia de Dios , para conducirlos por estos caminos ; y que no estudian los designios que en esto tiene su providencia admirable. ¿ Pero quáles son los motivos de consuelo que ofrece Jesu-Christo á sus Discípulos ? Conviene á vosotros que yo me vaya , les dice. ¿ Qué ! ¿ Hay acaso algun momento de la vida en que pueda ser útil la separacion de Jesu-Christo ? ¿ No les decia en otro tiempo : nada podeis hacer sin mí ? ¿ Ahora ha de consistir precisamente su felicidad en su ausencia ? Si para nosotros esto es el colmo de las desgracias , ¿ ha de ser una dicha para los Apóstoles ? Pecadores , decidme lo que pasa allá en el

interior de vuestra alma quando el pecado os priva de la asistencia de Jesu-Christo y de su gracia. ¡ Ah ! ¡ Qué amargura la vuestra ! ¡ De qué excesos no sois capaces quando él se retira de un corazon donde habitaba ! ¡ Qué caidas tan funestas , y qué desgracias no trae consigo una separacion tan cruel ! Entónces el gusano roedor de la conciencia os devora y os trae en una inquietud continua : temerosos de vuestra suerte vivis anegados en la tristeza á pesar de vuestras diligencias para disiparla : todo sirve para conmoveros , y alejada la paz de corazones tan depravados , estais en guerra contra vosotros mismos. Si los Apóstoles hubieran estado amenazados de semejante ausencia de Jesu-Christo , no fuera la tristeza el único efecto de su dolor : lágrimas abundantes , suspiros y ayes nacidos de lo profundo del corazon serian las señales expresivas del que padecian , y aun no serian bastantes para explicarle. No es de esta manera la ausencia que Jesu-Christo hace de las almas justas ; al contrario , ella es el germen de los consuelos que les prepara , y que suspende por algun tiempo para probar

su amor y su constancia : ella no es el efecto de su cólera , sino de su sabiduría y su misericordia : ella consistirá para los Apóstoles en la privacion de su vista y de sus instrucciones ; pero no por esto les faltará su espíritu : ella consiste para los justos en el silencio momentaneo de Jesu-Christo , en ciertas sequedades que padecen sin abatirlos , y en un disgusto involuntario que los turba y los humilla. Esta separacion sensible infunde en los Apóstoles mil temores ; pero al mismo tiempo les hace mas dóciles y prudentes. De aquí nacen sus ardientes deseos del espíritu de consolacion y de fuerza , y los justos toman de aquí motivo para ser mas fervorosos y humildes. No pudiendo hallarse sin Jesu-Christo , ruegan al Eterno que lo vuelva á su espíritu ; y así para que su corazon abunde despues en alegría , y para que por este medio se fortalezca en el amor , se les puede aplicar las mismas palabras que decia á los Apóstoles : conviene á vosotros que yo me vaya : porque si no me fuere , no vendrá á vosotros el Consolador. Los Apóstoles pudieron muy bien no entenderlas por de

pronto ; pero nosotros , hermanos míos , no tenemos excusa , porque las hemos visto cumplidas en toda su extension , y este es uno de los primeros dogmas que nos enseña y nos manda creer la Iglesia. Prescindiendo del orden inmutable establecido por los Profetas , que habia fixado la mision del Espíritu Santo en el momento mismo en que acabase la del Hijo , ello es cierto que era indispensable dar á entender á los hombres que no tenían derecho alguno sino por Jesu-Christo á los inmensos tesoros de la misericordia , y á las riquezas sin término de la gracia de Dios que habian ofendido. Como nosotros no participamos de los dones que provienen del Padre de las luces , sino por los méritos de su Hijo y por la virtud de su sangre , debia el espíritu que nos los comunica esperar la consumacion del sacrificio , y que fuésemos reformados sobre el modelo de Jesu-Christo muerto y resucitado : por manera que si Dios dándonos á su Hijo ha deramado sus misericordias sobre los hombres , les ha colmado de lleno quando nos ha dado el Espíritu que une al Padre con el Hijo , y que á nosotros

nos une tambien con el Hijo y con el Padre.

En efecto convenia que Jesu-Christo se fuese para que enviase el Consolador , y así dice : si me fuere , os le enviaré. Esta qualidad de consolador , que atribuye al Espíritu Santo , nos da una idea de las dulzuras de una paz inalterable. Con este Espíritu deramará sobre la haz de la tierra dones abundantísimos para enriquecer y reanimar á los hijos de un padre prevaricador. La mision de su espíritu no debe tener otro objeto que inefables consuelos. Sin embargo es de notar , hermanos míos , que Jesu-Christo no habla en esta ocasion sino de condenacion y de juicio ; y así á tres efectos reduce la venida del Espíritu Santo diciendo : Y quando él viniere , argüirá al mundo de pecado , y de justicia , y de juicio. Queriendo despues instruir á sus Apóstoles de las causas de predicciones tan funestas para el mundo , añade : De pecado ciertamente : porque no han creído en mí. Y de justicia : porque voy al Padre , y ya no me vereis. Y de juicio : porque el Príncipe de este mundo ya es juzgado.

Estos tres géneros de juicios tienen evidente relacion entre sí, y corresponden perfectamente á tres géneros de pecados que por desgracia han inundado al mundo; á saber: pecado de incredulidad, pecado de desconfianza, y pecado de impiedad. Los unos se niegan del todo á la creencia de las verdades mas bien demostradas y establecidas; se obstinan en cerrar los ojos á la luz; oponen al testimonio sensible de su conciencia los errores de los Filósofos y las preocupaciones de los ignorantes; adoptan los sistemas de aquellos á quienes la fortuna ha elevado á grandes puestos movidos únicamente del interes y de los respetos humanos: en fin, creerian si estuviesen libres de las pasiones; pero esclavos del mundo, participan tambien de su incredulidad, y por tanto les argüirá Jesu-Christo de pecado.

Otros hay que creen, pero tan débilmente, con tan poca atencion al objeto de su creencia, y con tan poca seguridad sobre el fundamento de su fe, que se dexan llevar á qualquier viento de doctrina, y su esperanza no está mas firme que su fe. Ellos en general

conocen una justicia, cuyo principal exercicio consiste en recompensar á los buenos, y castigar á los malos; pero no por eso se dexan llevar del atractivo de las recompensas, ni temen las amenazas: ellos viven en una cobarde insensibilidad sobre todos los objetos de la religion, participan de la injusticia del mundo, y el espíritu de Dios les arguyè hoy de justicia.

Los últimos han sacudido del todo el yugo de la fe, levantan su orgullosa cabeza, y se atreven á preguntar con insolencia si acaso hay algun soberano Ser que tome interes en nuestras acciones: su atrevimiento llega al punto de suponer, que el interes de los Sacerdotes y la necia credulidad de los pueblos han introducido esos dogmas incómodos de una vida futura. El Ser Supremo, dicen, está muy distante de nosotros; y si á la verdad existe, y tiene las perfecciones que se le atribuyen, no parece propio de su grandeza el cuidado de tan miserables criaturas. ¿Hay acaso algun medio para mantener una relacion entre el hombre y el Criador? ¿Son conocidos por ventura los espacios que los separan? ¿Qué

importa que este Ser lo llene todo, como se dice, si los sentidos, único conducto para las ideas, no pueden percibirle? El alma, compañera fiel é inseparable del cuerpo, ¿ha prevenido su existencia, ni sobrevivirá á su disolución? ¿No serán así vanos todos los temores que quieren infundirme esos hombres tétricos, asustadizos y neciamente crédulos? Ved, mis hermanos, las blasfemias é impiedades que oímos todos los días, y que leemos en casi todos los libros que en tiempos tan desgraciados produce el libertinage y las pasiones. A la sombra de tales absurdos se cometen todos los crímenes con tal que sean impunes. Ya no hay leyes para los hombres que siguen estos principios; y á excepcion de ciertas reglas de pura conveniencia y política, todo lo demas merece su desprecio. Ellos atropellan las instituciones consagradas por el tiempo y por su bondad misma. Vivan donde quieran no reconocen ni respetan la autoridad quando pueden eludirse de su yugo. Ellos son temibles baxo qualquier gobierno donde se hallen. Pues estos hombres tan despreciables como

soberbios son á los que el Señor argüirá de juicio.

Todos los errores y desórdenes que prescribe el santo Evangelio deben referirse necesariamente á estos tres géneros de juicio; y así vivid, mis hermanos, con gran cuidado, porque ya es juzgado el Príncipe de este mundo: temed que se conformen vuestras costumbres con sus máximas, porque entónces habeis consumado vuestra perdición.

Se hace muy poco caso, hermanos míos, de esta importante verdad. Los pecadores, que todavía no han sacudido el yugo de la fé tiemblan quando se les recuerda el juicio final: se turban, se alarman siempre que se les habla de esa confusion y trastorno general que debe venir, de ese terrible aparato que debe anunciar el día de las venganzas, de ese peso de magestad, y de poder con que el Soberano Juez sobrecegerá á los enemigos de su nombre. Esta relacion se escucha con temor, y parece que los espíritus participan ya del vergonzoso desórden que debe reynar en el último dia. Por mi parte confieso, hermanos míos, que tiemblo quando trai-

go á la memoria las palabras del Evangelio: el Príncipe de este mundo ya es juzgado. Esta expresion es muy bastante para darnos una idea de la justicia poderosa de Dios.

El primer objeto de la mision del Espíritu Santo debe ser el de confundir á todos los que no hayan creido, temido, y esperado en Dios; ¡pero qué diferente para los verdaderos fieles! Para ellos será un Espíritu Consolador que recompense superabundantemente las persecuciones y los trabajos, y que llene sus almas de consuelos.

Aun tengo que deciros muchas cosas: mas no las podeis llevar ahora. Esto decia Jesu-Christo á los Apóstoles. ¿Pues qué, siendo una la verdad, hermanos míos, no penetra de la misma manera nuestros espíritus, no encuentra la misma disposicion en los corazones? ¿Deberémos culpar á la verdad, ó acaso es ella susceptible de aumento ó de alteracion? San Agustin, comparando el Dios á quien adoramos, y la verdad eterna que ilumina nuestras almas á ese Planeta luminoso que vivifica el vasto universo, nos demuestra la injuria que haríamos á la Magestad su-

prema si pensásemos de esta suerte. El Sol es siempre el mismo por la fuerza de sus rayos, y por el calor que comunica á la tierra; y si algunas veces no lo vemos con todo aquel resplandor y hermosura que arroja de sí, no culpemos sino á la debilidad y mala disposicion de nuestros ojos, porque en efecto los ojos sanos le ven como Él es. Verdad suprema, prosigue el Santo Doctor, tú eres inmutable; y si los rayos que arrojas de ti, deslumbran nuestros ojos y los ciegan, nuestras enfermedades son la causa: tu luz es muy grande para que puedan sufrirla nuestros débiles ojos.

De aquí nacen, hermanos míos, las precauciones y miramientos que adoptamos para anunciaros esta misma verdad: de aquí ese silencio que observamos á pesar nuestro sobre una multitud de puntos que influirian sensiblemente en vuestras inclinaciones: miramientos que autoriza algunas veces la prudencia humana; pero que sin embargo detesta y condena: miramientos que hacen sobre manera temible nuestro ministerio, porque nos exponen á exasperaros, y á perder vuestra con-

fianza. No teniendo, como no teneis, disposicion alguna para recibir la verdad como ella es en sí, quereis que se modifique, y que se acomode á vuestros intereses y pasiones, y este es un escollo muy peligroso para los Ministros de la palabra santa, y para los que estan encargados de dirigir vuestra conciencia.

Instad por tanto, hermanos míos, y pedid á ese espíritu de verdad, á quien está reservado el decirlo y enseñarlo todo, que no permita que sus Ministros usen para con vosotros de una condescendencia criminal: pedidle que corrija y reprehenda con firmeza, y sin consideracion ni miramiento á vuestras dignidades, y á la representacion que teneis en el gran mundo; y que en todo tiempo y en todo lugar persigan los escándalos con que se ultraja la Magestad Suprema; pero pedidle sobre todo que os dé oídos dóciles que escuchen la verdad, y corazones sensibles para amarla, aun quando ella arranque de vuestros corazones los objetos mas amados.

Quando viniere aquel espíritu de verdad, prosigue Jesu-Christo, os enseñará toda la verdad; porque no ha-

blará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará; porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros. En efecto, Jesu-Christo por este Espíritu nos instruye habitualmente de infinitas verdades que no podemos comprender por solo la letra del Evangelio: de este Espíritu es de quien debemos esperar la inteligencia de aquellos misterios que sobrepujan la razon; y siempre que nos negamos á la evidencia de las verdades que nos enseña, contradecemos, y pecamos abiertamente contra él.

Pero á vista de vuestro endurecimiento y poca fé, ¿no podré yo dirigiros, hermanos míos, las mismas palabras que el primero de los Mártires dirigia en otro tiempo á la Sinagoga junta en Jerusalem? ¡O hombres de duras cervices, de orejas incircuncisas, cuyo corazon se cierra á las verdades mas sensibles, cuyos oídos no quieren recibir los testimonios mas evidentes y auténticos!

Sí, hermanos míos, si escuchaseis atentamente este Espíritu, no tendríais necesidad de otros Maestros y otras

guias en los caminos de la salud: si llevados de una justa y humilde desconfianza de vosotros mismos quisieseis consultar á los Ministros que ha establecido por sus órganos, y los canales de sus luces, recibiríais mejor las verdades que os anuncian, y vuestras costumbres serian mas conformes con la moral que os predicán.

Señor Jesus, de vos esperamos este Espíritu de inteligencia y docilidad: haced que comprendamos por él aquellas verdades que contradicen nuestras pasiones: ya sabemos, Señor, que el colmo de las desgracias es la resistencia que hacemos á vuestro Espíritu; pero por tanto disponed nuestros corazones para que sean sumisos y fieles, y para que la verdad sea nuestra viadora en el tiempo, y nos salve en la eternidad. Así sea.

DOMINGO V.

DESPUES DE PASCUA.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO,

cap. 1. v. 22. 27.

Hermanos: Sed pues hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor: este será comparado á un hombre, que contempla en un espejo su rostro nativo: Porque se consideró á sí mismo, y se fué; y luego se olvidó cuál haya sido. Mas el que contemplare en la Ley perfecta, que es la de la libertad, y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo, sino hacedor de obra: este será bienaventurado en su hecho. Si alguno pues se tiene por religioso, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religion de este es vana. La religion

pura y sin mançilla delante de Dios y Padre, es esta: Visitar los huérfanos, y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo.

INSTRUCCION.

Escuchemos segunda vez, hermanos míos, los consejos que nos da la Iglesia, tomados de las palabras de nuestro Santo Protector. La instrucción del Domingo pasado se reduxo á tres principales puntos: á saber, todo hombre sea pronto para oír, pero tardo para hablar, y tardo para airarse: y la Iglesia para confirmar los dos primeros, nos enseña en esta Epístola la atención, el respeto y la docilidad que debemos á la palabra santa. Vosotros, mis hermanos, empezad desde ahora á practicar estas lecciones, y mostraos fieles en seguir estos consejos, y en estudiar, conocer y reformar vuestra conducta por las reglas que os presenta la palabra de Dios. Este espíritu de inteligencia y de docilidad le conseguiréis con la oración,

y así elevaos hasta el trono de la misericordia, para que baxo los auspicios de nuestro Santo Apóstol podais conseguir que se disponga vuestro corazón para oír y practicar las verdades eternas. Jesu-Christo, hermanos míos, llama felices en el santo Evangelio á todos los que escuchan la palabra de Dios y la practican. El Apóstol Santiago nos explica esta verdad por medio de una figura muy sensible, y dice: sed pues hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor: éste será comparado á un hombre que contempla en un espejo su rostro nativo; porque se consideró á sí mismo, y se fué; y luego se olvidó qual haya sido. Este consejo se dirige al mayor número de Christianos, de los quales la mayor parte escucha, y no practica.

En efecto, quando consideramos el reyno del Christianismo, vemos que no faltan en la Iglesia ni Predicadores ni oyentes: y que el Orador ménos elegante no dexa de tener sus admiradores y apasionados. Pero quales son los frutos? ¿cada instrucción supone una

conversion? ¿cada Ministro de la palabra santa puede lisongearse de haber ganado en el curso de su ministerio una sola alma para Jesu-Christo? Mientras que se oyen con tanta atencion las verdades eternas, ¿las medita acaso el corazon? ¿Se forman por ventura aquellas resoluciones vigorosas de detestar el pecado, y de evitar las ocasiones que diariamente se nos presentan? ¡Ah! juzguemos, hermanos míos, por los desórdenes que subsisten. Las almas más fieles no se despojan de sus imperfecciones y flaquezas, las más pecadoras conservan sus pasiones y sus costumbres, y casi todas son semejantes á este hombre, de quien habla el Apóstol Santiago que mirándose en un espejo olvida los rasgos de sus facciones, y todos sus defectos personales luego que se separa. La palabra de Dios comparada con un espejo, nos representa el modelo de un Cristiano en los exemplos de Jesu-Christo, y en las máximas de su Evangelio: es decir, en su vida y su doctrina. Así todos tenemos la indispensable obligacion de acercarnos frecuentemente á este espejo, para mirarnos en él, y contemplar y comparar nuestras flaquezas,

con tantas perfecciones como nos representa. Debemos oír la palabra santa con frecuencia, leer los libros donde se han asentado las máximas del Christianismo, traerlas á la conversacion con nuestros hermanos, á fin de que se graben en nuestro corazon, y estudiarlas sin cesar. Pero de qué nos serviría ponernos delante de un espejo, cerrando los ojos á los objetos que nos representa? ¡Ah! esta es la costumbre de muchos Christianos. Ellos se presentan á oír nuestras instrucciones al parecer con un deseo de hacerse de la palabra santa un medio de santificacion; pero sin embargo no se convierten á examinar su alma, no reconocen sus defectos, ni se toman el menor interes en procurar su aprovechamiento: disgustados á las veces por el mal éxito de sus negocios y deseosos de esparcir el humor negro que engendran los cuidados de la casa, y los genios encontrados de las familias, van á la Iglesia como por desahogo, y oyen los sermones por un puro pasatiempo. Pero no es este solo el abuso que se hace de la palabra santa. Prescindiendo de esta casta de Christianos, y de otros que concurren á ciertos Tem-

plos, y en ciertos dias, ya por seguir la costumbre, ya por hacerse singulares, y en ocasiones por recomendarse con algunas personas de quienes pende su fortuna y bien estar: hay muchos que quando oyen los sermones conocen las verdades del Evangelio, y que quisieran reducir las á práctica en aquel momento; pero acaban de oír, y olvidan de repente. Estos son á quienes conviene propiamente la comparacion del Apóstol. En efecto, quando les ponemos á la vista los exemplos de Jesu-Christo, reconocen la distancia que hay de su vida á la del mas Santo de los hombres: miran sus pecados en toda su deformidad, los detestan, suspiran, lloran, forman resoluciones y propósitos; pero cesamos de hablar, desaparece el espejo, salen del Templo, encuentran ó buscan las ocasiones, las abrazan, y no solo reinciden en las mismas faltas, sino que las cometen mas enormes; y de tal manera van aumentando su deformidad, que si se mirasen otra vez en el espejo, se avergonzarian y confundirian ellos mismos.

¶ Pero qué diferencia, hermanos míos, entre estos Christianos y aque-

llos que toman en la mano con frecuencia el espejo de Jesu-Christo, y que mirándose con atencion, se dedican á seguir en todas sus obras los principios de sabiduría, y las reglas de la moral que ha enseñado y practicado este Maestro del género humano. ¡Ah! aquí veréis la reforma de sus costumbres, la detestacion verdadera de sus pecados, la práctica constante de las virtudes, un hombre nuevo; y en fin, un bienaventurado en su hecho, como dice el Apóstol. ¡Qué consuelo para un Christiano el no estar nunca en contradiccion con el Evangelio! Si su vida no puede conformarse siempre con las verdades que se le prescriben, á lo ménos sabe conservar en su corazon un deseo ardiente, y una pronta y sincera voluntad para cumplir los preceptos que le dicta Dios por medio de sus Ministros.

¶ El Apóstol Santiago nos da tambien idea de otra verdad de grande provecho en muchas ocasiones. Si alguno se tiene por religioso, dice, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazon, la religion de éste es vana. La caridad para con el próximo es, her-

manos míos, uno de los primeros preceptos del Christianismo; pero por desgracia tan abandonado que apenas merece algun lugar en aquellas prácticas que llamamos de consejo. En efecto la religion está siempre en nuestra boca; pero jamas la miramos con relacion al próximo: hablamos con respeto de las cosas de Dios, y somos muy mirados en las que tocan á nuestros intereses propios; pero muy imprudentes y ligeros quando se trata de aquellas que interesan al próximo. ¿Y acaso estan libres de estos defectos las tertulias y concurrencias de algunas personas que merecen el nombre de piadosas, porque exteriormente practican ciertas obras que ordena y autoriza la Religion? ¿No son ellas donde con mas descaro se desacredita al próximo, donde se descubren sus defectos, y donde sin ningun respeto se habla de las familias mas comedidas, propagando sus menores deslices, y destruyendo la opinion que por sus buenas costumbres han adquirido entre sus conciudadanos? ¿Hay por ventura alguna virtud que se respete en estas concurrencias? Las acciones mas loables ¿no se representan

siempre con negros colores, y se suponen dictadas por fines particulares? ¡Ah! hermanos míos, temamos el hacernos partícipes de la maldición que atraen sobre sí estas almas que se llaman piadosas, porque ostentan un ayre regular y modesto. Estos hipócritas todavía excitan más la indignacion de Dios que los mayores pecadores: su religion es vana, porque no refrenan su lengua, y aunque toman la máscara de la virtud, no dexarán de ser un dia conocidos y detestados. Considerad, hermanos míos, que la murmuracion y la critica es un pecado enormísimo, que produce por lo regular muy fatales consecuencias. ¿Pero no es esta la sal de vuestras conversaciones? Baxo el pretexto de zelo y de reforma ¿no habeis citado á vuestro tribunal las acciones públicas y particulares de vuestros próximos? ¿Habeis observado acaso en vuestros discursos aquella regla esencialísima de la caridad de no pensar mal de otro, ni divulgar sus faltas? Si vosotros, hermanos míos, habeis contraido tan perniciosa costumbre, es preciso trabajar con ardor en destruirla: vuestra salud está en un peligro evidente mientras que el

próximo no sea considerado y respetado, y vuestra religion será vana, y una materia de escándalo para todos los que tengan la desgracia de escuchar vuestros razonamientos. La religion pura y sin mancula delante de Dios y Padre, es ésta, dice el Apóstol: visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo; ó como dice el Profeta, separarse del mal, y practicar el bien.

Estas máximas contienen los dos grandes preceptos de la ley: á saber, el del amor de Dios, tributándole los homenajes que exige de sus criaturas, y evitando los malos exemplos y las máximas del siglo; y el del amor del prójimo, extendiendo la caridad sobre todos los miserables de qualquiera clase y condicion que sean.

Notad, hermanos míos, que el Apóstol no solo dice que es preciso guardarse de la corrupcion del siglo en general, sino que señala el siglo presente. ¿Y por ventura los tiempos del Apóstol eran tan peligrosos como los nuestros? ¿Estaban los principios de irreligion y de libertinage tan acreditados? Esos que el mundo llama ilustrados y sabios, ¿tenian

como ahora el atrevimiento de levantarse contra el Señor, y contra su Christo? Los escritos de los Profetas y de los Apóstoles ¿estaban, como hoy estan, entre manos sacrilegas y mercenarias? La fé de los primeros fieles ¿se habia obscurecido como la nuestra por una multitud de escritos que solo respiran el deismo y la irreligion? Vosotros, hermanos míos, si sabeis guardaros sin ser inficionados de este siglo, podeis estar seguros que vuestra religion será pura y sin mancilla delante de Dios y Padre; pero para esto debeis tener gran cuidado de negar el oido á esos libros en que se discuten los dogmas de la religion con demasiada temeridad é imprudencia: es preciso no tener trato ni amistad sino con aquellos que respetan la fé, y que la honran con sus costumbres: es preciso estar muy sobre sí para no dexarse seducir de los racionios capciosos que aventuran en las concurrencias los que han naufragado ya en la fé: es preciso fortalecerse y ahanzarse con libros piadosos y sólidos en la profesion de los misterios sobre que se funda nuestra santa religion; y sobre todo es preciso orar con frecuencia y con perseverancia

para que Dios nos defienda contra los ataques de la incredulidad y del error. Pero, hermanos míos, ¿habeis puesto en práctica estos medios sin los cuales es del todo imposible conservar el tesoro de la fé? ¡Ojalá que los perniciosos sistemas del siglo no hayan hecho todavía sobre vosotros impresiones funestas!

Tú, grande Apóstol, que has dictado las palabras que acabamos de meditar, ven á socorrernos: tú eres el protector de nuestra fé por muchos títulos: no permitas como Apóstol que los dogmas que has confesado y consagrado derramando tu sangre, sean el objeto del desprecio del incrédulo: y como protector de esta Parroquia, y de un Pueblo que te invoca, y que debe profesar la fé que le has transmitido, consíguele una religion pura, cuyos dogmas no se vean alterados ni confundidos por la incredulidad: una religion sin mancha, cuyas máximas no sean profanadas con una vida criminal: en fin una religion consoladora que haga su seguridad en el tiempo, y que cifre su gloria en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 23. 30.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os anunciaré claramente de mi Padre. En aquel dia pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habeis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dexo el mundo, y voy al Padre. Sus discípulos le dicen: He aquí ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora conocemos, que sabes todas las cosas,

y que no es menester, que nadie te pregunte: en esto creemos, que has salido de Dios.

INSTRUCCION.

Las palabras que Jesu-Christo dirige hoy á sus Apóstoles son muy diferentes de las que les decía en el Evangelio del Domingo pasado. Ya no se quejan ni se afligen por la ausencia próxima de un Maestro á quien amaban tan tiernamente; la seguridad que les da Jesu-Christo de su proteccion y de su amor, la certidumbre de conseguir todo lo que pidan en su nombre, el don que les concede de entender y de explicar las verdades mas sublimes, y la promesa de enviarles inmediatamente el espíritu consolador, son motivos muy eficaces para tranquilizarlos y disipar sus temores. Entónces transportados en alegría y confianza le dixéron: ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

Nosotros, hermanos míos, siendo herederos como los Apóstoles de la doctrina de Jesu-Christo, ¿no podemos tambien aplicarnos la promesa que les hace de apoyar con su mérito sus votos? Nuestras oraciones, quando se hacen en nombre de Jesu-Christo, ¿no nos dan derecho de esperar los mas felices sucesos? Pero si acaso somos indiferentes, la Iglesia para despertarnos y excitar nuestro fervor, nos recuerda hoy este pasage del santo Evangelio. Si el Christiano mudo é insensible, que no sabe hablar al Señor de sus enfermedades y miserias, medita estas palabras, encontrará en ellas motivos para avivar su tibieza; y el Christiano fervoroso los encontrará tambien para consolarse y animarse. Hermanos míos, no penseis tener excusa para no rogar, porque sabeis que basta pedir en nombre de Jesu-Christo para conseguir el remedio de vuestras necesidades. Nunca os canséis de exponerlas á un Dios que no se cansa de vuestra importunidad. Este es todo el fruto que espero sacar de nuestro Evangelio, y para ello os pido atencion.

Jesu-Christo habia previsto las con-

tinuas y crueles persecuciones que habian de padecer sus Apóstoles; causadas por el mundo enemigo de su doctrina, y con el fin de enseñarlos el medio mas seguro de que su debilidad triunfase de los esfuerzos de sus enemigos, les dirige por último esta instrucción. Nosotros, hermanos míos, que estamos expuestos á los mismos peligros, rodeados de los mismos escollos, y que vivimos en un mundo tan artificioso y engañador, aprendamos de la boca de Jesu-Christo mismo el medio poderoso que podemos oponer á sus lazos y artificios: escuchemos sus lecciones. El Padre os dará todo lo que le pidiereis en mi nombre.

¿Pero por qué causa Dios que nos ama, que tiene un conocimiento anticipado de nuestros males, y que tan poderoso es para aliviarnos, espera para mostrarse sensible que le interese- mos con nuestras frecuentes oraciones? ¿Por qué se complace en hacernos esperar sus favores? ¿Por qué nos expone dilatándonos el socorro al disgusto de este santo ejercicio? Dios, hermanos míos, conoce nuestro corazón, y sabe la facilidad con que olvidamos nuestros

trabajos y enfermedades quando las cosas nos vienen á medida de nuestros deseos: quiere por tanto que una indigencia continua nos obligue á pedir sin cesar, y que postrados á sus pies implóremos, como pobres penetrados de nuestras miserias, los socorros en las mas urgentes necesidades: si encontramos algunas dificultades, si tenemos algun trabajo para recoger nuestra imaginacion, que siempre procura inquietarnos en estos casos, lo recompensa sobradamente en la prontitud con que nos oye y nos responde.

Pero es preciso pedir en nombre de Jesu-Christo. El solo es el que nos da el acceso á nuestro Dios, de quien nos separan para siempre nuestros pecados: él solo es quien puede dar fuerza á nuestra voz, valor á nuestras súplicas, y crédito á nuestros votos. Importaba poco que interesásemos el cielo en favor nuestro, si no tuviésemos mas que nuestro mérito y nuestras obras para apoyar nuestras oraciones, porque ellas solo servirian para encender la cólera de Dios, y despertar su venganza. Pidamos pues en nombre de Jesu-Christo: este nombre es poderoso para contener la mano de la

justicia divina, para interesar su misericordia, y para abrimos los tesoros de unas gracias inefables, de qualquiera naturaleza que sean, porque nada se niega á este nombre.

Jesu-Christo en el Evangelio de este dia nos hace ver la causa de la inutilidad de nuestras oraciones. Si hasta aquí, dice, no habeis visto el efecto de vuestras súplicas, no debeis acusar al Señor de insensibilidad y de indiferencia: culpád si á vuestra tibieza. Estais ciegos sobre vuestras necesidades, y apenas las conoceis: estais mudos quando se trata de pedir, y no sabeis hablar de vuestras miserias á quien puede aliviarlas y disiparlas: estais mas cuidadosos de reparar las pérdidas temporales que las de la gracia, y mas persuadidos de las ventajas sensibles y percederas, que de los tesoros celestiales: si alguna vez orais, solo pedis cosas superfluas, y algunas veces peligrosas; y siendo vuestros deseos tan opuestos á los míos, jamas hablais en mi nombre.

¿No reconoceis, hermanos míos, en estas palabras de Jesu-Christo vuestra propia conducta? Os quejais de que el Señor se manifiesta sordo á vuestras vo-

ees; pero quando exâminamos detenidamente la causa de esta insensibilidad, vemos que casi siempre carecen vuestras oraciones, ó del fervor que las anima, ó de la piedad que las mantiene, ó de la humildad que las apoya, ó de una vida arreglada que las santifica.

El ejercicio de la oracion es en la Religion Christiana el mas usado y mas conocido; y si todos los Christianos oran santamente, hallarian sin duda los consuelos y las gracias de que carecen por la sequedad de su corazon.

Los unos oran y dedican las primicias del dia á este santo ejercicio. Antes de empezar su trabajo, ó de emprender algun negocio, rezan algunas oraciones; pero por desgracia nada piden, porque solo practican ciertas fórmulas que han aprendido desde niños: estas súplicas son infructuosas, porque no se hacen en el nombre de Jesu-Christo; el Señor jamas oye las palabras vagas que no estan acompañadas de los sentimientos del corazon: no solo no son oidas, sino que son detestadas.

Otros oran, y mas instruidos á la verdad que los primeros, saben que el

lenguage de los labios es mas propia para insultar á Dios, que para ablandarle. Por tanto ruegan con atencion; pero desconociendo su propio estado se derraman como los Fariseos en acciones de gracias, y no saben representar sus necesidades al Dios que pudiera remediarlas: llenos de fervor y de eloqüencia quando hablan al próximo y solicitan su conversion, se olvidan de la suya propia, porque viven engañados, y se creen perfectos. He aquí la causa porque el Señor detesta semejantes oraciones: un corazon lleno de orgullo y de presuncion jamas pide en nombre de Jesu-Christo, y así el Señor no le oye.

En fin, hay muchos que oran al parecer con fervor. La memoria de sus pecados arranca de su corazon profundos gemidos, y les hace desatar en abundantes lágrimas: ellos sienten todo el peso de sus miserias y de su corrupcion, y saben exponerlas con eloqüencia: ellos conocen que para dar eficacia á sus oraciones es preciso detestar sus faltas y mudar de vida; pero estan demasiado apegados á la tierra y á sus placeres, y no tienen valor para romper los

vínculos de la amistad que tienen con los pecadores: ellos prefieren sus amistades, sus tratos sensuales, sus negocios lucrosos, sus miras de ambicion y de fortuna, y sin embargo de que oran al parecer con grande devocion, no quieren convertirse. Pero el Señor desecha sus oraciones, porque no piden en nombre de Jesu-Christo, y porque las inclinaciones y las pasiones de un corazon corrompido son del todo incompatibles con su gracia.

De aquí podeis deducir, hermanos míos, las disposiciones que se necesitan para la oracion, y los obstáculos que comunmente la hacen infructuosa. Pedid, pero procurad que vuestro corazon sea el que dicte á los labios aquellas expresiones propias para interesar y mover al Señor: pedid, pero que una resignacion humilde os haga esperar sin inquietud y sin turbacion las gracias que quiere el Señor algunas veces para probar vuestra fidelidad, y despertar vuestro fervor: pedid, pero que sea con perseverancia, porque ella sola es la que puede alcanzarnos las gracias que imploramos.

La mayor parte de los Christianos

que oran, hacen á la manera de aquel Rey de Judá que consultaba al Profeta Eliseo sobre el suceso de una batalla que iba á dar á los Asirios. El Profeta le manda que dé siete golpes en la tierra con su dardo; pero habiéndose parado á los tres, se vuelve el Profeta á él, y con una santa indignacion le dirige estas palabras: Príncipe, no cuentes con el feliz suceso de la batalla, porque no has tenido firmeza: y ya que obedeces con medida, el Señor limitará tambien su proteccion sobre tu Pueblo. Si hubieras dado los siete golpes que te ordené, la Siria toda hubiera caído en tus manos; pero ya que te paraste á los tres, no conseguirás mas que tres victorias.

Este pasage de la santa Escritura nos da una idea bien clara del suceso de nuestras oraciones. Sabed, hermanos míos, que si no conseguís el remedio de vuestras miserias, es porque os cansais de pedir. Vosotros quisierais señalar al Señor el instante en que debe oiros; y si por un efecto de sabiduría, de justicia y de misericordia no corresponden tan pronto á vuestras súplicas, abandonais la oracion, perdiendo las gracias que una humildé perseverancia hubiera

podido conseguir. Pedid, y recibiréis, dice Jesu-Christo, para que vuestro gozo sea cumplido.

¡Qué diferencia, hermanos míos, entre Dios y los hombres! Quando queremos interesar á un poderoso en nuestro favor, le hacemos primero una larga exposicion de nuestras necesidades: muchas veces le adulamos alabando hasta sus vicios para mover su corazon, y él en cambio de sacrificios tan molestos y vergonzosos nos concede los beneficios con medida, y nos impone las mas duras condiciones: nosotros sin embargo somos tan baxos y serviles, que le miramos como un Dios tutelar, y damos ocasion con esto á que manifieste su orgullo, haciéndonos sentir todo el peso de su poder. El Señor, hermanos míos, no procede de esta manera, porque se manifiesta sensible á la primera exposicion que le hacemos de nuestras miserias. Si siempre que oremos no nos dispensa las gracias que se le piden, no dexamos sin embargo de ser recompensados con algunas otras, que tal vez no conocemos. Preguntad á esas almas fervorosas qual es el fruto de las freqüentes oraciones que dirigen á

su Dios, y os dirán que siempre salén de su presencia llenas de consuelos y de alegría.

Los Apóstoles nunca habían oído á Jesu-Christo palabras de tanto consuelo. En otras ocasiones les había hecho conversacion del reyno de Dios; pero como siempre había usado de parábolas y de figuras, se admiran ahora de que se explique en terminos tan precisos. Jesu-Christo, que penetra su admiracion, les descubre la razon de su conducta, y les dice: estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os anunciaré claramente de mi Padre. Como si les dixese: hasta el presente no estabais dispuestos para conocer las verdades de que debía instruiros; pero ahora podeis miraros como los amigos del Esposo: os hago los confidentes de mis mayores secretos, vais á verificar en mi persona todas las profecías que me han anunciado, y por tanto ya no os hablaré por parábolas.

Notad, hermanos míos, el carácter distintivo de nuestra santa religion, y que la eleva sobre todas las otras que han fixado hasta aquí la atencion de los hombres.

La religion de los Paganos era propiamente una coleccion de fabulas, y la Judayca, aunque santa en su origen, se apoyaba sobre figuras, como dice el Apóstol. Todas las promesas eran enigmáticas, y el Señor cubria con un velo todas las verdades que mandaba anunciar á su Pueblo. Pero en la religion de Jesu-Christo todo ha tenido su cumplimiento, y todo en ella es luz y verdad. Verdad en su moral, porque su ley es pura, y no conoce restriccion ni reserva. Verdad en su sacrificio, porque una víctima viviente y verdadera se reproduce diariamente para perpetuar la santificacion por nuestros pecados. Verdad en sus promesas, porque son tan sólidas como magnificas, y están apoyadas sobre la palabra de Dios. Si algo os queda todavía de obscuro y misterioso en nuestra santa religion, una fé pura penetra la obscuridad, y una firme esperanza descubre de antemano su cumplimiento.

En aquel dia, prosigue Jesu-Christo, pedireis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Porque el mismo Padre os ama,

porque vosotros me amasteis, y habeis creido que yo salí de Dios. No por esto dexaré de ser vuestro mediador. Yo soy la víctima escogida desde el origen del mundo para expiar vuestros pecados, y estoy dispuesto hasta la consumacion de los siglos á interesarme por vosotros ; pero aun quando yo cesase de hablar en vuestro favor á mi Padre, podeis contar con su bondad, porque sois míos. Por este título sois como yo el objeto de sus delicias ; él os mira sin excepcion con ojos benignos, y os ama á proporcion del amor que me habeis manifestado : en fin él es sensible á vuestras necesidades, segun el interes que habeis tomado en mi gloria.

¿ Pero vosotros, hermanos míos, amais á Jesu-Christo ? ¿ obrais conforme á sus preceptos ? ¿ Sabeis que solo por el título de hijos suyos podeis tener derecho á las bondades de vuestro Dios ? Escuchad, pecadores. El Apóstol San Pablo anatematiza á todo aquel que no ama al Señor Jesus. ¿ Vosotros amais, ó aborreceis á Jesu-Christo ? Tened pues entendido que aborrece á Jesu-Christo aquel que satisface sus de-

seos y sus pasiones á expensas de su ley ; aborrece á Jesu-Christo el que le persigue en los justos, el que los insulta, el que escandaliza á los simples, y el que niega el socorro á los pobres : aborrece á Jesu-Christo el que profana su Templo con irreverencias y sacrilegios. Si estas son vuestras disposiciones, no es á vosotros á quien dirige Jesu-Christo estas palabras : el Padre os ama porque me amasteis.

Almas fieles y devotas, que vivis en el temor del Señor, y que practicais su ley, conozco que haria injuria á vuestro corazon, si os preguntase si amais al Señor Jesus, y que á la manera del mas tierno y mas generoso de los Apóstoles, no podriais oír esta pregunta sin contristaros. Así no puedo hacer otra cosa que excitar vuestro regocijo al oír las palabras de Jesu-Christo : el Padre os ama porque vosotros me amasteis, y habeis creido que yo salí de Dios. Amadle pues con todo el amor de que son capaces las criaturas : traed á la memoria los beneficios que habeis recibido de su mano, y las gracias que os ha dispensado : alejad la tibieza y el disgusto que sienten las almas que no le

aman, y entónces le tendreis siempre propicio en vuestras necesidades.

Sí, hermanos míos, Dios os ama, y no podeis dudarlo. Mostradme un solo instante de vuestra vida, que no haya sido señalado con algun beneficio; pero no penseis que su amor se prueba quando dispensa á manos llenas los bienes de la naturaleza, ni porque satisfaga completamente vuestros deseos, porque no siempre son sus amigos los mas favorecidos en este mundo. Dios hace lucir su sol sobre los buenos y los malos, y muchas veces son estos mas felices y mas honrados que los justos. La verdadera é incontestable prueba del amor de Dios ácia vosotros está en las aflicciones que os envia: el Padre os ama porque os affige.

Este es un lenguaje nuevo para vosotros, hermanos míos: acostumbrados á no juzgar de los trabajos sino por la tristeza que acarrean, no podeis determinaros á mirarlos como los efectos de la proteccion de un Dios; pero escuchad al Espíritu Santo, que para desengañaros os dirige estas palabras consoladoras: hijo mio, dice: no resistas la mano que te hiere; no mires como un

efecto de la ira los castigos de un Padre misericordioso: acuérdate que Dios se complace en castigar á los hijos que protege, y que los golpes de una mano que nos ama, son mas dulces que las caricias de una mano enemiga: acuérdate en fin que es una señal de reprobacion el vivir sin tribulaciones y sin dolores.

Dios mio, no me excuses las aflicciones pues que proceden de tu misericordia: solamente te pido la uncion y la gracia que las suaviza: prepárame humillaciones y cruces, pues que ellas son la herencia de tus siervos y de tus escogidos: si las penas ordinarias no bastan para humillarme y hacerme tuyo, te pido muy de veras, Dios mio, que amontones sobre mi cabeza todos los males, todas las aflicciones, todos los trabajos que puede inventar tu misericordiosa severidad; pero con tal que tu benéfica proteccion me defienda, para que no sea presa de mi flaqueza, me tendré por muy feliz, y mas si á este precio puedo contarme en el número de tus discípulos.

Jesu-Christo se propone á sus Apóstoles por modelo, para fortificarlos y

animarlos en la penosa carrera que iban á emprender. Sali del Padre, les dice, y vine al mundo: otra vez dexo al mundo, y voy al Padre. En los cielos participo con mi Padre de una gloria inalterable y de una felicidad semejante á la suya; pero el amor que os profeso me ha hecho sacrificar mi gloria y mi reposo. Para curar vuestras dolencias he dexado en alguna manera el seno de un Padre que cifraba en mí todas sus delicias: revestido de la naturaleza humana he venido á conversar con los hijos de los hombres; pero en cambio de tantos beneficios solo he visto incredulidad, ingratitud y oposición: en fin he venido al mundo, y el mundo no ha querido reconocermé. Pero así como mi destierro no debía durar sino un tiempo, tampoco el vuestro será eterno; y si, como yo, haceis consistir vuestras delicias en los tormentos y en los trabajos, encontrareis también como yo el término feliz de ellos. Dexo pues al mundo para volver á mi Padre.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo para volver á su Padre y tomar posesion de su reyno, fué preciso que

dexase al mundo; y esta es la misma condicion que os propone á vosotros, si habeis de corresponder al nombre y á las obligaciones de Christianos. Pero no estais, por el contrario, ligados al mundo con estrechos vínculos? No manifestais el mayor disgusto quando no podeis participar de sus placeres? No mirais el último instante de vuestra vida como el término de vuestras desgracias, solo porque dexais al mundo? Qué importa que Jesu-Christo le dexé, si vosotros cada vez le mirais con mas apego? El mundo está por todas partes lleno de espinas; pero esto no os detiene en la carrera. A pesar de la conciencia y sacrificando vuestra salud, andais afanados para conseguir los grandes puestos, y para hacer fortuna, como si el número de las felicidades hubiese de exceder el de vuestros días: todos vuestros cuidados se reducen á disfrutar una situacion más feliz y tranquila, como si vuestra mansion hubiese de ser eterna: procurais conformaros á los usos del mundo, estudiais sus máximas, preconizais hasta sus abusos, como si él tuviese derecho para exigir los homenages de vuestro

corazon. No hay cosa en el mundo que no sirva para estrecharos mas con él: los bienes, de que sois esclavos; los hijos, de quienes admirais hasta los defectos; las flaquezas de una esposa y de un amigo, exigen vuestro respeto: la menor apariencia del peligro os asusta, y os alarma qualquiera idea que os acuerda la separacion del mundo: la presencia de los Sacerdotes en vuestra última hora la mirais como importuna y molesta, solo porque os anuncian que van á romperse los lazos que teniais por indisolubles. Es posible, hermanos mios, que siendo hijos de la tierra por inclinacion y por gusto; y de la patria por vocacion y por eleccion, habeis olvidado que el mundo no es mas que un destierro, y que en tanto que fixais vuestro corazon en los bienes frágiles y perecederos, abandonais una corona incorruptible que Jesu-Christo ha ido á prepararos?

Esta es la consecuencia mas natural que podemos sacar de estas palabras; dexo al mundo, y voy al Padre, y es tambien la que sacaron los Apóstoles de Jesu-Christo. Estos hombres que hasta allí no habian podido

mirar la separacion de su Maestro sin amargura, manifiestan hoy una conducta muy diferente. Esperanzados en sus promesas se consuelan, y le dicen: he aquí ahora hablas claramente, y no dices ningun proverbio. Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

Señor Jesus, haced que nuestro corazon se disponga para oir estas palabras capaces de llenarnos de consuelo. Nuestros gemidos son demasiado débiles para llegar hasta el trono del Eterno; pero orad, Señor, con nosotros, y aunque indignos de levantar nuestras manos, hablaremos llenos de confianza en vuestro nombre. Ya sabeis quanto nos disgusta la sequedad y la tibieza que experimentamos algunas veces en el exercicio de la oracion. Nuestro corazon está frio é insensible; pero infundid en él vuestro espíritu, y entonces nuestra alma se hallará como engrasada con la uncion santa que la acompaña. Haced que este Espíritu ponga en mi boca palabras dignas de Vos: entonces se derramará la alegría sobre mis labios, y os ofreceré el

sacrificio de la alabanza: entónces no tendré otro consuelo mas dulce que el de conversar con Vos: mi corazon penetrado de vuestras grandezas y misericordias, meditará en ellas desde la mañana para no distraerse en todo el dia. Haced, Dios mio, que lleno de confianza en esta misericordia, pueda á la sombra de vuestras alas gustar en la tierra de la tranquilidad y de la paz, mientras que en los tabernáculos eternos canto vuestras alabanzas. Así sea.

INSTRUCCION
PARA EL DIA
DE LA ASCENSION
SOBRE LA GRANDEZA
DE JESU-CHRISTO EN EL CIELO.

PSALMO CXII.
vers. 4.

Excelso es sobre todas las naciones el Señor, y su gloria sobre los cielos.

Nuestra conversacion es ciertamente de los cielos segun la expresion del Apóstol San Pablo. Todos los otros misterios de la vida de Jesu-Christo nos acuerdan la debilidad, la miseria y la corrupcion de nuestra naturaleza; pero éste en que todo es gloria y grandeza para Jesu-Christo sin mezcla alguna de humillacion y de oprobrio, no nos ofrece sino consuelos y motivos de la

mas viva esperanza. Aunque Jesu-Christo resucitado no tenia ninguna de las tristes señales de nuestra mortalidad, habitaba todavía este valle de lágrimas; pero ahora que ha subido á los cielos, adquiere su humanidad el grado de grandeza y de gloria que le habian merecido sus trabajos y tormentos. ¡Ah! Fijemos, hermanos míos, nuestros ojos en el cielo como los Apóstoles; y aunque una nube espesa nos le robe, penetrémosla con los ojos de nuestra fe. Contemplemos á Jesu-Christo sentado á la diestra de su Padre, tambien nuestro, rodeado de sus Santos, que son nuestros hermanos, gozando de la felicidad que nos ha merecido y adquirido con su sangre, reuniendo en alguna manera en la mansion de su gloria todos los caractéres de grandeza que nos ha mostrado sucesivamente en la tierra.

Jesu-Christo es grande en el cielo. Esta verdad, hermanos míos, es entre todas las que nos ofrece la religion la mas fácil de establecer, y al mismo tiempo la mas instructiva y consoladora. No quiero decir que sea dado al hombre el formarse una idea justa de la glo-

ria de Jesu-Christo: porque si no podemos hablar dignamente de la gloria de los Santos, ¿cómo hablaremos de la de aquel que es xefe y cabeza de los predestinados? El ojo no ha visto, dice el Apóstol, el oido no ha oido, el corazon del hombre no ha comprendido los bienes que Dios prepara á los que le aman. ¿Nos atreveremos con facultades tan limitadas á describir la felicidad de quien desde la eternidad misma es el objeto de las delicias de su Padre? Su generacion es inefable, dice el Profeta, su gloria y su felicidad es indecible; y si el Espíritu Santo no se hubiera dignado en las divinas Escrituras de quitar algun tanto el velo que oculta su magestad, nos veriamos reducidos á adorarle y á callar; pero abro estos libros sagrados, y veo en Jesu-Christo glorificado tres caractéres de grandeza.

Jesu-Christo es grande por el lugar que tiene en el cielo, por las funciones que exercita en él, y por las gracias que merece y derrama sobre toda su Iglesia. No teniendo sin duda esta tierna Madre expresiones bastantes para ponderarnos la grandeza de Jesu-Christo

to en el cielo, se contenta con decirnos en el símbolo de nuestra fe, que está sentado á la diestra de Dios Padre; pero esta locucion tan sencilla no nos presenta una idea de grandeza imposible de expresar? El, como dice el Profeta, se ha elevado sobre todas las naciones, pues que no hay criatura humana que pueda ponerse á su nivel; se ha elevado sobre los cielos mismos, porque los Espiritus celestiales no son otra cosa que los executores de la voluntad del Altísimo, y á ninguno se ha dicho: tú eres mi Hijo muy amado, siéntate á mi diestra hasta que reduzca á tus enemigos á servir de escabel de mis pies. Por esta causa exerce sobre todas las criaturas el dominio que le ha dado su Padre. La Iglesia por esto nos le representa hoy como que ha de venir á exercitar su poder sobre toda carne; á saber, su justicia contra los pecadores, y su misericordia con los escogidos. De aquí nace que mande como dueño, sin que haya quien pueda resistirse á su voluntad suprema. Por esto recibe nuestros respetos y adoraciones; y teniendo fixa su vista sobre las miserias de nuestra vida, á cada uno le señala el lu-

gar que le está destinado en su reyno. Esta verdad no es puramente especulativa, hermanos míos, porque la gloria de la cabeza es la de los miembros, dice San Agustín; y ascendiendo su humanidad á los Cielos, nos ha mostrado abierto el camino. Sí, él mismo nos abre, dice el Apóstol, este camino nuevo y viviente: nuevo, porque ántes de de él estaba cerrado á nuestras esperanzas y deseos: viviente, porque Christo es esta vida que siempre existe, y porque nos ha de enseñar con sus exemplos á merecerla; pero tambien nos advierte que los premios en el Cielo han de ser proporcionados á los esfuerzos que se hayan hecho para conseguirlo. Así, quando la Iglesia quiere excitar nuestra emulation trayéndonos á la memoria la Ascension de Jesu-Christo, y el preeminente lugar que ocupa en el Cielo, nos repite aquellas palabras que la madre de los Macabeos decia al mas tierno de sus hijos: hijo mio, te pido que mires al Cielo. Este en alguna manera es el grito de la Iglesia en esta solemnidad. Esta tierna Madre que nos ve con inquietud, expuestos á las tentaciones de la vida presente, nos pide

que consideremos á Jesus glorificado, y con este solo pensamiento nos da fuerzas para nuestros combates, nos consuela en nuestras penas, y nos anima á la práctica de todas las virtudes; pero todavía excita mas nuestra confianza quando nos instruye de las funciones que exercé en el Cielo.

Era ciertamente un espectáculo muy interesante para los Judios la ceremonia que se hacia una vez al año. El gran Sacerdote teniendo en sus manos el incensario, y la sangre de las víctimas, penetraba en el Sancta Sanctorum, lugar donde él solo podia exercitar funciones tan terribles, y los Sacerdotes, los Levitas y el Pueblo esperaban su vuelta con un temor religioso. Esta ceremonia era muy propia para fixar la atencion del Judío carnal y grosero; pero sin embargo no era mas que una figura del misterio que nos representa la Iglesia en este dia. Jesu-Christo entra en el cielo; pero como es el Pontífice eterno, no necesita como los otros Pontífices carnales ofrecer sacrificios por sus propios pecados, ni tomar la sangre de las víctimas, ni quemar inciensos materiales y terrenos; y así solo rompe

el volo de su humanidad, y por medio de este velo, dice el Apóstol San Pablo, se presenta á su Padre. Allí le repetirá sin cesar hasta la consumacion de los siglos aquellas palabras que dixo al venir á este mundo: he aquí que vengo. Allí le ofrecerá eternamente la sangre que ha derramado por nuestros pecados; y finalmente se elevarán hasta la Magestad suprema el buen olor de sus virtudes, el mérito de su obediencia y el incienso de su oracion. ¡Ah! consolémonos, hermanos míos, dice el Apóstol, porque tenemos un Pontífice que se compadece de nuestras enfermedades. Su caridad y su misericordia no se sacian con remediar una sola necesidad, sino que se extienden á todas de qualquier clase que sean. Hermanos míos, meditémos los recursos que nos ofrece la Religion en esta qualidad de Pontífice. Si siempre que á los pies de los altares participamos del santo sacrificio, meditásemos atentamente que aquel Jesus que ofrecemos en la tierra, se ofrece él mismo continuamente en los cielos: que la sangre preciosa que aquí nos sirve de consuelo, allí delante de Dios hace toda nuestra se-

146 *Instrucción para el día*
guridad, no tendríamos tanta tibieza para elevar nuestros corazones quando el Sacerdote nos invita: al contrario avivados por la fe, nos postraríamos delante del altar sublime del cielo, quando adoramos la víctima ofrecida sobre el altar visible de la tierra. Este, hermanos míos, es el único medio de participar de las gracias que Jesu-Christo merece, consigue y derrama sobre toda su Iglesia en el misterio de su ascension.

Pide, madre mía, decía Salomón á su madre; y Jesu-Christo desde lo alto del cielo habla de la misma manera á la Iglesia su Esposa, y Madre de todos sus miembros. Pide, la dice: las necesidades de tus hijos son inmensas; pero las riquezas de mi misericordia sobrepandan infinitamente. Pide: en el cielo me ha sido dado todo el poder sobre la tierra y los infiernos; y de qualquier naturaleza que sean las gracias que solicites, encontrarás abiertos los tesoros de mis méritos.

Gracia de conversion. Yo soy el que inspiro el espíritu de temor que perturba al impío quando mas enenagado está en sus desórdenes; el es-

de la Ascension.

147
píritu de compuncion, que le aflige á la vista de sus caidas: el espíritu de humildad que le hace conocer su nada y su miseria; el espíritu de vigilancia y de oracion que le hace gemir, que le da fuerzas y le alienta para entrar en la pelea; y el espíritu de justificacion que le convierte.

Gracia de perseverancia. Yo soy quien anima al justo para el combate; quien le sostiene en las tentaciones; quien le asegura sus adelantamientos y progresos en el camino de la virtud, y quien consume por la gracia la obra de su santificacion.

Gracia de paciencia. Desde el seno de mi gloria veo á mis amigos sumergidos en la tristeza y la amargura, compadezco sus males, suavizo y alivio sus desgracias, sostengo su esfuerzo, y fortalezco su humildad y su fe.

Gracia de penitencia y de abnegacion. Yo soy quien inspira el desprecio y el disgusto de las cosas terrenas, y quien derrama la dulzura y la uncion sobre los ejercicios mas duros, sobre los sacrificios mas generosos, y sobre las mortificaciones que mas resiste la naturaleza.

Gracia de caridad y de amor. Yo amo al Padre, y él me ama, y comunico las impresiones y sentimientos de este amor mutuo á las almas que me son fieles. Por este amor hago que no tengan otra voluntad que la de su Dios, ni otras inclinaciones que aquellas que les acerquen mas á su Dios, ni otros deseos que los de estar eternamente unidos con su Dios.

En esta solemnidad es, hermanos míos, quando empieza Jesu-Christo á cumplir sobre sus Apóstoles esas consoladoras promesas que han de extenderse en la serie de los siglos sobre toda su Iglesia. Por Jesu-Christo, dice el Apóstol San Pedro, nos ha dado Dios muy grandes y preciosas promesas. Presente siempre entre nosotros por su espíritu, disipa nuestras tinieblas, destruye nuestra ignorancia, fortifica nuestra flaqueza, purifica nuestros afectos, da fervor á nuestras oraciones, santidad á nuestras obras, docilidad á nuestra voluntad, viveza á nuestra fe, y certeza á nuestra esperanza.

¡Es posible, Jesus mio, que dexando este valle de lágrimas, no habeis querido dexarnos huérfanos! Ya pues

que sois nuestro Redentor, no ceséis de desempeñar tan augusta función cerca de vuestro Padre, y animado siempre del mismo amor, haced vuestras delicias de estar con nosotros por vuestro espíritu: haced que toda nuestra obligación se cifre en amarnos, y que sean estos siempre nuestros deseos. Vuestra tierna caridad no solo no se resfriará nunca para con nosotros, sino que ella os solicitará, os instará y os forzará en alguna manera á que atendais y aliviéis nuestras miserias. Somos, Señor, pecadores, y esperamos de Vos la remisión y la gracia. Somos débiles; pero de Vos nos ha de venir el socorro y la fuerza. Somos desterrados; pero con Vos hemos de gozar el descanso de la patria. ¡Que no conozcamos, Señor Jesus, otra felicidad ni alegría en la tierra que la de ser vuestros! ¡Que no conservemos otros deseos que los de gozaros un día! Haced que toda nuestra gloria consista en la humildad, en la penitencia, y en la cruz para que con Vos la gocemos eternamente. Así sea.

DOMINGO
EN LA OCTAVA
DE LA ASCENSION.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,
cap. 4. v. 7. II.

*Carísimos: Sed prudentes, y velad
en oraciones. Y ante todas cosas
teniendo entre vosotros mismos cons-
tante caridad: porque la caridad
cubre la muchedumbre de pecados.
Exercitad la hospitalidad los unos
con los otros sin murmuracion. Ca-
da uno segun la gracia que reci-
bió, comuniquela á los otros, co-
mo buenos dispensadores de la gra-
cia de Dios que es de muchas ma-
neras. Si alguno habla, sean co-
mo palabras de Dios: si alguno
ministra, sea conforme á la vir-
tud que Dios da: para que ex*

*de la Ascension. 151
todas cosas sea Dios honrado por
Jesu-Christo.*

INSTRUCCION.

Si la salvacion tiene, hermanos
míos, sus dificultades y trabajos, tam-
bien tiene sus consuelos y recursos. El
camino que conduce á la vida eterna
es muy estrecho, los peligros muy fre-
qüentes, los escollos continuos, los com-
bates muy terribles, y sin embargo
el yugo que nos impone es muy li-
gero, la carga no nos oprime, la ley
es muy fácil y sencilla, la ciencia que
se requiere, no pide muchos años de
estudio, ni serias y profundas medita-
ciones, las armas para la pelea resis-
ten todos los golpes y las victorias son
ciertas. Nada pues le falta á un Chris-
tiano.

La Iglesia con el fin de animarnos,
nos pone hoy á la vista las virtudes mas
esenciales y mas faciles de la moral chris-
tiana. Ocupada todavia con la entrada
triumfante de Jesu-Christo en la man-
sion de su gloria, nos traza el camino

que puede conducirnos á ella, y por el qual caminó el mismo Salvador. Por tanto tomemos parte en las miras de esta tierna madre, y escuchemos las lecciones que el Apóstol San Pedro, testigo tan fiel de las acciones de Jesu-Christo, discípulo tan dócil de su doctrina, y tan perfecto imitador de sus exemplos, nos va á dar en la Epístola de este día.

No debe maravillarnos, hermanos míos, que á la cabeza de todos los consejos que nos da hoy el Príncipe de los Apóstoles nos ponga el siguiente. Sed prudentes, y velad en oraciones. El hombre se dexa naturalmente llevar al exceso, bien sea en los vicios, ó en las virtudes, porque es muy difícil ponerse en aquel justo medio que constituye la sabiduría verdaderamente christiana. El consejo por tanto es general para todas las personas en qualquiera circunstancia y situacion de su vida. Sed prudentes, podremos decir á los pecadores, huid de todos los excesos vergonzosos á que os han arrasrado hasta el día vuestras pasiones. Sed prudentes, diremos á los justos. Tened entendido que la virtud no consiste

en seguir los caprichos de una imaginacion demasiado viva y acalorada, y de un fervor indiscreto, sino en sujetarse á las reglas de una moderacion sabia que camina ácia la perfeccion con medida, y que se acomoda al estado de las fuerzas de cada uno. Si poneis esta máxima á la frente de todas vuestras devociones, y de todas las prácticas christianas, no temais el exceso. Sed vigilantes. En estas palabras no hace el Apóstol sino repetir las que Jesu-Christo dixo tantas veces, porque la vigilancia es una de las obligaciones mas esenciales de la vida christiana. De esta vigilancia depende la fidelidad del Christiano y su perseverancia en la virtud. Por esta causa se nos representan los juicios de Dios baxo la figura de un Señor que sale en el silencio de la noche para probar la fidelidad de sus criados, ó de un ladron que se aprovecha de las tinieblas para executar y ocultar sus robos. Por esto los Christianos de todos los tiempos han querido asegurar su salvacion, han tenido el cuidado de separarse del tumulto del mundo, y se han hecho una delicia del retiro. Si alguna vez, por-

que su estado y las circunstancias lo han exigido, se han encontrado en las tumultuosas asambleas del siglo, han hecho quanto ha estado de su parte para retirarse dentro de su propio corazon á considerar los designios de Dios, y huir los artificios de Satanás. Por esto los Padres de la Iglesia y los Maestros de la vida espiritual nos han enseñado que el estado del Christiano pide una atencion continua, porque está rodeado siempre de peligros, y el demonio trabaja sin cesar para sorprehenderle seguro de la victoria en aquellos momentos de disipacion y de abandono. Pero la vigilancia, hermanos mios, no debe separarse jamas de la oracion. Velad orando siempre, porque si omitis qualquiera de estas dos prácticas, estais muy expuestos á la sorpresa del enemigo. El Apóstol nos dice, segun la doctrina de Jesu-Christo, que no consiste el orar en recitar todos los dias algunas oraciones vocales de pura fórmula, sino en el hábito constante de recogerse interiormente para considerar los propios pecados delante de la presencia de Dios. El espíritu y el corazon han de corresponder siempre á sus altos de-

signios sobre nosotros. Debemos temer y guardarnos de aquellas acciones que pueden ofenderle en qualquiera manera; debemos orar sin descansar un momento, porque este es el medio mas eficaz de elevar el alma á Dios y de atraer sus gracias. No haya un instante de nuestra vida en que no le llenemos de bendiciones por tantos beneficios como nos dispensa; pidámosle sin cesar, pero con rectitud de corazon; seamos caritativos con el próximo, auxiliemos al menesteroso; tengamos entre nosotros mismos constante caridad, dice el Apóstol, porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados; no tardemos en mostrarnos sensibles si es urgente el objeto que exige nuestra compasion. Si Jesu-Christo dice al iracundo que dexé su ira á los pies del altar y vaya á reconciliarse con su hermano; yo puedo tambien asegurar que la limosna es á los ojos de Dios la oracion de mas mérito, y que regularmente no desatiende la mayor parte de las súplicas que se le hacen, sino porque no se acompañan del espíritu de caridad, que solo puede mover su misericordia. Sí, hermanos mios,

la limosna cubre la muchedumbre de nuestros pecados: ¡ó, que consuelos traen estas palabras á aquel Christiano que hace buen uso de los bienes que Dios pone en sus manos! A medida que toma mas conocimiento en las necesidades del próximo, remedia Dios su enfermedad espiritual, enxuga sus lágrimas, calma sus inquietudes, le perdona sus pecados, y le concede gracias superabundantes.

Pero no abusemos de esta reflexión, hermanos míos: hablo aquí, segun el Apóstol, de una limosna hecha con humildad, cuyo mérito no se debilite ni por el orgullo ni la ostentacion: hablo de una limosna hecha en la presencia de Dios que no participe de aquellos sentimientos humanos de beneficencia que suelen ser en gran parte el resorte que mueve á los hombres: hablo en fin de una limosna acompañada del espíritu de contrición. Una limosna de esta naturaleza siempre es eficaz, porque Dios es siempre fiel á su palabra.

El Apóstol, despues de haber recomendado la caridad en general, describe en particular las obras que se contienen en ella, y pone á la cabeza de

todas la hospitalidad, que en su tiempo tenia el primer lugar entre las obras de misericordia, porque las circunstancias lo exigian así; y aunque este género de limosna no sea en el día de un uso tan frecuente, el Apóstol nos indica dos circunstancias que deben acompañarla siempre, las cuales tambien convienen á las demas limosnas; á saber, que sean generosas y discretas. Generosas, porque deben extenderse á todas las necesidades del próximo una vez que la Providencia nos haya dispensado los medios necesarios. Discretas, porque deben proporcionarse al estado del que da y del que recibe. Por tanto una limosna que se hace á expensas de la subsistencia de una familia, ó por la qual se cercenan, ó se evitan del todo los gastos necesarios para nuestra honesta conservacion en el estado y rango que tenemos, es una limosna indiscreta. La obligacion de la limosna no se extiende á despojarnos siempre en favor de los pobres de todos nuestros bienes. La caridad tiene, hermanos míos, sus medidas, y no es justo traspasarlas; pero este defecto no es muy comun. Hay

158 *Domingo en la octava*
muchos Christianos que baxo el pre-
texto de una prudente reserva guar-
dan con injusticia sus bienes, y se ha-
cen miserables en los tiempos de ca-
lamidad y de escasez, en los cuales des-
pues de tomar para sí lo que fuere
puramente necesario, deberían repartir
lo demas en tantos infelices que se ha-
llan constituidos en la necesidad mas
extrema.

Para que la limosna sea tambien dis-
creta, deben indagarse con mucho cui-
dado la conducta y las disposiciones del
pobre, á fin de evitar el peligro de
socorrer á muchos que solo piden para
disipar, y no fomentar por este me-
dio la ociosidad y los vicios que son
consiguientes á ella. Algunos Christianos
pecan gravemente en esta materia so-
corriendo con una profusion que lle-
ga á tocar en prodigalidad, de manera
que lo dan todo á una sola familia, ó
á una sola persona, y abandonan to-
das las demas. Los socorros de esta natu-
raleza son como un torrente que lleva
tras de sí todo quanto encuentra, y
que destruye mas que beneficia. El
pobre acostumbrado á vivir con estre-
chez se sorprende con su abundancia,

de la Ascension. 159

se entrega con libertad al goce de sus
placeres, y en breve tiempo consume
unos bienes, que bien administrados,
hubieran hecho la subsistencia de toda
su vida. Por tanto es indispensable el
exámen prudente y racional de las cos-
tumbres de aquellos que nos quieren
sorprender aparentando pobreza. No
todos los que piden son pobres. Si es-
tando sanos y con buenas disposicio-
nes no trabajan, mas bien deben exci-
tar la indignacion, que la piedad. Si á
título de su distinguido nacimiento, y
de lo que en el mundo se llama hon-
nor, viven acaso en una ociosidad cri-
minal, no son tampoco dignos de ex-
citar nuestras miradas compasivas. Si
seducidos y engañados de falsas aparien-
cias dispensamos nuestros bienes á per-
sonas de esta naturaleza, defraudamos
ciertamente á los verdaderos pobres del
consuelo y el alivio que merecen por
tantos títulos, y seremos responsables
en el tribunal de la Justicia Divina de
la parte que nos ha cabido en el fo-
mento de la ociosidad y de los vicios. ®
No solo no conseguimos con estas li-
mosnas el socorro del pobre, sino que
fomentamos la pobreza contra nuestra

voluntad misma; y así debemos indagar tambien el uso que se hace de nuestros socorros, porque acontece muchas veces; que dándolos para determinados fines, no se emplean en ellos. Queremos, por exemplo, emplear parte de nuestros bienes en la educación de los niños pobres; y confiados en el cuidado de sus padres, se ven burladas nuestras intenciones, porque ellos los malgastan tal vez en objetos de dissipacion y de regalo, y los hijos viven en el mismo abandono y desnudez. No debeis por tanto, hermanos míos, olvidar el consejo que nos da el Apóstol en esta Epístola; á saber, cada uno, segun la gracia que recibió, comuniquela á los otros, como buenos dispensadores de la gracia de Dios, que es de muchas maneras.

Ved en este solo consejo del Apóstol las obligaciones y las ventajas del rico. Como dispensador está obligado á dar cuenta al Señor que le ha confiado este encargo, y tambien al pobre que tiene un derecho á ser socorrido por su mano. Colocado entre Dios y el pobre, entre el Padre y su familia, debe procurar que su limosna

en favor del Padre sea generosa, y que se dirija con prudencia para bien de la familia, porque si falta á esta doble obligacion, debe temer mucho el grito de la venganza de esta familia abandonada, y los castigos del Padre por los agravios que ha recibido.

Pero en las palabras del Apóstol se encuentran tambien muchos consuelos para los ricos, si ellas por otra parte les causan muchos temores. El rico es el canal por donde comunica Dios las gracias de su bondad, el ministro de su beneficencia, el depositario y el dispensador de los tesoros del Rey de la gloria. No hay en la tierra una imagen mas natural y sensible de la Providencia como el rico benéfico: él extiende su vigilancia sobre todas las necesidades; viene como de repente al socorro del miserable, y escucha y oye los clamores de aquellos infelices que viven sumergidos en los trabajos.

No es posible, hermanos míos, agotar esta materia, porque de suyo es muy abundante; pero permitidme una breve reflexion. El Apóstol, quando habla de la caridad para con el próximo,

se contenta con decir que cada uno comunique á los otros la gracia que recibió; y en esto nos quiere enseñar, que así el pobre como el rico cada uno en su respectivo estado pueden honrar á Dios con su propia substancia, haciendo á sus hermanos todo el bien que puedan, consolando á los tristes, y ayudando á los menesterosos: en una palabra, la beneficencia honra siempre á un Dios benéfico y misericordioso quando se refiere á él de todo corazón.

Meditad, hermanos míos, unas verdades, sobre las cuales estamos precisados á pasar con tanta rapidez, y acordaos que este es el medio de que sea Dios honrado en todas cosas por Jesu-Christo, el qual, como dice el Apóstol, tiene la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 15. v. 26. 27. y cap. 16.

v. 1. 4.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Quando viniere el Consolador que yo os enviaré del Pa-

dre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Esto os he dicho, para que no os escandaliceis. Os echarán de las Synagogas: mas viene la hora en que qualquiera que os mate, pensará que hace servicio á Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni á mí. Mas esto os he dicho: para que quando viniere la hora, os acordéis de ella, que yo os lo dixé.

INSTRUCCION.

Por ventura, hermanos míos, tenía Jesu-Christo necesidad de nuevos testimonios para confirmar su divinidad, y probar la autoridad de su mision? Una vida y un ministerio anunciados por tantos Profetas en el antiguo Testamento; una mision cuya excelencia y santidad estaba tan autorizada con tantos y tan repetidos prodigios, y apoyada sobre promesas de tanto consuelo; ¿no lleva

ban en sí mismos un carácter de evidencia y de verdad irresistible? Los Apóstoles, que estaban instruidos en todas estas Profecías, que habian sido los testigos de todos estos sucesos, y que eran los depositarios de todas las promesas, ¿podian tener alguna duda sobre la autoridad y la divinidad de su Maestro? La venida del Espíritu Consolador, tantas veces prometido por Jesu-Christo, ¿podia añadir algun derecho á los que ya les tenia adquiridos? Sí, hermanos míos: ellos eran débiles, ignorantes y tímidos, y necesitaban un espíritu de luz que dispase sus tinieblas, y una fuerza que reanimase su valor: ellos estaban destinados á predicar una religion donde todo se reduce á la unidad, y donde se refiere todo á la gloria del Padre en el nombre del Hijo por la union del Espíritu Santo; y así no podia mirar Jesu-Christo consumada su obra sino en el instante en que este Espíritu viniese á juntar á la uncion que instruye y que ilustra, la gracia que da la virtud de amar y de obrar. Por tanto el Espíritu que procede del Padre, que ha de enviar el Hijo, y que dará testimonio de uno y de otro, es el tér-

mino de las promesas de Jesu-Christo. Hasta que llegue esta venida tendrán los Apóstoles escollos que temer, dudas que ilustrar, y reincidencias que sacarán sus lágrimas. En un solo momento de tentacion y de escándalo olvidarán dos años enteros de instrucciones sólidas y de beneficios señalados; pero luego que el Espíritu Santo venga á morar en su corazon, las contradicciones, las persecuciones y los trabajos no serán capaces de alterar su fidelidad, ni podrán desconcertar su firmeza y su valor. ¿Podremos, hermanos míos, reflexionar sobre la virtud de este Espíritu, y no desearlo? ¿Le podremos desear de todo corazon, y no trabajar para adquirirlo? Oxalá que este Espíritu forme en nuestros corazones este conocimiento, este deseo y este amor, á medida que os haga yo la explicacion de este Evangelio. *cap. 15*
El Espíritu Santo, á quien el Apóstol San Pablo llama Espíritu Multiforme, en este lugar del Evangelio es llamado Espíritu Consolador: tambien se llama Espíritu de verdad. El procede del Padre, y Jesu-Christo es quien le enviará del Padre. Ya vereis en el Eyan-

166 *Domingo en la octava*
gelio la causa de que Jesu-Christo le atribuya singularmente el título de Consolador; pero estudiemos ahora los verdaderos consuelos que nos procura para no dexarnos llevar en las penas de la vida presente de lenitivos frívolos y peligrosos. Un Christiano no tiene otro consuelo duradero y sólido sino aquel que proviene del Espíritu Santo, porque su carácter es la verdad, su principio un Dios, autor de todo bien, su fundamento los méritos de Jesu-Christo, y su recompensa y su fin la salvación eterna. De aquí se puede entender fácilmente la causa verdadera de la insuficiencia de todos los consuelos humanos: como el Espíritu Santo no los forma, sino que se producen por motivos temporales, se disipan al punto por nuevos accidentes. Por exemplo, nos sobreviene una pérdida de bienes de fortuna, y nos consolamos con la esperanza de prontas ganancias para repararla. Un remedio tomado con buena fe, nos consuela en las enfermedades, y no hace otra cosa que paliar el mal sin destruirlo. La indigencia se consuela con un socorro momentaneo que apenas la remedia. Las calumnias y las im-

de la Ascension. 167
posturas se consuelan con la esperanza de la venganza, que ciertamente no repara el agravio. Estos consuelos son las mas veces mas punzantes y desastrosos que los mismos males que pretenden aliviar, y dexan el espíritu y el corazón en la perplexidad mas cruel. Estos consuelos son falsos, porque carecen de los caracteres de los verdaderos consuelos. Las aficciones son de suyo insuficientes para calmar la ira de Dios, y por otro lado tambien lo son para reformar el corazón del hombre. Los consuelos únicos que las mitigan, y que asimismo logran estos efectos, son los que provienen del Espíritu Santo, porque tienen á Jesu-Christo por modelo, y producen la justicia.
Esta verdad nos enseña, hermanos míos, que debemos convertirnos á Dios en todos nuestros trabajos. Dios produce los consuelos por su Espíritu, y comunicándole al Cristiano obediente y dócil, le mitiga y le disipa las penas. Qualesquiera que sean las tribulaciones de la vida, jamas permite que el justo se abandone á su dolor. Dios reanima sus fuerzas con una secreta unción que le comunica, y en medio de la adver-

sidad establecé en su corazón una paz que ántes no conocía confundido en el tumulto de las falsas alegrías del siglo. Los santos que mas han suspirado baxo el peso de la tribulación, no tanto han meditado sobre la severa justicia que los castigaba, quanto sobre la misericordia que los consolaba y sostenia.

¿Por qué causa, hermanos míos, manifestáis tanta repugnancia para sobre llevar las aflicciones? ¿No sabéis que ellas han sido preparadas por Dios para expiar vuestros pecados, y que la salvación eterna ha de ser su recompensa? ¡Ah! Pero no está en vosotros el Espíritu Consolador, y esta es la causa. Nunca oráis para que venga, ni le deseáis, ni le conserváis con docilidad. No solo le contristáis con tantos pecados como cometéis á cada instante, sino que le alejáis muchas veces de vosotros con murmuraciones escandalosas. Sois por tanto dos veces desgraciados porque padecéis sin consuelo, y porque menospreciáis la doble ventaja que puede procuraros su presencia. Esta ventaja nos la da Jesu-Christo mismo á comprehender, diciendo: él dará testimonio de mí. Y vosotros dareis tes-

timonio, porque estais conmigo desde el principio. La union de estos dos efectos es inseparable, hermanos míos. ¿De qué serviría el testimonio que el Espíritu Santo debe dar á Jesu-Christo, si no se uniese al testimonio que le debemos nosotros mismos? ¿No nos haria mas culpables? Por otra parte, ¿cómo daríamos á Jesu-Christo el testimonio que exige de nosotros, si no nos moviese ese Espíritu á quien pertenece exclusivamente el inspirarle?

Escuchemos, Christianos, el testimonio que el Espíritu Santo da á Jesu-Christo. Testimonio de sabiduría y de verdad, porque este Espíritu nos pone en el camino de hallar en una moral superior al alcance del espíritu humano, y opuesta enteramente á las inclinaciones de la carne y de la sangre, aquella prudencia admirable que confunde la sabiduría de los hijos de la mentira.

Testimonio de justicia y de santidad, porque á este Espíritu le toca el enseñarnos á distinguir la ley de Jesu-Christo de tantas máximas como la combaten, de tantas preocupaciones como la destruyen, y muchas veces de

tantos artificios que la disfrazan.

Testimonio de caridad, porque este Espíritu nos hace amar no solo la ley, sino tambien el Legislador; no solo la dulzura y los consuelos de la ley, sino las prácticas que esta ley misma nos impone por mas duras y penosas que sean.

Testimonio de fidelidad, porque este Espíritu nos asegura y sostiene en los escollos que nos cercan, en los peligros que nos atemorizan, y en las demoras que nos desalientan.

Testimonio de humildad y de confianza, porque este Espíritu nos hace conocer que sin la gracia con que Jesu-Christo nos previene, seriamos los hijos de la ira: que sin la gracia que nos ofrece, no podriamos contar nuestros pasos sino por nuestras caidas, y que sin la gracia que nos anima no podriamos responder de nuestra perseverancia.

Testimonio de deseos y de oracion, porque este Espíritu forma en nuestros corazones aquellos gemidos, por cuyo medio exponemos nuestras necesidades, descubrimos nuestras miserias, y conseguimos la gracia y el alivio.

Estos son los testimonios que el Espíritu Santo da del reyno de Jesu-Christo; y el que nosotros debemos darle, consiste en usar fielmente de todas las gracias que nos dispensa.

Este testimonio le podeis dar, hermanos mios, por medio de la santidad de vuestras disposiciones, las cuales deben referirse siempre á Jesu-Christo, por la sabiduria de vuestras palabras que deben contribuir á su gloria, y por la fidelidad de vuestras obras que deben corresponder á sus miras. No trato ahora de vuestras disposiciones interiores con relacion á Dios, aunque considerándolas por los efectos, pudiera decir sin temor, que muchos de los que me escuchan carecen de aquella fidelidad que pide Jesu-Christo en sus pensamientos y deseos: examinaré solamente si poneis aquella atencion que se requiere en darle el testimonio exterior que exige de vosotros, porque este será un medio de probar que habeis recibido su Espíritu.

Es bien conocida vuestra costumbre de usar de disfraces y de palabras artificiosas. Este es un recurso que tenéis siempre muy á la mano, ó bien

para cubrir las faltas que os harian reprehensibles á los ojos de vuestros hermanos, ó para conseguir los favores temporales que por lo comun no se conceden á la sinceridad y la franqueza; ó para obtener el sufragio de ciertas personas, á las cuales no hay acceso sino con la capa de la lisonja. En estos casos no dais testimonio á Jesu-Christo, sino al espíritu de la mentira.

Teneis una inclinacion decidida á convertir en utilidad propia casi todas las conversaciones que presenciais. Se alaba, por exemplo, una virtud, y os haceis inmediatamente sus sectarios: se desapruéba un vicio, y manifestais que vuestras disposiciones estan muy distantes de contraerlo: este es un testimonio que dais al espíritu del orgullo y del amor propio. ¿Qué otra cosa podemos pensar de esos discursos críticos y malignos, en los cuales se examina con refinada curiosidad la conducta del próximo, se pinta con artificio, se desacredita con maña, y en que no contentos con juzgar de los hechos, decidis sobre sus pensamientos, atribuyéndole designios y motivos de que carece las mas veces? ¿A quién dais tes-

timonio quando tomáis parte en estas conversaciones? ¿No es al espíritu de maledicencia y de calumnia? ¿Pero el espíritu de ireligion y de blasfemia no la tiene tambien muchas veces en esas conversaciones que tienen por objeto la religion? ¿No la tiene el espíritu de temeridad en esas discusiones atrevidas sobre materias que no puede comprehender la razon humana? ¿El espíritu de inquietud y de curiosidad no es el fundamento de esas conversaciones sabias en que se discurre con un tono increíble de confianza sobre todo lo que se ignora? Mostradme pues en todo esto el testimonio que exige Jesu-Christo. ¿Pero qué diré del testimonio de las obras? Este pide una discusion mucho mas extensa, porque todas las acciones que se dirigen por el interes, y que se producen por la enemistad, el resentimiento, ó acaso por la violencia de las pasiones, no pueden tener parte en el que Jesu-Christo exige de nosotros. Tampoco le tienen las obras que son directamente opuestas al espíritu de humildad, de abnegacion y de caridad que dicta el Evangelio; y como por desgracia la mayor

parte de las que hacen los pecadores llevan en sí mismas este carácter de deformidad y de oposicion con la conducta de Jesu-Christo, debemos inferir que este testimonio es infinitamente raro.

Notad, hermanos míos, estas palabras de Jesu-Christo: vosotros dais testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Como si dixese: desde los primeros dias de mi mision os he asociado á mi ministerio: todas mis obras han sido públicas para vosotros: habeis oido todos mis sermones: habeis sido los testigos de todos mis prodigios: os he constituido por depositarios de todos mis secretos. ¿No podré por tanto esperar de vosotros el testimonio que solicito, y que me glorifiqueis delante de los hombres? Aplicao ahora, hermanos míos, estas mismas palabras. Jesu-Christo puede sin duda deciros, que desde el principio habeis estado con él: desde que visteis la luz del dia, y en aquellos instantes en que erais incapaces de dar un paso por vosotros mismos, os previno ya por su gracia. Si desde entonces ha dexado de estar alguna vez con vosotros, culpád á vuestros pecados, porque ellos sin duda le han for-

zâdo á retirarse; pero sin embargo siempre está dispuesto á la misericordia, y no espera para tomar posesion otra vez de vuestro corazon sino el testimonio sincero de vuestro arrepentimiento.

Vosotras, almas fieles, que no habeis interrumpido la union inefable contraida con Jesu-Christo por su gracia, oíd estas palabras: esto os he dicho para que no os escandaliceis. En efecto, nuestra flaqueza nos escandaliza, porque ella nos hace traiciones, y nos pierde; pero Jesu-Christo nos anima con la promesa de enviarnos su Espíritu. El mundo nos escandaliza con las máximas perniciosas que nos vende; pero Jesu-Christo nos ilustra con el testimonio que debe dar el Espíritu Santo á la verdad de su doctrina. Nuestras pasiones nos escandalizan, porque se rebelan continuamente contra el espíritu; pero Jesu-Christo nos consuela, porque una gracia misma debe formar en nuestro corazon el testimonio que nos pide. Los pecadores nos escandalizan, porque nos procuran arrastrar con sus exemplos; pero Jesu-Christo nos fortifica con la memoria de los exem-

plos que nos ha dado desde el principio, y que no dexará de darnos mientras que estemos con él.

Pero hay sin embargo una tentación contra la qual tenemos necesidad de continuos socorros, y es las tribulaciones de la vida, las enfermedades, los trabajos y las persecuciones que nos suscitan los hombres malos. Os echarán de las Sinagogas, decia Jesu-Christo á sus discípulos, y viene la hora en que qualquiera que os mate pensará que hace servicio á Dios. ¿No veis, hermanos míos, en estas palabras pintada la persecucion que experimentó la Iglesia naciente? Desde la primera señal que dió la Sinagoga, azotando á los Apóstoles, hasta las primeras sentencias que pronunciaron los Emperadores contra los primeros Christianos, se reconoce el cumplimiento literal de esta profecía. Por todas partes se ven proscriptos los discípulos de Jesu-Christo como delinquentes. En Jerusalem los arroján del Templo, los meten en obscuras prisiones, y los amenazan con los últimos suplicios para reducirlos al silencio. En otros países se ven los Christianos privados de los cargos y de los empleos públicos, ex-

cluidos de la Corte de los Príncipes, precisados á ocultarse, reducidos á huirse de pueblo en pueblo, obligados á escoger para sus juntas cavernas oscuras y subterráneos ignorados, y á guardar en la celebracion de los santos misterios el silencio mas profundo. Esta persecucion universal se cubre sin embargo por todas partes con la capa de la religion. La Sinagoga pretende defender su ley de los ultrages que recibe por la doctrina de los Apóstoles, y un respeto aparente á las tradiciones de sus padres autoriza su crueldad y su envidia. Los Gentiles reclaman sus Dioses, sus ídolos y sus sacrificios, y apoyados sobre un motivo tan especioso á los ojos de los hombres, inventan contra los discípulos de la nueva doctrina suplicios los mas crueles é inauditos, y piensan tributar un homenaje á la Divinidad, quitando la vida á los que así destruyen sus altares.

¿Y acaso, hermanos míos, estamos libres nosotros de estas horribles persecuciones? ¿Estan ya los justos mejor recibidos de un mundo enemigo declarado de la justicia? ¿No se trata en las juntas de los pecadores, como lo hacia

en otro tiempo la Sinagoga, de buscar medios de turbar á los Ministros del Evangelio en el exercicio de su ministerio y de su mision? ¿Aquellos que no hablan el lenguaje de la iniquidad y del error, no se ven por esta causa abandonados de todos, y mirada su presencia como importuna en todas las concurrencias? ¿No se disfraza tambien la impiedad en estos dias con la máscara de la Religion? ¿No suscita el falso zelo las persecuciones mas crueles? ¿No se emplea para desacreditar la virtud, la virtud misma; y para destruir la religion, los principios que ella tiene por mas incontestables? Ya que tantas veces, hermanos míos, levantamos el grito contra la falsa justicia, ¿no seria justo levantarlo tambien contra el falso zelo? ¿No son uno y otro abuso los que ultrajan mas sensiblemente la religion al mismo tiempo que aparentan honrarla? Pero ved lo que dice Jesu-Christo: os harán esto, porque no conocieron al Padre ni á mi. ¡Ah, qué lejos está la salvacion de aquellos que desconocen á Dios Padre, y á Jesu-Christo su Hijo enviado para la expiacion de los pecados! Esta es una señal evidente y sen-

sible de reprobacion. Los Christianos que viven en un olvido total de Dios, y que por otra parte son indiferentes para con Jesu-Christo, no conocen ni su santidad, ni su providencia, ni su justicia, ni su misericordia. No conocen su santidad, porque piensan que ve con indiferencia las injusticias y los pecados sin número que cometen á su vista: no conocen su Providencia, porque contradicen abiertamente sus designios, y caminan con desconfianza sobre sus huellas: no conocen su justicia, porque viven tranquilos al mismo tiempo que por su infidelidad y sus desórdenes excitan su cólera: no conocen en fin su misericordia, porque abusan de su gracia, y resisten á sus santas inspiraciones. Pero ya que no conocen á Dios Padre ¿conocen mejor á Jesu-Christo, y á su Evangelio? ¿Tienen sus exemplos alguna conformidad con su gusto y sus inclinaciones? ¿Conocen á Jesu-Christo en los pobres compadeciendo y remediando sus trabajos, y en los justos tributándoles el respeto que se les debe? ¿Le conocen en las aflicciones como el modelo de la paciencia, y en la tentacion como el enemigo del pecado? Her-

manos míos, si por fortuna fuereis del pequeño número de aquellos que ven á Jesu-Christo por todas partes, y que se dedican á honrarle en todas sus acciones, oiriais sus palabras, estudiariais sus designios, y os afirmariais en la virtud, comparando sus promesas con su cumplimiento. Mas esto os he dicho, prosigue Jesu-Christo, para que quando viniere la hora os acordeis de ello, que yo os lo dixé. ¿Titubeará todavía nuestra fé oyendo estas palabras? ¿Será posible que á medida que se acerca el reyno de Dios, se disminuya, y se desvanezca la fé? Considerad, Christianos, que Jesu-Christo atestigua la verdad de sus palabras con el cumplimiento de sus promesas, de manera que ya está predicho todo quanto debe acontecer en el establecimiento del Christianismo de un modo que no es posible desconocerlo. Esta experiencia del cumplimiento de tantas profecias es, hermanos míos, un motivo muy poderoso para no desconfiar de todas las otras cosas que nos enseña la fé; pero debéis vivir con gran cuidado; no sea que las palabras de tanto consuelo para los Apóstoles, se conviertan en desgracia

y confusion para vosotros. Esto os he dicho, para que quando viniere la hora os acordeis de ello. ¿Pero de qué servirá á la mayor parte de los Christianos la memoria de las verdades que les anunciamos? Solo de probar su insensibilidad, su infidelidad y su ingratitud.

Por tanto, hermanos míos, mostraos fieles y atentos á estas palabras de Jesu-Christo: temed con un santo temor el efecto de sus amenazas: estad en su ley: suspirad con ardor por el Espiritu que puede instruiros; y repetid con frecuencia en estos dias la oracion que dirá la Iglesia en solemnidad tan augusta.

Espiritu, fuente de toda santidad, tú que conoces nuestras necesidades, muéstrate sensible: baxa y toma posesion de nuestras almas. ¿Qué vacío está el corazon quando no le llenas con tu gracia! ¿Qué frío quando no le inflamas con tu amor! ¿Qué débil quando no le fortaleces con tus dones! Hoy suspiramos tras esta plenitud que viene de tí solo, y aspiramos á esa caridad, que proviene de tí. Tú, que has hecho nacer el deseo en nuestros corazones, abrásalos de manera que el pecado no los resfrie. Así sea.

DOMINGO

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES,
cap. 2. v. 1. II.

Quando se cumplian los dias de Pentecostes, estaban todos unánimes en un mismo lugar: Y vino de repente un estruendo del Cielo, como de viento, que soplabá con ímpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos: Y fuéron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residian entónces en Jerusalém Judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del Cielo. Y hecha esta voz, acudió mucha gente, y quedó pasmada, porque los oía hablar cada uno en su pro-

de Pentecostes. 183

pia lengua. Y estaban todos atónitos, y se maravillaban, diciendo: ¿No veis que son Galileos todos estos que hablan? ¿Pues como los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua, en que nacimos? Parthos y Medos, y Elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judéa y Capadocia, Ponto y Asia, en Phrygia y Pamphylia, Egipto, y tierras de la Libya, que está comarcana á Cyrene, y los que han venido de Roma, Judíos tambien, y Proselytos, Cretonses, y Arabes: los habemos oido hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.

INSTRUCCION.

Estaban todos atónitos, y se maravillaban, diciendo: ¿No veis que son Galileos todos estos que hablan? Los prodigios que la gracia obra sobre los corazones, y las mudanzas que todos los dias produce el espíritu de Dios, son, hermanos míos, tan maravillosas que el mundo no puede verlas sin admiracion.

Unos hombres desconocidos en todo Israel, simples y groseros hacen resonar hoy en Jerusalem la fama de su doctrina, y de sus prodigios. Si antes andaban prófugos, y se ocultaban de la vista de las gentes, admiran ahora á la Sinagoga junta con su intrepidez y su valor. Sin estudio, sin educacion, y sin talentos toman sobre sí la empresa de manifestar á un pueblo tanpreciado de inteligencia y de ilustracion, los misterios que se escondian en las Escrituras y los Profetas. En una palabra, se hacen tan poderosos en obras y en palabras, que una nacion la mas endurecida del orbe no puede resistir sus predicaciones. La multitud que los oye se convierte al momento. ¡Qué prodigio para los habitantes de Jerusalem tantas veces testigos de su simplicidad y su flaqueza! Por esto se preguntan unos á otros llenos de admiracion, ¿no son Gallíeos todos estos que hablan?

Pero vosotros, hermanos míos, que vivis en el seno de la Iglesia, ¿podréis darnos este edificante espectáculo? ¿Cuál sería su alegría y su consuelo si pasados estos dias se preguntasen los testigos de vuestros desórdenes, ¿son estos aque-

llos hombres que poco hace nos escandalizaban? ¿Es este el lascivo, el inhumano? ¿Es aquel el avaro, el voluptuoso? ¿El Christiano que ayer ostentaba sus títulos, sus talentos y riquezas, que insultaba con su feroz orgullo, que se manifestaba insensible á las miserias de sus hermanos, hoy es humilde y compasivo? ¿Quién ha tenido tanta fuerza para mudarlos? ¿Qué espíritu ha cambiado su corazón? ¡Oxalá que pudieran así admirarse aunque no conociesen la causa de tanta mudanza! Pero si el Espíritu Santo quando baxa á los corazones no se manifiesta con señales exteriores y sensibles, no dexa de haberlas para conocer si este Espíritu es el que mueve é interesa sus afectos. Busquemos estas pruebas en la simple exposicion de la Epístola de este dia, porque ella contiene el gran misterio que hace el objeto de esta solemnidad. A este fin la dividiré en dos partes. Primera, juntos los Apóstoles en el Cenáculo nos dan una idea de las disposiciones con que debemos prepararnos á la venida del Espíritu Santo. Segunda, fuera ya del Cenáculo hacen públicos los efectos que produce el Espíritu Santo

en su corazon, y los prodigios que obra por su virtud. Estas son pues las dos reflexiones que van á hacer la materia de este discurso. Divino Espíritu, voy á contar tus grandezas, y así te pido que purifiques mis labios y mi corazon. Interesadle, hermanos míos, con vuestras súplicas para que me conceda esta gracia.

Se acercaba el instante fatal en que la ingrata Jerusalem debía experimentar su reprobacion. Cansado Dios de la resistencia continua de este pueblo ciego é indócil, habia resuelto escoger entre las naciones de la tierra una familia mas constante y mas fiel. Los Gentiles dispuestos á ser los herederos de un reino de que se habian hecho indignos sus propios hijos, debian empezar á llevar los frutos de salud y de vida. Sin embargo, hermanos míos, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no podia olvidar su antigua heredad. Todavía quiere por un efecto de su misericordia probar este pueblo, y ver si puede atraerle con un suceso el mas singular que habian visto los siglos. Aun quiere hacer un esfuerzo para mover esta infiel nacion, y no resuelve consumir so-

bre ella los designios de su furor y su venganza, sino quando haya visto que Israel colma la medida de su ceguedad. Pero no confiéis por esto pecadores, ni deis una admiracion estéril á las misericordias del Señor: volved sobre vosotros mismos, y considerad que la paciencia infinita de un Dios no debe ser un motivo para la impenitencia, y que si hasta aquí os ha dado tantas pruebas de su amor, y tantas esperas, se cansará mañana, y descargará su poderoso brazo sobre vuestras almas. El exemplo del pueblo Judío nos prueba que Dios tarde ó temprano hace uso de sus derechos. Desde que por desgracia os habeis separado de él, y que vivis sumergidos en el pecado, no ha cesado de llamar á vuestro corazon. Entónces ha multiplicado los medios para vuestra salvacion, os ha presentado su amor y su gracia, y os ha ofrecido mil motivos de confianza. La relacion de sus dolores y la de su triunfo debian despertar vuestra fé y abrasar vuestro corazon; pero habeis dexado pasar esta Pascua como todas las anteriores, y conservais las mismas costumbres y desórdenes. Considerad, que todavía os pre-

senta su misericordia una ocasion favorable, y que no debeis imitar á Jerusalem en su insensibilidad, no sea que vuestros pecados colmen la medida, porque entónces el Señor cerrará vuestro corazon, y no tendréis disposiciones para salir de ese miserable letargo.

En efecto, ¿podemos leer sin emocion la relacion histórica de la resistencia y tenacidad de este pueblo indócil, á la vista del espectáculo de Jesu-Christo inmolado sobre la cruz en la solemnidad de la Pascua y en unas circunstancias las mas críticas é interesantes para esta nacion desgraciada? Ni el interes que toma la naturaleza entera en su muerte, ni el cumplimiento de tantas, tan claras y señaladas profecias fué bastante para que abriese sus ojos. Este pueblo infiel estaba lleno de regocijo al considerar su deicidio y su sacrilegio; pero ya va á cumplirse la última de las profecias. El Cielo se abre sobre la montaña de Sion, y desde este lugar se derrama sobre la faz de la tierra aquel Espíritu que Joel habia predicho. Sin embargo, este suceso tan maravilloso no hace sobre este pueblo otra impresion

que la que habia hecho la larga serie de maravillas obradas en favor suyo. Esta nacion adúltera juntó á los crímenes de sus antepasados el endurecimiento de su corazon. Los Padres despreciaron, maltrataron, y quitaron la vida á los Profetas, y los hijos, despues de haber crucificado al Hijo del Padre Eterno, todavía resisten á su Espíritu.

Para obrar esta maravilla escoge Dios la fiesta de Pentecostes. En este dia que la religion Judaica contaba en el número de sus mayores solemnidades, se celebraba la memoria de aquel en que Dios sobre el monte Sinai dió su ley á su pueblo. Acordaos, hermanos míos, de lo que nos dicen las divinas Escrituras acerca de este suceso notable. Quando el Señor quiso manifestar á Israel su voluntad y darle su ley, mandó á Moysés que juntase el pueblo á la falda del monte Sinai. En este lugar, cubierto de nubes espesas, cuya entrada estaba prohibida con terribles amenazas, donde se cruzaban los rayos y los relámpagos, se oyó una voz formidable que dictaba los preceptos mas santos, y el pueblo todo asustado y temblando le decia á Moysés:

háblanos tú solo, no sea que la voz del Señor nos quite la vida. Dios, para infundir el terror en el corazón de este pueblo carnal, quiso darle su ley con aparato tan formidable; y para que su impresión fuese permanente, ordenó que cincuenta días después de la Pascua se juntase el pueblo para celebrar la memoria de este suceso. En esta circunstancia feliz fijó el Señor la abolición de la ley de servidumbre y de temor para instituir otra ley de amor y de confianza. A este fin se presenta un nuevo Legislador sobre la montaña de Sion, á cuya falda no se verá la barrera impenetrable que defendía la entrada del monte Sinai. Este Legislador no grabará sus preceptos sobre tablas de piedra, sino sobre el corazón de los hombres que reciben con docilidad la impresión de su gracia.

Sobre esta montaña de Sion estaban reunidos los discípulos de Jesu-Christo. La memoria de esta unión debería inspirarnos, hermanos míos, el respeto y el recogimiento en el Templo del Señor. El Espíritu que derrama con tanta abundancia la gracia y la caridad en el corazón de los Apóstoles, es el

mismo que instruye y obra en este lugar de oración, y si su presencia es ménos sensible, no por eso es ménos cierta, ni produce menores consuelos. Aquí se comunica este Espíritu de tal manera que un Christiano que desprecie ó abandone la asistencia de nuestros santos ejercicios, debe temer que nunca venga para él. No por esto dudo de la eficacia de las oraciones que haceis en el interior de vuestras casas, porque este Espíritu todo lo penetra, sopla donde quiere, y reposa sobre todos los que oran en el nombre de Jesu-Christo. Si dos ó tres se reúnen en este nombre, ya pueden estar seguros de tenerle por mediador, y á su Espíritu por santificador, y por guía; pero estas oraciones privadas no deben dispensarnos del culto público de que sois deudores para la edificación de vuestros hermanos. El Templo es el lugar que tiene especialmente destinado el Señor para manifestar sus misericordias, y por tanto debeis presentaros en él llenos de confianza. En estos lugares de oración y de recogimiento quiere el Señor que se le haga una dulce violencia. La oración fervorosa y

continuada de las almas fieles da valor á la de los pecadores, y la Iglesia se enriquece con la abundancia y diversidad de dones que derrama este Espíritu sobre sus hijos.

Hoy experimentan los Apóstoles las primicias de este consuelo. Un estruendo del Cielo como de viento que soplabá con ímpetu vino de repente y llenó toda la casa en donde estaban sentados.

Este estruendo viene del Cielo, hermanos míos, y no es difícil comprender la causa. Los Apóstoles habían visto subir á Jesu-Christo al Cielo: por mucho tiempo despues que se desapareció de su vista tuviéron clavados los ojos en el Cielo, y quando por su orden volviéron á Jerusalem su corazon, su afecto, sus deseos, se dirigan siempre al Cielo: justo es por tanto que les venga el consuelo de aquel lugar que poco ántes le había traído tantos pesares.

En este momento ven cumplidas todas las promesas de Jesu-Christo. Estoy con vosotros, les decia, hasta la consumacion de los siglos: no temais que os dexé en el abandono en que

quedan los huérfanos: ruego y rogaré sin cesar á mi Padre, y él os enviará el Espíritu Consolador. Solo pertenece á Dios, hermanos míos, para quien estan reservados los prodigios, el escoger una figura tan sensible de los efectos que quiere obrar. El Espíritu que sopla hoy sobre la montaña de Sion como un viento impetuoso, debe recorrer el universo entero con una rapidez maravillosa, debe penetrar los lugares mas lejanos y mas secretos, encender el fuego de la caridad en los corazones mas insensibles, y echar por tierra aquellos que resisten los llamamientos de la gracia: debe dispersar como un polvo vil y baxo los enemigos de su ley, y de su culto, y llevar con una celeridad incomprehensible el nombre de Jesu-Christo desde el uno al otro Polo. ¿Deberémos maravillarnos á vista de esto, que este Espíritu que cubre el haz de la tierra, y que fixa la atencion del universo entero, llene toda la casa donde estaban sentados los Apóstoles?

He aquí un carácter por el qual se distinguirá siempre el Espíritu de verdad del espíritu de la mentira. El espíritu del mundo se esfuerza para pro-

pagarse, procura ocupar los corazones, y llenarlos de deseos criminales, de máximas peligrosas, y de inclinaciones desarregladas. ¿Acaso llenará el vacío vergonzoso que dexan sus promesas y placeres? Pero quando el Espíritu de Jesu-Christo establece su reyno en un corazon, viene á él con toda la plenitud de sus dones, arregla nuestros deseos, calma nuestras inquietudes, nos da la paz, y llena con ella el vacío vergonzoso que dexan las criaturas, para lo qual toma siempre una forma que corresponde á los efectos que quiere obrar. Así sucede hoy con los Apóstoles: ellos eran tímidos y débiles, y necesitaban de un fuego interior que los animase á la defensa de las verdades que habian recibido. A pesar de las instrucciones frecuentes de Jesu-Christo todavía eran ignorantes, y necesitaban abundantes luces para adquirir la inteligencia de estas verdades. Poco acostumbrados á hablar de los misterios del reyno de Dios, tenian tambien necesidad de aquella virtud que hace eloqüentes hasta las lenguas de los niños. Todas estas maravillas va hoy á obrar el Espíritu Santo, y en efecto se les aparecieron unas

lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos.

¡Gran Dios! ¿habrá en adelante corazones tan duros que puedan resistir á tu voz? El Espíritu que les anima y que pone en su boca las palabras, ¿no es el que sopla donde quiere, el que destruye los cedros del Líbano, el que conmueve los montes y los saca de su asiento? Es verdad que los Apóstoles eran pecadores, pero el fuego del Cielo viene á purificar sus labios, y así no hablarán en adelante sino palabras de santidad y de justicia. Es cierto que Jesu-Christo habia llamado á algunos de ellos hijos del trueno, porque solo respiraban el resentimiento y la venganza; pero el espíritu de caridad viene á calentar sus corazones, y no hablarán ya sino el lenguaje de la misericordia y de la paz. Su timidez y su flaqueza los hacian incapaces, al parecer, de desempeñar el ministerio importante que les confiaba; pero el Espíritu que les anima los transportará á los confines del mundo, y hará que se presenten con firmeza delante de los pueblos mas bárbaros y de los tiranos mas crueles. ¿Quién será capaz de resistir la sa-

biduría del Espíritu que hablará en ellos? La prudencia humana, y la sabiduría de los hijos del siglo callarán en su presencia: los Judíos y los Gentiles harán pública profesion de una doctrina que miraban como loca y escandalosa, y serán ellos mismos los Predicadores y los Apóstoles de una religion que perseguian ántes con encarnizado furor.

No intento, hermanos míos, excitar en vosotros una admiracion estéril de los efectos que va á producir el Espíritu Santo en el corazon de los Apóstoles, sino un deseo vivo de su venida, para que saqueis el fruto que comunica á todos los que tienen las disposiciones necesarias para recibirlo. Una de las mas principales es la separacion y el retiro, porque este Espíritu no se complace en esas agitaciones tumultuarias, ni en las disipaciones y placeres del siglo. Tambien se requiere la unanimidad de oraciones y sentimientos, porque este Espíritu viene á unir los corazones entre sí mismos por la caridad, acercándolos á Dios por medio del fervor y del amor. Ved, hermanos míos, lo que la Iglesia quiere darnos á entender quando nos describe

la situacion de los Apóstoles en medio del Cenáculo; pero temo, si entro al exámen de vuestra conducta, hallar en vosotros una declarada oposicion que aleja y despide el espíritu que se nos anuncia.

Sin embargo, si comparo el estado de ignorancia de los Apóstoles con las tinieblas que os rodean: su debilidad con el respeto humano que os conduce, y las persecuciones que esperaban con los lazos, que os tiende por todas partes el enemigo de todo bien, levantaré mi voz para cantar con la Iglesia: Señor, enviad vuestro Espíritu, y se hará una mudanza tan pronta, tan admirable, y tan santa que podrá llamarse una creacion nueva. ¡Oxalá que el Señor, atento á mis súplicas os comunique este Espíritu, hermanos míos! Pero ya que os congregais en este Templo para celebrar su venida, ¿encontrará preparados vuestros corazones? Los Apóstoles reunidos en el Cenáculo van á enseñarnos las disposiciones que se requieren para recibirlo. Estos hombres cambiados por el Espíritu de Dios en hombres nuevos nos enseñarán tambien los preciosos efectos que produce es-

te Espíritu en el corazón que le recibe dignamente, y que sabe conservarlo.

El Apóstol San Pablo preguntaba á los fieles de la Iglesia de Epheso si habian recibido el Espíritu Santo, y ellos que apenas estaban instruidos en las verdades del Evangelio, respondian con sencillez que ni aun habian oido si existia. Me parece, hermanos míos, que os haria notorio agravio si os hiciese la misma pregunta, porque bastan los primeros elementos de la ciencia de nuestra religion para saber que el Espíritu de adopcion ha tomado en el bautismo posesion de nuestras almas: que en la confirmacion las ha enriquecido con la plenitud de sus gracias, y que todos los años con ocasion de esta solemnidad derrama Jesu-Christo con efusion este Espíritu en toda su Iglesia, y en todos los miembros que la componen.

¿Pero conservais, hermanos míos, este Espíritu ya que le habeis recibido? ¿Es él quien os anima y os inspira? ¿Seguis la impresion que ha hecho sobre vuestras almas? San Agustin consideraba en la Iglesia dos Ciudades y dos Imperios: á saber, la de la caridad, y la

de la codicia. Cada una de ellas tiene sus leyes, su Príncipe, y sus ciudadanos. La una gobernada por el espíritu del mundo, es la mansion del vicio y de la corrupcion. La otra conducida por el Espíritu de Jesu-Christo es el cetro de la santidad y la inocencia. En la una se enseña á amar á Dios con desprecio de sí mismo, y en la otra á amarse á sí mismo con desprecio de Dios. Estas dos ciudades se distinguen con diferentes caracteres, que voy á explicaros para vuestra instrucion.

Entremos en el Cenáculo, y verémos á los Príncipes de esta Ciudad Santa, cuyo cabeza es Jesu-Christo, llenos de Espíritu Santo, el qual les inspira sentimientos opuestos del todo á las disposiciones habituales de su corazón: les impone obligaciones de superior grado, y les da fuerzas para sufrir todas las persecuciones que habian de padecer por Jesu-Christo.

El nombre de Dios, segun el Profeta, solo era conocido en la Judéa, y es preciso que su conocimiento se extienda por todo el mundo. ¿Quién será el que tome sobre sí el cargo de pu-

blicar las maravillas, la gloria y la grandeza de Dios? ¿Un ministerio de esta naturaleza no debiera confiarse á las personas mas ilustradas en las divinas Escrituras, acostumbradas tambien á interpretar la ley del Señor? ¿No era justo que se empleasen las lenguas mas eloquentes para propagar por toda la tierra la palabra santa? ¿O hijos de los hombres, dice el Señor, acordaos que mis caminos son distintos enteramente de los vuestros! El Cenáculo contiene hoy la escoria de Israel, esto es, hombres sin educacion, sin talentos, de linage obscuro y despreciable; pero estos son los que el Espíritu Santo escoge para que publiquen á Jesu-Christo, y los que el mundo entero ha de tener por sus doctores y maestros. En efecto, comenzaron los Apóstoles á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen; y quando apénas tenían un conocimiento de la suya propia, se hallan de repente en estado de conversar con los pueblos mas bárbaros, y con los sabios de todas las naciones, disputando y defendiendo con sabiduría y eloquencia varonil aquellas verdades que debian enseñar.

El Espíritu de Dios multiplica segunda vez las lenguas de los hombres, y obra un milagro muy diferente del que obró en la Torre de Babel. Acordaos, hermanos míos, de este prodigio que obró la justicia del Señor contra los hijos de los hombres, quando para defenderse de un nuevo diluvio determinaron construir una torre que llegase hasta los mismos Cielos. Dios entónces confundió su lengua, y esta confusion les obligó á abandonar aquel proyecto tan insensato; pero hoy derramando sus misericordias sobre estas naciones que habia abandonado en los dias de su furor, quiere darles pruebas de su bondad, enviándolas Ministros capaces de traerlas á su reyno, y de reunir las en un mismo culto. Pero ved el paralelo entre los dos milagros que nos refiere la Escritura. Allí la multiplicacion de las lenguas confunde los hombres y los dispersa: aquí es un principio de consuelo, y un motivo de reunion y de caridad. Allí un Dios vengador, cansado de la impiedad y de los desórdenes de sus criaturas las castiga y las arrojó de sí: aquí un Dios benéfico, penetrado de compasion ácia su pueblo le perdona y le llama

ma. Allí una sola nación, un solo pueblo, ó por mejor decir, una sola familia se ve precisada á separarse para poblar las diferentes regiones de la tierra: aquí las naciones mas desconocidas, los pueblos mas feroces; los habitantes de los países mas remotos estan destinados á componer un solo pueblo, una sola familia, y á ser los hijos de un mismo Padre, y los ciudadanos de un mismo reyno. En fin, el prodigio que se obra al pie de la Torre de Babel es el momento mas terrible de las venganzas del muy alto; y el que se obra sobre la montaña de Sion es la señal mas sensible de sus misericordias, las quales van los Apóstoles á contar por toda la tierra, segun que el Espíritu Santo les daba que hablasen.

Pero esta diversidad de las lenguas tan necesaria para el establecimiento de nuestra religion santa, ya inútil desde que la fé ha penetrado por todas las regiones, ¿no es una figura del efecto que debe producir sensiblemente el Espíritu Santo, objeto de esta solemnidad? Este Espíritu de verdad, que hace tan eloqüentes á los Apóstoles, ¿no debe santificar y dirigir nuestras lenguas? ¿Un

Christiano animado por este Espíritu, ¿puede guardar silencio sobre las misericordias de su Dios? ¿No convidará con el Profeta á todos los que le temen y le aman á considerar los beneficios que ha recibido su alma? Los Apóstoles no solo hablaban para hacerse entender de todas las naciones, sino como el Espíritu Santo les daba que hablasen. ¡Ah, qué edificante seria siempre vuestra lengua, hermanos mios, si vuestras palabras solo fuesen la expresion de los sentimientos que os infundiese este Espíritu; y qué facil seria entónces conocer si él es quien os anima, y quien dirige vuestras obras! Sí, hermanos mios, las obras son las que nos deben dar la idea mas justa de la rectitud de vuestro corazon. El Profeta le pedia al Señor, que enviase á su Espíritu, para que se hiciese una creacion nueva, y así vuestros corazones transformados en corazones nuevos con su presencia, deben dexarse conocer en adelante por obras enteramente nuevas. ®

Por exemplo, si os habeis dado á la mentira, á la simulacion, y al trato doble y engañoso, abusando de la bue-

na fé de aquellas personas con quienes tratais, perteneceis sin duda al reyno del espíritu del error y de las tinieblas. El Espíritu de verdad debe manifestarse con señales muy diferentes: la sinceridad, la probidad y el candor deben dirigir en adelante vuestras palabras, y arreglar vuestras acciones y empresas.

Llevais con impaciencia una injuria: tomais de la mano qualquiera ocasion que se os presenta para vengaros: el espíritu de division y de discordia que os domina, os sugiere expresiones ásperas, y os hace vomitar el veneno que se guardaba en vuestro corazon; pero en adelante el Espíritu de dulzura y de paz es quien debe procurar la reconciliacion con vuestros enemigos, haciéndolos todo el bien posible, y colmando de bendiciones á todos los que os maldicen.

Hasta este dia, siguiendo las máximas del espíritu del mundo, habeis contraido la detestable costumbre de no respetar la reputacion de vuestro hermano, de censurar su conducta, de suponerle intenciones siniestras, de publicar sus defectos; y de atribuirle de-

litos que no ha cometido; pero ya el espíritu de caridad debe animaros para respetar al próximo, para compadecer sus faltas, y para tratarle con mansedumbre. Si acaso estais precisados á vivir ó conversar con los pecadores, vuestro silencio, y el desprecio de sus malignos discursos desconcertará sus lenguas criminales.

Quando juzgais de las cosas presentes, es siempre por lo que ofrecen á la vista: de aquí provienen esas impaciencias, esas murmuraciones en los trabajos que os suceden: de aquí ese gusto por las disipaciones peligrosas, tomándolas por pretexto para distraeros de los disgustos: de aquí ese cuidadoso estudio para refinar los placeres y las comodidades; pero ahora que viene del cielo el Espíritu que os anima, solo debéis buscar con ardor todo aquello que puede acercaros á Dios y haceros dignos de poseerle. Estas son las señales, por las cuales conoceremos si perteneceis al reyno de la caridad, ó al de la codicia y del error. ®

El Espíritu que reposa sobre los Apóstoles, no tarda mucho tiempo en manifestarse. Poco ántes estaban en-

cerrados en un lugar oculto por miedo de la Sinagoga; pero el fuego que devora su corazon, vence sus temores y hace que se presenten con intrepidez delante de un Pueblo que tanto podian temer.

Residian entónces en Jerusalem Judios, varones religiosos de todas las naciones que hay debaxo del cielo. Y hecha esta voz, acudió mucha gente y quedó pasmada, porque los oia hablar cada uno en su propia lengua. Notad, hermanos míos, estas palabras del Evangelio, y ved las diferentes impresiones que producen estos primeros movimientos.

Los mas sabios atónitos de esta maravilla se convierten, se someten á la doctrina que oyen de los Apóstoles, y se hacen ellos mismos partícipes de este Espíritu; pero notad, hermanos míos, que en una ciudad tan grande como Jerusalem solo se encuentran estas felices disposiciones en un número muy corto. Otros llenos de envidia y de furor contra los discípulos de Jesu-Christo atribuyen á prestigio esta maravilla, y se persuaden que el exceso del vino es quien los hace tan intré-

pidos y eloquentes. ¿Y acaso en el seno mismo de la Iglesia, en estos dias que se celebra la venida del Espíritu Consolador, no vemos repetido este mismo espectáculo? En efecto todos los Christianos vienen á reunirse en nuestros templos: todos participan de los mismos exercicios, oyen las mismas verdades, asisten á las mismas instrucciones; pero la impresion que resulta de estos actos no es igual en todos. Algunos escuchan con indiferencia, y no dan un paso para reformar sus costumbres, y muchos atribuyen, como los Judios, las verdades que les anunciamos á los esfuerzos de un zelo dispuesto siempre á exágerar y á la debilidad de nuestra imaginacion, que se dexa llevar de fantasmas y cosas aereas.

Lo que sobre todo maravillaba á los Judios y demas gente que estaba en Jerusalem, es el que los Apóstoles siendo naturales de Galiléa, hablasen las lenguas de las demas naciones; y así se decian unos á otros, ¿no veis que son Galileos todos estos que hablan? ¿Pues cómo los oimos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que nacimos? Pero lo que principalmente de-

bia admirarlos, es que no se sirviesen de esta gracia sino para publicar en sus respectivas lenguas las grandezas de su Dios.

Este Señor no tiene necesidad, hermanos míos, del testimonio de los hombres, ni su gloria depende de sus votos y sufragios; pero sin embargo es tan zeloso que mira como un testimonio de nuestro reconocimiento la publicación de sus beneficios. No es posible conocer el valor de sus misericordias, y mantenerlas en el silencio; y así Jesús decía á sus Apóstoles: luego que habéis recibido el Espíritu Consolador, me dareis testimonio. En efecto en el punto que reciben este Espíritu buscan á porfía las ocasiones de publicar las maravillas de aquel que los había transformado en hombres nuevos; y si la Sinagoga, para hacerlos callar, los castiga con azotes, se dan entre sí la enhorabuena de ser dignos de sufrir alguna cosa por el nombre de Jesu-Christo.

Hermanos míos, ¿son vuestras disposiciones á proporcion tan generosas como las de los Apóstoles? Digo á proporcion, porque aunque Jesu-Christo no pide de vosotros un testimonio tan

público; le pide sin embargo de palabras, porque debeis honrar la religion en vuestras conversaciones; le pide de obras, porque debeis glorificarle en todas ellas; pide que sea constante, porque nunca debeis desmentiros quando se trata de la religion y de la fe; pide que sea generoso, porque el temor de los hombres no debe deteneros en el exercicio de la justicia, en la práctica de la virtud y en la fidelidad á vuestro Dios. Todos los que hasta aquí habéis sido conocidos por vuestras imperfecciones y flaquezas, preguntaos unos á otros, ¿es posible que tan pronto nos hayamos hecho justos, fieles é irreprehensibles? ¡Ah! Estas son las misericordias del Espíritu que nos ha enviado Jesu-Christo.

¡O, Divino Espíritu! tus obras son tan maravillosas, que quando te dignas reposar sobre un corazon parece que le creas de nuevo: ven á obrar en nosotros este prodigio. Sin tí, solo somos tinieblas: nuestros pasos nos van encaminando á la muerte; tú eres la luz que dirige y la unción santa que instruye: haz que desaparezca la ignorancia que nos aflige; que se disipen

las pasiones que nos ciegan; derrama en nuestro espíritu esa viva luz que no puede sufrir las tinieblas. ¡Ah! qué tibios somos para un Dios que nos ama; pero tú eres un fuego que nunca se apaga, y la caridad que nunca se resfría: visita pues nuestros corazones, destruye el amor terreno, y haz que reine el amor puro que los santifica.

Nuestra carne es débil, ella es la causa fatal de casi todos nuestros deslices y pecados; pero tú eres el dedo poderoso de Dios, que obra los mas grandes milagros. Ven á reposar en nosotros, y remediarás nuestras enfermedades, y sostendrás nuestra flaqueza. Nuestros enemigos son muy poderosos y nos dominan; pero bien pronto perderán todo su orgullo y su poder, si tú nos ayudas á rechazarlos y vencerlos. Nuestras inquietudes son crueles; pero tú las calmarás comunicándonos la paz que nace de tí. Nosotros andamos vacilantes en el camino de la virtud, en el qual se multiplican los escollos baxo nuestros pies; pero siendo tú nuestra guía venceremos todos los obstáculos, y llegaremos á la vida del siglo futuro. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 14. v. 23. 31.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendrèmos á él, y harèmos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habeis oido, no es mia: sino del Padre, que me envió. Estas cosas os he hablado estando con vosotros. Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho. La paz os dexo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se acobarde. Ya habeis oido que os he dicho: Voy, y vengo á vosotros. Si me amais, os gozariis ciertamente, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he di-

cho ántes que sea: para que lo creais, quando fuere hecho. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el Príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí.

Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hablo.

INSTRUCCION.

¿Qué fácil es, hermanos míos, conocer la diferencia de la ley del temor á la del amor, quando consideramos las circunstancias ocurridas en su respectivo establecimiento! Si por una parte admiramos temblando las precauciones que toma el Señor, quando se dispone á dar á su Pueblo sus preceptos, por otra nos llenamos de consuelos al ver en el Evangelio de este dia la promesa de Jesu-Christo de enviar el Espíritu Consolador, que debe grabar en los corazones por su gracia los preceptos del testamento nuevo. Allí los truenos, los rayos, un monte rodea-

do de humo, el sonido de una trompeta que espanta, una voz terrible que lleva el terror por todo el campo, son las circunstancias y los medios de que se vale el Señor para publicar su ley; pero hoy es el mas dulce de los hijos de los hombres, el mas amable de los Maestros, quien instruye á unos discípulos que ha escogido por su gracia. En el Sermon de este dia, al mismo tiempo que les da parte de su ausencia, les hace conocer que es necesaria; y para que no se turbe su corazon ni se acobarde, les da cuenta muy por menor de todos los efectos que debe obrar su Espíritu, ofreciéndolos la paz, y dexándolos entrever la dulce esperanza del gozo que deberán tener un dia. ¿No caracterizan, hermanos míos, todas estas precauciones al Legislador de la ley de amor y de confianza? ¿No eran todas estas promesas las mas propias para excitar en el corazon de los Apóstoles un deseo vivísimo de la venida del Espíritu Santo? En efecto no se les oirá decir como á los carnales Israelitas: no nos hable el Señor, no sea que perdamos la vida: al contrario llenos de confian-

za en las promesas de Jesu-Christo, no se salen un punto de las órdenes que les dexa antes de partir: se reunen en un lugar hasta que el Espíritu los envíe por toda la tierra y los disperse: allí meditan atentamente las verdades que han oído á su Maestro: convencidos de su flaqueza y de su necesidad se fortifican con la oracion, y perseverando en los ejercicios mas útiles y edificantes, esperan el cumplimiento de los oráculos, cuyo compendio está contenido en el Evangelio de este dia.

Jesu-Christo, hermanos míos, es quien nos va á instruir sobre un punto tan esencial; y por tanto, y para conocer de todo en todo los caracteres de este Espíritu, debeis reunir vuestra atencion, y pedir la gracia que necesito para daros á conocer verdades tan importantes; y para que asimismo se dispongan vuestros corazones á recibirlas.

Si alguno me ama, guardará mi palabra. La caridad, hermanos míos, no consiste en simples efusiones de un corazon sensible, ni en elevaciones de un espíritu naturalmente vivo y penetran-

te, ni tampoco en disposiciones de fidelidad y de amor. Podemos muy bien decir, Señor, Señor, sin que por esto seamos contados en el número de los hijos de su reyno. El carácter de los amigos de Dios es una obediencia pronta, entera y perseverante, y un corazon que escucha la ley, que la medita, la respeta y observa. ¿No deberíamos mirar como un blasfemo á todo aquel que llevado de un movimiento de impiedad ó desesperacion manifestase contra Dios sus sentimientos iracundos? ¿Hay algún pecador que se atreva á decir que no ama á Dios, aun en el acto mismo del pecado? Pero Jesu-Christo nos da una regla, por la qual no es fácil engañarnos, y es la de comparar nuestras acciones con la ley. No se nos diga que el corazon del hombre es un abismo impenetrable, porque con la antorcha que Jesu-Christo nos presenta podemos iluminar y registrar sus mas ocultos senos. Teniendo siempre á la vista la ley de Dios, podemos con toda seguridad examinar la conformidad, ó la oposicion que hay entre ella y nuestras obras; y entonces será muy fácil reconocer el amor

que nos domina.

¡Qué útil sería, hermanos míos, esta comparacion frecuente! Si cada día meditaseis los preceptos del Señor, excusaríais muchos pecados, y desaparecerían muchas dudas. El Profeta miraba la ley como una luz que Dios le habia dado para conducirse en todas sus acciones. Si la tomaseis con mas frecuencia en la mano para meditarla, y hacerla la regla de vuestra conducta; esta sin duda remediaria vuestra inconstancia. Pero si la fidelidad á la ley es la prueba de nuestro amor para con Dios, tambien es el origen del amor de Dios para con nosotros. No por esto espera que demos los primeros pasos: su gracia nos ha prevenido, y nos previene siempre, y él es el primero que nos amó quando teniamos absoluta incapacidad de amarle. Jesu-Christo dice, que si le amamos, nos amará tambien el Padre. En efecto un acrecentamiento de amor es siempre la recompensa de la fidelidad, y la correspondencia á los primeros movimientos que se ha dignado inspirarnos. Dios no da su gracia sino con medida, y á proporcion, dice San

Agustín, que el hombre se muestra dócil á sus primeras inspiraciones, le colma de bienes, y le da fuerzas para vencer sus enemigos. Esta explicacion servirá para entender las palabras siguientes: vendremos á él, y harémos morada en él. ¿Pues qué no tiene á Dios ya en su corazon el Christiano que guarda sus mandamientos? ¿No es de fe que somos incapaces por nosotros mismos de un buen pensamiento? ¿No lo es que ni aun podemos nombrar el adorable nombre de Jesus sino por la virtud del Espíritu Santo? ¿Pues por qué dice Jesu-Christo que hará su morada en el que guarda su palabra, como si pudiese haber sin su gracia ni siquiera el deseo de practicarla? San Agustín responde á esta dificultad, diciendo: que aunque Dios habita en el corazon de todos los justos, no habita de la misma manera; esto es, con la misma plenitud de gracia. Aunque siempre es el mismo, y es por esencia y naturaleza incapaz de aumento en sus perfecciones, perfecciona sin embargo su union con aquellos que caminan á la perfeccion de la ley.

Nada es mas propio para excitar

en el corazón del hombre una santa y noble emulación, que las siguientes consideraciones. La vida de mi alma consiste en la unión con Dios: la unión con Dios depende de la observancia de su ley: luego si soy insensible á la salvación de mi alma, y vivo en un olvido y abandono total de su ley, soy el enemigo declarado de Dios por este solo hecho. Así, dice Jesu-Christo, el que no me ama, no guarda mis palabras. El Apóstol San Pablo lloraba allá en su tiempo los desórdenes que inundaban el Christianismo, y la poca observancia de los mandamientos del Salvador; pero no debo yo afligirme también á vista de los pecados sin número que se cometen en esta Parroquia, de que Jesu-Christo y su moral tengan tantos enemigos en un pueblo que yo quisiera ver santificado? En efecto, hermanos míos, ¿quáles es el precepto que se respeta universalmente en estos días? ¿Hay alguna ley que dexé de quebrantarse? ¿Hay alguna máxima de Jesu-Christo que sea honrada segun corresponde? Si vosotros por fortuna no habeis incurrido en estos pecados, temed sus consecuencias. La palabra que ha-

beis oído no es mía, decia Jesu-Christo, sino del Padre que me envió. Pero aun quando fuese suya, siendo sus preceptos santos por su naturaleza, y dictados por el Maestro del género humano, ¿no exígian con justicia la observancia, el reconocimiento y el amor? ¿Y qué diré revistiéndose estos preceptos de toda la autoridad de un Dios Criador, Juez, Remunerador y Vengador? Debemos pues, hermanos míos, sujetarnos por necesidad, por interés ó por temor á la autoridad que nos habla; ó por mejor decir, es preciso someternos por amor, porque qualquier otro motivo es indigno del Legislador y de su ley. Esta es la intencion del Padre que nos da estos preceptos, del Hijo que los enseña, y del Espíritu Santo que los graba en nuestros corazones; y así prosigue Jesu-Christo diciendo: estas cosas os he hablado estando con vosotros. Y el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que os hubiere dicho. En estas palabras hay al parecer alguna contradicción; pero no será difícil conciliarlas, hermanos míos. Aquí el Con-

solador debe ser enviado del Padre en nombre del Hijo, y en el Evangelio que leímos el Domingo pasado, es enviado por el Hijo en nombre del Padre: aquí promete Jesu-Christo que el Espíritu que debe enviar enseñará toda verdad, y en otro lugar asegura que este Espíritu no hablará de sí mismo, sino que repetirá las verdades que han sido ya manifiestas por sus instrucciones: en una parte la presencia de este Espíritu es tan esencial que Jesu-Christo decía: si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador; y en otra se nos presenta Jesu-Christo como el Pastor á quien deben escuchar todos los hombres.

En todos estos lugares se halla en efecto una aparente contradicción; pero sin embargo no será capaz de alterar vuestra fé. La palabra de Jesu-Christo, dice un Doctor, es luminosa hasta en su misma obscuridad: si presenta dificultades, tiene tambien prontas las soluciones. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, porque él es el amor que los une, y el que dará testimonio de los dos. Por tanto pueden estas dos adorables personas atribuirse el derecho

de enviarle; y así quando viene del Padre viene en nombre del Hijo. Este Espíritu viene, hermanos míos, no para rectificar las instrucciones del Verbo, porque éste es á quien pertenece el derecho de hablar y de instruir: ni para dar valor y solidez á sus palabras, porque Jesu-Christo es la sabiduría eterna, á quien está reservado el disponer de todas las cosas con dulzura y con fuerza. ¿Pues cuál es el objeto de la venida del Espíritu Santo, y la diferencia de su misión y la de Jesu-Christo? Este Espíritu, hermanos míos, lo enseñará todo, pero de distinta manera. Jesu-Christo ha enseñado por el camino de la predicación y la instrucción, y el Espíritu Santo enseñará por infusión. Jesu-Christo ha fixado en la memoria y en el ánimo de sus Apóstoles las verdades eternas, dexándoles un libro en sus exemplos donde continuamente las puedan ver y meditar. El Espíritu Santo viene á grabar estas mismas verdades en sus corazones, y á comunicarles el don de inteligencia de este adorable libro. Por tanto nada dirá el Espíritu Santo que no haya dicho Jesu-Christo antes de su venida;

pero acercará y traerá á la memoria de estos hombres tímidos, pusilánimes y vacilantes todavía en su fe, aquellas verdades que les ha hecho perder de vista su flaqueza.

La impresion que el Espíritu Santo hace en un corazon humilde es mas fácil, hermanos míos, sentirla, que expresarla; y así Jesu-Christo se contenta con darnos una idea de ella en las palabras siguientes: la paz os dexo, mi paz os doy. ¿Pero qué paz? Sin duda la de una buena conciencia; aquella cuya abundancia no se halla sino en la observancia fiel de los mandamientos; aquella que es inseparable de la caridad: en una palabra la paz de Jesu-Christo que, segun la expresion del Apóstol, sobrepuja á todo entendimiento. Esta paz no se recibe sino por medio del Espíritu Santo; pero no todos los Christianos la conocen y la aman, porque es muy opuesta á sus inclinaciones y apetitos. Ella léjos de preservarnos de las aflicciones, nos ofrece un medio poderoso para sobrellevarlas. Aunque no nos defiende de la envidia de los malos y de los escándalos de los pecadores, subsiste en los trabajos

y pesares de la vida; y como consiste en una perfecta confianza en Dios, se encuentra muchas veces oculta baxo el peso de las mas graves miserias.

Pero aunque Jesu-Christo dexa su paz á los Apóstoles, no los dispensa por eso de llevar su cruz. He bebido el cáliz, les dice, hasta las heces; pero no dexareis de participar de su amargura. Es verdad que mi pasion y mi muerte han abierto la puerta del reyno de los cielos; pero no entrareis sin embargo en él sin esfuerzos, trabajos y combates. La paz que yo os dexo, no es como la que da el mundo.

En efecto la paz del mundo consiste en vivir quieta y tranquilamente sin aflicciones ni trabajos, y la de Jesu-Christo en el buen uso de estas aflicciones mismas, y en la esperanza de gozar una eternidad, donde no tendran cabida. El mundo llama paz á todo lo que entretiene el espíritu, lisongea los sentidos y corrompe el corazon; y yo doy este nombre á todo lo que purifica el corazon afligiendo el espíritu y mortificando los sentidos. El mundo nos dice que para tener paz debemos

endurecer el corazón, á fin de que no se turbe ni padezca á vista de las miserias de nuestros hermanos: hacer fortuna á expensas de la justicia y de la caridad, asegurarla por qualquiera medio, aunque se atropellen todos los respetos humanos; y deshacernos sin reparo de un enemigo, ó causarle todo el daño posible, y humillarle para que no esté en estado de ofendernos otra vez; pero yo siento muy de otra manera, de la paz segun el espíritu de Jesu-Christo. Un sentimiento de compasion para con los infelices, un desprendimiento de los bienes de este mundo, el perdon de los enemigos y la humildad son disposiciones que caracterizan la verdadera paz del corazón. Jesu-Christo decia: la paz que yo os doy no es como la que da el mundo. En efecto el mundo no conoce sino esa paz que adormece al Christiano en un letargo vergonzoso, quando le satisface sus deseos, quando le proporciona los placeres, y le disipa los sentimientos con las falsas alegrías.

Si consideramos la conducta de la mayor parte de los hombres, comprobaremos estas verdades, y veremos que

el espíritu que han recibido es el del mundo; porque, como dice el Apóstol San Pablo, nadie gusta de las cosas de Dios, sino ha recibido su espíritu; pero nosotros, prosigue el Apóstol, no hemos recibido este espíritu del mundo sino el que viene de Dios, el qual nos ha sido dado para que sepamos discernir las cosas que provienen de Dios.

Jesu-Christo para enseñarnos á distinguir estas máximas de las del mundo y sus promesas lisongeras, de las esperanzas y consuelos que nos da la santa palabra; derrama en esta solemnidad su Espíritu sobre toda la Iglesia.

Dedicaos, hermanos míos, á este discernimiento escogiendo el camino mas seguro para dirigiros á Dios: pedidle que repose en vosotros este Espíritu para que os enseñe todas las cosas; y os recuerde todo aquello que Jesu-Christo enseñó: pedidle que os dé un espíritu de fuerza para que camineis con valor y firmeza venciendo todos los obstáculos: un espíritu de sabiduría que os defienda contra las máximas del mundo: un espíritu de consejo que os dicte lo que habeis de pedir para remedio de vuestros males: un

espíritu de piedad que os inspire el gusto de aquellas verdades, sin cuyo conocimiento no es posible alcanzar la salvacion: un espíritu de temor que os separe de los senderos que conducen á la muerte: un espíritu de ciencia que junte la docilidad á la estabilidad, y en fin un espíritu de inteligencia que nos dé la penetracion para la perseverancia.

Tomad, Dios mio, todas estas formas para nosotros hasta que seais el Espíritu de consuelo y de paz en la eterna bienaventuranza. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION SOBRE EL
MISMO EVANGELIO.

¿De qué manera podremos combinar, hermanos míos, los motivos de temor y de tristeza que Jesu-Christo presenta á sus Apóstoles, con los sentimientos de confianza que les inspira? Por una parte les anuncia su próxima separacion, y por otra quiere que su corazon no se turbe ni se acobarde. En el instante en que les instruye, en que

les sostiene con sus exemplos, y en que les anima con sus promesas, los dexa, y quiere que sean mas firmes y valerosos.

Este lenguaje nada tiene de obscuro para aquellos en quienes domina la fe: el verdadero Christiano sabe que aunque Jesu-Christo se retire de una manera exterior y sensible, no por eso nos abandona; y aunque llora su separacion, no por eso se turba. Quando su conciencia le atormenta por la enormidad de sus pecados, teme que acaso ellos le conduzcan á una separacion eterna; pero como todavía oye interiormente el lenguaje de la paz, espera, y no se acobarda. Pero sobre qué fundamento estriba la confianza del justo en medio de todas las incertidumbres de la vida presente? Sobre la palabra de Dios que es entre todós el fundamento mas sólido. ¿Quereis, hermanos míos, que los sucesos de la vida no turben vuestro corazon? Pues referidlo todo á la palabra y á las promesas de Jesu-Christo con que habeis sido alimentados desde la infancia. Aquí encontrareis la razon y la utilidad de todas las aflicciones. Las penas del es-

píritu, los males del cuerpo, los sentimientos del corazón, todo lo que turba la naturaleza y la carne tiene su solución en estas palabras de Jesu-Christo: ya habeis oído que os he dicho: voy, y vengo á vosotros. Aquí vereis, por que la Providencia ha seguido unas leyes tan opuestas á las miras de la sabiduría humana en la distribución de los bienes espirituales y temporales: aquí vereis esa mezcla admirable de buenos que sufren tantos trabajos, y de malos felices ocupados en perseguir y tentar. Si quereis hacer uso de vuestra fe, teneis razones abundantes en todas estas palabras para responder á tantas dificultades; y si os queda todavía alguna incertidumbre, medita estas palabras, voy, y vengo á vosotros, y tendreis motivos poderosos para calmarla.

Si, hermanos míos, la ausencia de Jesu-Christo es pasajera; pero su presencia despues de su vuelta será eterna. Si su separacion actual da tanto que sentir y que llorar á sus discípulos, su presencia futura debe llenar de alegría su corazón; y por tanto quiere que sea la confianza la prueba mas posi-

va del amor que le tenemos. Si me amaseis, decia á los Apóstoles, os gozariais ciertamente, porque voy al Padre. En estas palabras quiere elevarlos á los sentimientos mas puros de la caridad. Ellos no habian amado á Jesu-Christo sino por motivos temporales; y así se afligen de perderlo quando debian celebrar la gloria que le espera por esta separacion. Su presencia, sus exemplos, sus instrucciones y sus reprehensiones mismas les ofrecen recursos poderosos contra sus flaquezas, y no piensan en el descanso que les ha merecido con tantos trabajos y oprobrios, ni en los derechos que les ha de restablecer con su ausencia.

Confesémoslo, hermanos míos, no hay un amor tan puro y desinteresado que pueda olvidarse á sí mismo para dar siempre la preferencia á la gloria y á los intereses de Dios. Si juzgamos escrupulosamente á todos los que hacen profesion de virtud y de piedad, encontraremos muy pocos, cuyo corazón esté del todo vacío del amor propio. De aquí proviene esa desigualdad, esa inconstancia, ese disgusto en la práctica de las buenas obras, lo qual

no sucedería así si Dios fuese el fin primero y el mas esencial de todas ellas.

El Espíritu Santo que envia Jesu-Christo á sus Apóstoles, y que derrama con abundancia sobre toda la Iglesia en esta solemnidad, viene tambien á purificar y limpiar nuestros corazones de todas aquellas partes que lo corrompen, y que lo separan del amor de nuestro Dios. La forma que ha elegido de lenguas de fuego para manifestarse de una manera visible, es muy propia para figurarnos este efecto. Este Espíritu consume y destruye todo lo que no es caridad, abrasa y anima todo lo que es susceptible de este divino ardor; hace gustar y amar todo lo que interesa á la gloria y al servicio de Dios; y así es imposible no estar alegre con él. El Christiano se regocija en la abundancia de sus consuelos quando se digna de derramarlos; se regocija tambien en su severidad y sus rigores quando los emplea para que el alma sea mas vigilante y mas fiel. Sobre todo es sensible á la gloria de Jesu-Christo, porque este Espíritu nos instruye en todas las verdades, y nos hace comprehender en qué sentido Jesu-Christo puede

decir: mi Padre es mayor que yo.

Sí, un Christiano instruido por el Espíritu Santo, no confunde la humanidad de Jesu-Christo con su divinidad, y sabe que como Dios, el Padre y el Hijo no son mas que uno: que el Hijo es la imágen perfecta de su substancia, el espejo fiel de la Magestad de Dios, porque él tambien es Dios. Con el Padre que le engendró, y con el Espíritu Santo, del qual juntamente con el Padre es el principio, mantiene una igualdad perfecta de poder, de sabiduría y de inmensidad. Es verdad que ha tomado nuestra carne; pero es infinito el grado de gloria á que la ha elevado despojándola de la mortalidad para revestirla de la inmortalidad, y colocándola en el cielo sobre todas las criaturas mas inteligentes y perfectas. No hay ser en la tierra que tenga derecho con él de las adoraciones y los homenajes. En fin la humanidad de Jesu-Christo está sentada en los cielos á la derecha del Padre.

Ahora os lo he dicho, ántes que sea, prosigue Jesu-Christo, para que lo creais quando fuere hecho. Pero qué mérito tendrán los Apóstoles en creer

unas verdades que han tenido ya su cumplimiento á su propia vista? La fe, dice el Apóstol, es creer lo que no vemos. ¿Pues de qué sirve esta fe, si las promesas de Jesu-Christo no fixan la creencia de los Apóstoles, sino quando hayan visto el efecto?

Esta advertencia de Jesu-Christo contiene, hermanos míos, muchos consuelos y luces si se entiende como corresponde. Jesu-Christo exige ciertamente de sus Apóstoles y de quantos abrazan su doctrina una fe pronta, ciega y dócil que no espere el cumplimiento y el efecto para someterse y creer; pero tambien ofrece recompensar este primer sacrificio del espíritu con luces y conocimientos que fortalezcan sus disposiciones y disipen sus inquietudes. Si dice á Tomas, bienaventurados los que no viéron y creyéron: tambien dirá á todos, creed y esperad llenos de confianza el efecto de mis promesas y el cumplimiento de mis palabras. Ya habeis oido que os he dicho, voy, y vengo á vosotros.

Las verdades de la fe tienen, hermanos míos, tal enlace, que la una es la prueba de la otra; de manera que

un Cristiano fiel que siga constantemente esta huella, nunca puede temer el extraviarse; pero si alguna vez por seguir su propio espíritu, ó las sugerencias de los Maestros de la mentira se separa del camino de la verdad, difícilmente vuelve á entrar en él. ¿Pero por qué causa, hermanos míos, no podemos conservar la fe, quando abandonamos algunos de sus principios? Oid la respuesta de Jesu-Christo: ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el Príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Es decir, que Jesu-Christo calla, que su verdad guarda silencio, y que su luz se retira de un Cristiano, que por su desgracia abre los ojos y aplica sus oídos á la mentira. Si es imposible servir á dos dueños, como dice el Evangelio, tambien lo es el escuchar á dos Doctores, cuya moral esté en contradiccion; y así quando escuchéis, hermanos míos, al espíritu del mundo, temed que se separe ó se desconozca el espíritu de Jesu-Christo. Procurad por tanto no alejarle de vosotros en unos dias en que precisamente quiere comunicarse y deramarse. Vendrá el Príncipe de este

mundo y publicará sus máximas, y como ellas lisongean la carne es muy de temer que consiga la victoria. Este espíritu ningún poder tiene sobre Jesu-Christo: ¿quereis que no le tenga sobre vosotros? Pues escuchad y aplicad las siguientes palabras, las quales quitan á Satanás toda la autoridad sobre la humanidad santa del Salvador: amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago. Esta es la muralla invencible para el enemigo de la salvacion, y el testimonio mas cierto de que el hombre está animado por el espíritu de Dios.

¡O Divino Espíritu! haz que sean estas disposiciones el fruto de esta solemnidad: que los oídos de nuestro corazon esten atentos á tu voz, y que seamos sensibles á tus beneficios! Tú, que eres un fuego, consume y purifica nuestras almas, animálas quando desfallezcan, y ablándalas si son inflexibles. Tú, que eres el Espíritu de caridad, enéñanos á conocer lo que debemos amar; á amar lo que debemos desear, y á merecer la bienaventuranza por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION SOBRE LA FALSA JUSTICIA

Ó LA HIPOCRESÍA.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 5. v. 20.

Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas, y de los Phariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

Lloremos, y temblemos, hermanos míos, al meditar atentamente estas palabras de Jesu-Christo. Dios que es la misma justicia por esencia, y que no admite en su naturaleza ninguna mezcla de debilidad y de imperfeccion, tampoco la consiente en aquellos que hacen profesion de honrarle y de servirle. No solo juzgará al impío que se obstina y se fortalece en su pecado, y al hipócrita que procura engañar con

un exterior devoto y modesto, sino tambien al justo, el qual, aunque parece que procura buscar la justicia en la simplicidad de su corazon, no se verá libre de cargos en el dia de sus venganzas.

Para que entremos en la posesion del reyno de Dios, necesitamos mayor justicia que la de los Escribas y Fariseos. No pretendo, hermanos míos, sacar de estas palabras para las almas fieles un motivo de desaliento, sino un motivo de vigilancia y de reforma; ni quiero tampoco caer en el desgraciado exceso de los libertinos de nuestros días, los quales, porque algunas veces se deslizan los justos, ya se autorizan para sospechar de todo lo que lleva el carácter de la devocion y la piedad. Sepan pues estos que aunque la hipocresia sea infinitamente odiosa á los ojos de un Dios, que solo quiere ser servido en espíritu y en verdad, los malos juicios, las burlas, y las sátiras que se permiten sobre qualquier acto de devocion, no son ménos criminales porque Dios no ha querido sujetar á sus juicios las acciones de sus criaturas. Christianos, que solo teneis las apa-

riencias de la justicia, ó porque no la conoceis en toda su extension, ó porque no sentis las conseqüencias y los peligros de esta disposicion, estad atentos á mis palabras. ¿Pensais por ventura honrar á Dios, porque afectais devocion y piedad? Pues voy á probaros que en esto le haceis una de las mayores injurias. ¿Pensais edificar al próximo? Pues voy á demostraros que si en algun tiempo llega á conocer que vuestra virtud no es cierta, le dais un grande escándalo. ¿Pensais obrar vuestra propia santificacion? Pues sabed que oponeis á ella un obstáculo sumamente invencible.

Dixe que la falsa justicia es una gravísima ofensa á los ojos de Dios; y en efecto el Espíritu Santo nos advierte que el hipócrita atrae sobre sí toda la abominacion del Señor. En este lugar de la Escritura no solo se habla de la hipocresia, sino de toda mentira meditada, y reflexionada sobre qualquiera materia; pero quando tiene por objeto los mas santos misterios ó la moral de la Religion; quando no se limita á un suceso ó á una circunstancia, sino que se extiende á todas las de la vida, y se forma un habito de mentir y de en-

gañar, ¿qué impresion no deberán hacer estos disfraces sobre aquel que se llama la misma verdad por esencia? Hermanos míos, ¿la falsa justicia no reúne estos diferentes grados de enormidad? ¿Esos justos de apariencia no se mofan de lo mas santo y temible de la Religión? Si: ellos se burlan de nuestros misterios. El hipócrita parece que está lleno de la fe mas ardiente, quando le acomoda manifestarla, y su corazon se ve agitado de mil incertidumbres, y de una multitud de dudas que le van acercando insensiblemente á la incredulidad. Se burlan de los Sacramentos: el hipócrita los recibe con frecuencia, y al mismo tiempo abusa de ellos. Se burlan de la palabra santa: el hipócrita se manifiesta muy solícito de oír nuestras instrucciones, aplaude exteriormente las verdades evangélicas, y las contradice y detesta dentro de su corazon. Se burlan de la oracion: el hipócrita se familiariza al parecer con este santo exercicio; pero mas bien son en su boca las oraciones de la Iglesia una ofensa de la divinidad, que un acto de Religión. Se burlan de las buenas obras: el hipócrita manifiesta mucha exáctitud en

su práctica; pero solo para excitar las alabanzas y las recompensas.

¡Oh, qué bien conocia Job los caracteres de la falsa justicia quando compara la confianza del hipócrita en sus obras á la tela de las arañas! ¿Qué pensará pues de tan detestables disposiciones aquel Dios á quien nada se le oculta, que no puede ser engañado ni engañarse, y que no conoce otro bien perfecto, sino aquel de que él mismo es el principio y el fin? ¿Qué pensará, decidme, del hipócrita que no conoce otras virtudes que las que lisongean su amor propio; que se entrega con tanta facilidad á los pecados mas vergonzosos quando puede cometerlos en el secreto, y considerarse libre de la censura de los hombres, como á las acciones loables luego que pueden procurarle alguna satisfaccion, algun elogio? ¿Qué pensará, repito, el Señor de los cielos y la tierra? No podemos, hermanos míos, dudar sobre esta pregunta. Este Dios tan tierno, tan compasivo con todos los pecadores, tan tardo para castigarlos, tan paciente para darles espera, tan solícito para recibirlos, y aun para salirlos al encuentro, y tan indulgente para perdonarlos, pare-

ce que se despoja para los hipócritas de las entrañas de su misericordia, y no habla para ellos sino con anatemas y desgracias. ¡Ay de vosotros! dice. ¿Queréis saber la causa de tanta severidad? Pues tened entendido, dice San Agustín, que el falso justo baxo la apariencia de la justicia encierra la iniquidad mas criminal; á saber, un corazon entregado todo á la maldicia y á la mentira.

Christianos, que desde la infancia vivís quizá en este triste y miserable estado, ¿no os dice alguna vez vuestra conciencia que vuestro Dios es muy justo, y muy santo para contentarse con semejante disposicion? ¿Que le ultrajais sensiblemente quando le adorais, y le servís con exterioridades, mientras que dáis los afectos del corazon al orgullo, al respeto humano, y á mil otros objetos indignos de su grandeza y magestad? Tened entendido que por esta justicia hipócrita mereció Israel en otro tiempo su reprobacion, y atraxo sobre sí tantas y tan grandes desgracias. Si este Pueblo hubiera tenido mas sinceridad en los homenages públicos que tributaba al Señor; si sus labios hubie-

ran estado de inteligencia con su corazon en el culto que le ofrecia, hubiera experimentado siempre la proteccion sensible de que ya Dios le habia dado anuncios desde el principio de los tiempos; pero el Señor se queja por la boca de su Profeta de que el lenguaje de sus labios no estaba de acuerdo con las disposiciones de su corazon.

Estas disposiciones, hermanos míos, son muy criminales á los ojos de Dios; pero no son ménos escandalosas con relacion al próximo. Ved el pretexto mas plausible que toma por lo regular el hipócrita para executar su hipocresía. A nadie, dice, escandalizo: si me pierdo, á nadie culparé de mi pérdida: quizá por medio de una justicia aparente, y cumpliendo exteriormente con exactitud la ley, podré traer muchos pecadores á verdadero reconocimiento; y si no me deben su conversion, no me atribuirán á lo ménos sus caidas. Así habla el hipócrita, es decir, el hombre de la mentira. ¿Pero lo creeríais? Mas han contribuido los hipócritas á extender el reino del pecado, que los pecadores aun los mas escandalosos. San Pedro

Chrisólogo llama la hipocresía un recurso infernal que emplea el enemigo de todo bien, el qual por medio de los artificios mas crueles y sutiles se vale de la virtud misma para destruir hasta las raices de ella.

En efecto un solo exemplo del hipócrita basta para que se disguste de la virtud el alma mas fiel: para que se separe de ella el pecador que empieza á conmovirse, y que se ve tocado por los atractivos de la piedad; y para que se afirme y fortalezca en la iniquidad el impio mas osado.

Quando las almas virtuosas ven la monstruosa alianza de una vida al parecer edificante, con un corazon que está encenagado y metido en los pecados mas detestables y groseros: quando ven un exterior muy moderado y compuesto, y una lengua maldiciente y desenfrenada, temen que se tengan por vicios sus virtudes, y que se sospeche tambien de hipocresía el cumplimiento exacto de sus obligaciones. ¿Qué atractivo tendrán la justicia y la piedad para un pecador, si las ve deshonoradas por aquellos mismos que hacen profesion de

practicarlas? ¿No tendrá motivos para pensar que la hipocresía ofende mas á Dios y causa mayores perjuicios á la Religion que todos sus pecados por enormes que sean? ¿No podrá preguntar con San Bernardo, quien es mas culpable, aquel que comete abiertamente el pecado, ó el que profesa exteriormente la piedad y la desmiente en el fondo de su alma?

De aquí provienen, hermanos míos, esas burlas y sátiras temerarias y sacrilegas que los impíos arrojan sobre la Religion, y que por desgracia se propagan demasadamente: ellas son tales que nos avergonzamos de que nos tengan por devotos, porque este titulo se ha hecho un género de ignominia; y así para libertarnos de tal censura, afectamos muchas veces una cierta libertad de hablar y de obrar que la conciencia misma está resistiendo, pero que sin embargo nos pone al abrigo de sátiras tan horrendas.

Pero es necesario distinguir la verdadera y la falsa devocion. En efecto ¿qué cosa es un devoto, segun la idea que hoy se forma? Es una persona cu-

ya vida es un círculo de oraciones, de lecturas, de ejercicios y de buenas obras; pero que no obstante conserva dentro de su corazón sus malos hábitos: una alma muy escrupulosa para echar de sí qualquiera cosa que pueda turbar el orden que se ha establecido, y que al mismo tiempo adopta sin escrúpulo los refinamientos y las delicadezas de la sensualidad y del luxo, y todos los artificios del amor propio y del orgullo: una persona que nos admirará y edificará á los pies de los altares; pero que en el interior de su casa se entregará á la disipacion, y desplegará la ira y el rencor que abriga su corazón: una persona que será muy sensible á todos los objetos de piedad y de devocion; pero muy indiferente, y dura para todos los de la caridad: una persona cuya lengua á un mismo tiempo será religiosa y mordaz, y que por principios de conciencia llorará los abusos de su siglo, porque tomará de aquí motivo para censurar los desórdenes de su próximo: en una palabra, una persona muy á propósito en la apariencia para todo bien; pero interiormenté muy dispues-

ta para todo género de iniquidad y de injusticia.

Esto es lo que, segun la opinion mas comun, quiere decir el nombre de devoto tomado en toda su extension; pero lo mas lastimoso, hermanos míos, es la originalidad de este retrato, y lo mas deplorable todavía es, que aquellos á quienes mas se parece, son los que mas le aplican á los otros. Decidme ahora si el hipócrita no será responsable delante de Dios de todas las sátiras que los pecadores inventan, y propagan sobre la verdadera devocion, de todos los escándalos que causan, y de los movimientos de la gracia que sofocan; pero á pesar de que los libertinos y los impíos se detienen universalmente á perseguir la virtud, ¿no triunfaria al cabo ella de sus desórdenes y sus escándalos, si no la vendiesen los que toman su máscara, y los que hacen profesion de practicarla? ¿Cuál será, pregunto con San Bernardo, mas culpable en el tribunal de la suprema verdad, aquel que sin disfraz hace profesion de la impiedad, ó el que estando lleno de vicios afecta la santi-

dad y las virtudes? ; Y qué efecto produce con relacion al hipócrita mismo una disposicion tan criminal para con Dios, y tan escandalosa para con el próximo? Ella le cierra el camino de la penitencia, y le ensancha el de la perdicion.

En efecto ; se convierten acaso muchos hipócritas? No, hermanos míos, la conversion supone un conocimiento muy claro del estado infeliz en que se halla el alma, un deseo muy sincero de salir de este estado, un estudio no interrumpido de los medios mas eficaces para esta mudanza, y sobre todo las gracias que pueden obrarla. En esto consisten las verdaderas conversiones. Quien es el falso justo que dice con sinceridad: yo engaño á mi próximo, me engaño á mí mismo; pero no engañaré á mi Dios que penetra los senos mas ocultos del corazon: todo el bien que hago es perdido para mí: un pecador que llora sobre su estado, y que pone sinceramente los medios para salir de él, es ménos criminal que yo, y mucho mas digno de indulgencia y de misericordia. ;Hay alguno que

hable de esta manera? No, hermanos míos, no es este el language del hipócrita. Toda su atencion la dirige á indagar las faltas del próximo para censurarlas, y á ponderar y aplaudir los pequeños bienes que hace. Si á la vez manifiesta algun dolor sobre sus faltas, no es por las que ha cometido en secreto, sino por las que han llegado á publicarse. Siempre vigilante y atento sobre sus acciones, procura que sean tales que no le defrauden del concepto que se ha adquirido entre los hombres; pero este infeliz á pesar de todo su cuidado padece, dice San Pedro Crisólogo, por un secreto juicio de Dios, las aflicciones de los justos y las amarguras de los pecadores: es decir, experimenta como estos la agitacion, los temores y los remordimientos de su conciencia; y si segun San Agustin, una alma pecadora tiene en sí misma su suplicio, el corazon del hipócrita tiene en sí propio su tormento. Así es tan desgraciado como el pecador; pero á todos estos remordimientos que le despedazan junta la opresion que padece por la virtud que afecta. El no cono-

ce como el justo los placeres del siglo, y se priva muchas veces aun de los mas moderados para parecer devoto: se mortifica como el justo con ejercicios de penitencia, y aunque siente el dolor que causan, no conoce el consuelo que producen: la misma limosna, este recurso tan eficaz en las manos de los demas pecadores, para él es del todo estéril, dice San Juan Chrisóstomo: mientras que los otros rescatan sus pecados con sus limosnas, el hipócrita pierde su dinero, y su alma por su ostentacion y su orgullo. Si hace penitencias, no por esto se mudan sus afectos, ni los deseos de su corazón: baxo un exterior mortificado y penitente conserva toda la injusticia de sus pasiones; de manera que atormenta inutilmente su alma en este mundo, sin que le traiga la mas mínima felicidad y satisfaccion para el otro.

¿No es este, hermanos míos, un estado digno de llorarse? Por un prodigio el mas incomprehensible el falso justo no conoce el peligro en que se halla, y vive muy distante de sentirlo,

á la manera de esos enfermos á quienes una extenuacion habitual conduce insensiblemente á la muerte, pero que sin embargo en los ultimos momentos de su enfermedad forman todavía proyectos que suponen una larga vida y una salud muy robusta. ¿De dónde proviene pues esa insensibilidad del hipócrita sobre su estado? Si bien lo consideramos, hermanos míos, podemos atribuirla con uno de los padres de la Iglesia á los secretos juicios del Señor, el qual permite que el demonio engañe y seduzca siempre á todos los que aman sus engaños. Ellos quieren parecer justos; pero por su desgracia no lo son sino á sus propios ojos; y desde este momento triste ya no lloran sobre el estado miserable de su alma; ya no tienen deseos, ni hacen esfuerzos para levantarse; ya no ruegan para conseguir los medios necesarios; ya por consecuencia carecen de todos los auxilios de la gracia. Pero la conciencia, este Juez tan severo y equitativo que habla tan alto, y que á nadie perdona, ¿qué hace en esta ocasion? Ella guarda un profundo silen-

cio en los falsos devotos; de manera que puede aplicárseles aquellas palabras del Apóstol, tienen su conciencia cicatrizada, como si dixese tan acostumbrada á no juzgar del bien y del mal sino con relacion á sus intereses propios, que ya no son sensibles ni á los de Dios, ni á los de la Religion, ni á los del próximo.

Dixe, hermanos míos, que este estado ensancha el camino de la perdición, porque ¿quién será capaz de detener un alma hipócrita en medio de las tentaciones y de los escollos? Solo el temor del juicio de los hombres: quitadsele, y les veréis arrastrar todos los desórdenes. ¿No vemos todos los días con vergüenza del Christianismo que muchas personas que se han granjeado la estimacion y el respeto de los demas por su buen porte, vienen á ser el escándalo de todo un Pueblo, porque la casualidad ha descubier-
to las gravísimas faltas que procuraban esconder? ¿No se verifica con demasiada frecuencia aquel oráculo de Jesu-Christo, son semejantes á sepulcros blanqueados por de fuera? Aquellos

hombres adornados de una falsa justicia, que engañan con su brillante exterior á todos los que se dexan deslumbrar por exterioridades, ¿no se ven detestados y aborrecidos luego que se sondea su corazon? ¿no ven sus alabanzas convertidas en vituperios? ¿no arrojan de sí el hedor mas insufrible?

¡ Ah! hermanos míos, vivamos siempre como hijos de Dios, manifestándolo así en todas nuestras obras. La verdadera justicia consiste en amar todo lo que Dios aprueba, y en detestar lo que condena. Enemigo declarado del disfráz y de la mentira, exige que el primer homenaje de nuestro corazon sea dictado por un espíritu de sencillez y de rectitud.

Edifiquemos siempre al próximo, y aunque sus conocimientos sean muy limitados, no le engañemos con un exterior de moderacion y de virtud. Temamos si somos falsos justos, que se nos caiga la máscara, y que nuestra hipocresía sea para ellos un objeto de escándalo que nos haga responsables ó de sus blasfemias contra la virtud, ó de los pecados que cometen por causa

de nuestros engaños.

Sobre todo, mis hermanos, nunca olvidemos la necesidad en que estamos de mantener una vigilancia escrupulosa que prevenga nuestras caídas, y de tener una contrición verdadera que expie nuestros pecados, y una humildad sincera que nos consiga la misericordia y la gracia. La falsa devoción es enemiga de todas estas disposiciones; y así seamos verdaderos en nuestros homenajes, si queremos agradar á Dios y atraer sus auxilios.

No esperéis, Dios mio, para descubrirnos el secreto de nuestras conciencias, ese día que teneis destinado para ponerlas á los ojos de todos, y que ha de ser tan terrible para el alma hipócrita. La imaginacion me transporta hoy á los pies de este tribunal, para representarme la confusion del falso devoto, quando se vea despojado de su falsa justicia. Entonces será quando exerciteis sobre él aquella amenaza terrible: vendrá un día en que os despojaré de todos los vestidos que lleváis, y que os disfrazan, para reducirlos á los ojos del universo al estado

de desnudez en que salisteis á ver la primera luz. !O! que mudanza para el pecador hipócrita quando se quede solo con la injusticia de sus pensamientos, con la corrupcion de sus deseos; quando vea que cada una de sus buenas obras tiene el primer lugar entre sus iniquidades, porque han sido corrompidas por el amor propio, y el respeto humano! ¡Dios mio! Si yo tuviese delante de mí este juicio, siempre obraria conforme á vuestra voluntad; pues infundidle en mi corazon, y haced que el miedo de este juicio sea para mí el principio de la sabiduría y de la justicia, y la prenda de la felicidad verdadera. Así sea.

DIA

DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN JUAN.

cap. 5. v. 1. 10.

Hermanos: Todo aquel que cree que Jesus es el Christo, es nacido de Dios. Y todo el que ama á aquel que le engendró ama tambien al que de él nació. En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos: y los mandamientos de él no son pesados. Porque todo lo que nace de Dios, vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Este es Jesu-Christo, que vino por agua, y por sangre:

de la Santísima Trinidad. 255 no por agua tan solamente, sino por agua, y sangre. Y el Espíritu es el que dá testimonio, que Christo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una misma cosa. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios: pues este es el testimonio de Dios, que es el mayor, porque él ha testificado de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios.

INSTRUCCION.

Las palabras que acabais de oír, hermanos míos, son las mismas que os hemos explicado en el Domingo de Pascua. La Iglesia en este tiempo después de administrar el Sacramento del Bautismo enseñaba á los nuevos Christianos de la manera que la Trinidad

Santa habia influido en su regeneracion espiritual; y por esta causa leia la Epistola de San Juan, donde este Apóstol instruye á los fieles en este admirable misterio. Ya que hoy esta tierna Madre ofrece á nuestra consideracion esta misma Epistola, voy á explicaros el dogma que nos enseña acerca de este misterio: vereis en pocas palabras quán temible es para todo aquel que quiera sondearlo con demasiada curiosidad; quán sensible para el Christiano humilde y dócil, y quán provechoso para todos los que mediren y guarden la divina palabra. Entre todas las disposiciones que se requiéren para entender y adorar este misterio la mas útil y necesaria es la humildad; y por tanto pedid al Espíritu de Dios que me la conceda, así como yo la pido para vosotros.

Si el Profeta, hermanos míos, hablando de la generacion del Verbo, consideraba que no habia una lengua capaz de poderla referir, ¿no podré yo preguntar si hay un espíritu que pueda con su sabiduria penetrar la profundidad de este misterio, y subir hasta la eternidad misma para explicarnos como una naturaleza indi-

visible pueda presentar tres Personas realmente distintas; cómo pueda la inmensidad comunicarse sin alteracion y sin mezcla, y la eternidad producir y engendrar sin sucesion de tiempo; como el Padre, sin tener sobre el Hijo una superioridad de perfecciones y preeminencia, pueda comunicarle su naturaleza, sin perder nada de la integridad de su substancia; cómo el Hijo igual en todo á su Padre, sea con él el principio de un Espíritu, al qual comunica todos sus atributos, de manera que reconozcamos sin confusion una unidad de naturaleza, y una Trinidad de Personas sin dividir esta unidad? ¿Habrá quien nos diga como Dios tres veces Señor, tres veces Poderoso, tres veces Santo, no sea mas que un solo Señor, un solo Santo y un solo poderoso? ¿Cómo el Padre sea inmenso, el Hijo inmenso, el Espíritu Santo inmenso, y no sean tres inmensos?

¿Habrá un hombre capaz de subir hasta el origen de los tiempos para contarnos de la manera que el Padre lo ha creado todo por su sabiduria, como el Verbo lo ha animado todo por su Espíritu, y como el Espíritu ha im-

preso en el corazon del hombre la imágen incomprehensible de esta Trinidad, que es el objeto de nuestra fé? Todos estos secretos, hermanos míos, no son dados á la inteligencia y á la discusion de los hombres; y quien llevado de su temeridad se atreve á sondearlos, se ve oprimido baxo el peso de la gloria que rodea esta Magestad Suprema. ¿No es ella la que ciega y endurece á tantos pretendidos filósofos de que abunda con escándalo nuestro siglo; á tantos espíritus llamados fuertes, porque tienen la imprudencia de luchar contra Dios mismo; á tantos hombres á quien el mundo tiene por sabios, aunque no lo sean sino á sus propios ojos? Su demasiada curiosidad, hermanos míos, es la causa de la depravacion de su corazon y del desorden de su espíritu; y el atrevimiento de poner en duda todo lo que su razon no puede comprehender, produce su ceguedad á la luz de los testimonios mas evidentes. Estos infelices, dexándose llevar de sus discursos, respetan por verdades los mayores absurdos, y tienen por erroneo y supersticioso todo aquello que una fé simple y luminosa nos

propone sobre el dogma.

No me tomaria, hermanos míos, el trabajo de daros á conocer estos hombres, si estuviese seguro de que su trato no es peligroso para vosotros, y si conocieseis como yo quan despreciables son las criaturas que citan al tribunal de su razon al Autor mismo de la vida, de quien esa razon tan decantada recibe todas sus luces. Lloremos su suerte, hermanos míos, y demos gracias á Dios y Padre de no estar contagiados de este veneno en un siglo donde se multiplican los incrédulos, y en el qual la vana y orgullosa filosofia levanta impunemente la cabeza. Armémonos con el escudo de aquella fé que nos somete á la creencia del misterio de este dia. Entónces les opondrémos, no los ratiocinios, sino un profundo silencio: no los argumentos, sino las obras mas puras; y podremos responderles con el Apóstol, que no hay mas que un Dios, aunque tres Personas den testimonio en el Cielo y en la tierra.

Testimonio glorioso á la Divinidad: testimonio saludable al hombre dócil: testimonio fuerte para el incrédulo y el impenitente. Por este testimonio uni-

forme engendra el Padre su Verbo, y el Verbo y el Padre espiran un solo Espíritu. Este testimonio participa de la unidad de la naturaleza, y de la Trinidad de las personas. Un solo Dios indivisible, inalterable en todas sus perfecciones, es quien le da este testimonio; y en este sentido no hay cosa que pueda debilitarlo, ni dividirlo ni romperlo. Tres personas iguales en esencia y en atributos se le dan mutuamente, y en este sentido es un triple testimonio: este testimonio es el que el Padre da á su Verbo, á su Sabiduría eterna quando le dice por la boca del Sabio: tú estabas conmigo desde el principio quando yo pesaba los fundamentos de la tierra: tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado, y los Angeles te adorarán como al Soberano Señor de todas las cosas: yo te daré por herencia todas las naciones de la tierra, y todos los Reyes estarán sujetos á tí como esclavos.

Este es el testimonio que el Verbo da á su Padre quando dice á sus discipulos que deben ser santos y perfectos como es perfecto y Santo el Padre que está en los Cielos: que el Padre y el Hijo son una misma cosa; pero que el

Padre, comparado con la humanidad que ha tomado el Verbo en las entrañas de una Virgen, es de una naturaleza infinitamente superior: que el Hijo considerándose así inferior al Padre, debe obrar segun su voluntad, y executar en todo sus designios, dando con esta obediencia un exemplo á todos los hombres.

Este mismo testimonio da el Verbo al Espíritu Santo, del qual es el principio juntamente con el Padre. El le anuncia como la luz y la verdad, como el origen de todos los consue- los, como el Príncipe de la salvacion y de la gracia, como el Espíritu que sopla como quiere y quando quiere.

De él debemos esperar, segun la promesa de este Verbo, la sabiduría para responder, la paciencia para sufrir, y la fuerza para resistir al poder de las tinieblas. Como este Espíritu es la fuente de toda verdad, que da testimonio al Padre y al Hijo; han transmitido por él los Apóstoles al universo entero esa doctrina sublime que hace hoy la materia de nuestras adoraciones y de nuestra confianza. Por este Espíritu vemos en el Padre todo el poder como en

su principio: en el Hijo la sabiduría como en su origen, y en el Espíritu Santo la caridad como en su centro: en fin, por él nos asegura el Apóstol que tres son los que dan testimonio en el Cielo.

He dicho que este era un testimonio Consolador para el Christiano dócil; y en efecto San Agustin reconoce en el hombre una expresión sensible de la Divinidad. San Pablo dice que somos una emanación del mismo Dios: la voluntad que manda, la inteligencia que concibe, el amor mutuo, por el qual la inteligencia sirve á la voluntad, y la voluntad á la inteligencia, nos dan ocasión de elevarnos hasta el misterio de la Trinidad Santa, cuya existencia nos parece no solamente posible, sino sensible, quando observamos las operaciones del alma. Por tanto podemos sin dificultad aplicar al hombre esta reflexión del Profeta: sois dioses, y los hijos del Altísimo. Si, hermanos míos, sois hijos del Padre de las misericordias, de un Padre liberal, de un Padre tierno, que ama á los que son suyos con un amor tan constante y generoso, que mas pronto olvidará y abandonará una

madre el fruto de sus entrañas, que él olvide al que ha engendrado por Jesu-Christo, á quien alimenta con el pan de su palabra, y que destina á ser su heredero en su reyno: sois hijos de Dios, y por consecuencia coherederos del Hijo de Dios mismo, sus miembros, sus hermanos, sus amigos, sus discípulos: sois con él el objeto de las delicias del Altísimo, hijos de adopción en él, y también hijos de las promesas por él; pero al mismo tiempo sois sus hermanos, y os ama tan entrañablemente que se ha entregado á la muerte por vosotros, imprimiendo por sí mismo en vuestras almas el sello de la adopción. Jesu-Christo vivió y conversó con los hombres en la plenitud de los tiempos, para que conformando ellos sus acciones con su exemplo le gozasen en la eternidad. No contento con esto les comunicó su sabiduría, les reveló sus secretos. Para ellos instituyó los Sacramentos, y en recompensa de tantos beneficios, no exige otra cosa que un reconocimiento afectuoso, que una fé humilde, que una ciega confianza, y un amor reciproco: en fin, derramó y derrama todos los dias sobre los hom-

bres aquel Espíritu que comunicaba á los Patriarcas una pronta, humilde y perfecta docilidad á la voluntad de Dios, que inspiraba á los Profetas el conocimiento de lo futuro, que daba á los Mártires una fuerza superior á todos los tormentos, y que formaba en los penitentes un odio saludable de sí mismos, capaz de elevarlos sobre sus propios sentidos. Este Espíritu de adopcion nos inspira la gracia y la confianza para poder llamar á Dios nuestro Padre. Este Espíritu se consagra en nuestros Templos vivos. Aquí ruega con gemidos y ofrece los sacrificios, inmolando nuestra voluntad, y reprimiendo nuestras pasiones: aquí habla el lenguaje de la piedad por medio de las santas inspiraciones que nos comunica, de manera que, según la expresion de un Santo, podemos decir que estamos llenos de la divinidad por medio de los diferentes testimonios que nos dan las tres Personas adorables. ¡Pero qué terrible es este triple testimonio para la incredulidad y la impenitencia! El poder del Padre ultrajado con los pecados del mundo: la sabiduría del Hijo desconocida por la orgullosa razon: la santidad del Es-

píritu Santo profanada con las pasiones vergonzosas de una criatura infiel, ¿no merecen la venganza mas pública? ¿Pensáis que Dios calla, porque retirado allá en el secreto de su gloria parece que disimula los ultrages que recibe por parte de los impios? ¿Qué, su paz aparente, su prosperidad sensible, y los universales aplausos que reciben en recompensa de algunas falsas virtudes, serán motivo para desconocer el dedo de Dios que los castiga? No, hermanos míos: yo leo en los progresos increíbles que hacen, en la incredulidad, en los escándalos á donde les arrastra una razon desarreglada, en los sistemas absurdos que se forman, en los principios ruinosos que establecen, en las consecuencias insensatas que sacan, en los prosélitos que llevan tras de sí, en la seguridad que afectan, y que les acompaña hasta el sepulcro; yo leo, digo, la prueba de su reprobacion, y el castigo de su impiedad: no han encontrado, dice el Sabio, el camino de la sabiduría, y así perecieron en su necedad y locura.

Este es, hermanos míos, el retrato de los incrédulos de nuestros dias, mas

culpables aun que aquellos de quienes habla aquí el Sabio, porque no han buscado la sabiduría, ó por mejor decir, porque han cerrado los ojos, y no han querido verla ni recibirla, huyéndola siempre que se les presentaba. Su temeridad ha llegado al punto de blasfemar lo que ignoran, persuadidos de haber adquirido conocimientos que estaban escondidos hasta entónces: ellos degradan la Divinidad, suponiéndola insensible á la mayor parte de las acciones de sus criaturas, y la consideran injusta porque niega sus bienes á los buenos, porque rehusa los castigos para los malos, y sobre todo porque abandona al hombre á su ignorancia y á sus desconcertados deseos: ellos se han atrevido á contradecir los oráculos del Verbo, oponiendo á su Evangelio máximas tan contrarias al bien de la sociedad como á la misma religión: ellos han contristado el espíritu que habitaba en su corazón, reduciendo al hombre á la condicion de las bestias, y asemejándole en sus sistemas á las plantas y á los animales. Pero no han encontrado tambien en estos absurdos sistemas el oprobrio de su impiedad? ¿No anuncia la fé apaga-

da en su corazón, y quiza sin recurso, que el Padre Eterno les ha negado su sabiduría: que ha retirado su Espíritu: que ha separado su misericordia de corazones tan culpables? Ved pues el triple testimonio de reprobacion que produce este misterio en aquellos que le desconocen.

Hijos de la fé, no mireis esta triste pintura: levantad los ojos al Cielo en que este Dios tres veces Santo ha fixado el centro de su inmensidad. Recordad este vasto universo, en que el Verbo ha derramado las maravillas de la sabiduría: penetrad el interior de vuestro corazón donde el Espíritu Santificador ha establecido su morada; y decid con la Iglesia, no tanto con palabras, quanto con las obras: Santo, Santo, Santo es el Dios de los Exércitos: el Cielo y la tierra anuncien sus grandezas: gloria le sea dada ahora y siempre en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 28. v. 18. 20.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.

INSTRUCCION.

Hoy es el dia, hermanos míos, en que todos los Christianos deben adorar y temblar. Un misterio que es el fundamento de todos los demas misterios, y el principio de todos los dogmas de nuestra santa religion exige una sumision pronta, ciega y racional, y este es

de la Santísima Trinidad. 269
el primer homenaje que Dios pide de un Christiano. Este misterio nos ofrece una sola naturaleza; pero tres Personas realmente distintas: una sola esencia, pero propiedades que no podemos confundir. Todo en este misterio se reduce á la unidad, pero tres Personas realmente distintas exigen nuestra profunda adoracion. El Espíritu se confunde y se anonada meditando este dogma; pero la fé encuentra en él su apoyo, su consuelo y su alegría.

Notad, hermanos míos, la circunstancia y el miramiento con que Jesu-Christo anuncia este dogma á sus Apóstoles. Esta es aquella verdad que no podian comprehender quando empezaron á seguirle, y cuya enseñanza diferia de dia en dia. Sin embargo les iba preparando poco á poco con ideas que no dexaban de dar alguna luz. Algunas veces les hablaba de su Padre, pero de un Padre que era una misma cosa con él: otras les anunciaba su Espíritu; pero un Espíritu que no debía manifestarse hasta que él subiese á los Cielos, y que solo debía confirmar los preceptos que les daba: otras les describía las diferentes operaciones de las tres

Personas; pero si estas nociones eran suficientes para ilustrar otros entendimientos mas dispuestos, y abrasar otros corazones ménos carnales, no hicieron en ellos impresion alguna. Hoy por tanto les habla de la manera mas clara y positiva, y les hace entender que toda su mision se funda sobre la fé de este misterio. Apliquémonos, hermanos míos, á meditar las palabras de Jesu-Christo para conocer su importancia y sacar el aprovechamiento que contienen.

Hoy va el Salvador, hermanos míos, á emplear á sus Apóstoles en una grande empresa, y se necesitan motivos poderosos para determinarlos, porque no se trata nada ménos que de la conquista del mundo entero. ¿Acaso para ella será preciso sujetar y esclavizar los pueblos, apoderarse de sus fortunas y de sus bienes, disponer de su vida, hacerlos tributarios, y emplear la fuerza de los exércitos, para someter y encadenar las cabezas soberbias y orgullosas de la tierra? La rapidez de las conquistas de un solo Príncipe que habia suscitado el Señor en los dias de su ira contra las naciones infieles y culpa-

bles habia estremecido el mundo en otras ocasiones; pero ahora se trata de un triunfo de otra naturaleza que no será la obra de la mano de los hombres: se trata de someter los espíritus á la fé de un misterio, cuyo solo nombre confunde la razon: se trata de imponer silencio á todas las ideas que la filosofia ó la ignorancia pudieran oponer á todos los dogmas de la religion, los quales se fundan sobre el misterio de la Trinidad. Para emprender esta victoria se necesita una autoridad incontrastable, y una profunda sabiduria para conseguirla. Se me ha dado, decia Jesu-Christo, toda potestad en el cielo y en la tierra. Todas las cosas criadas han sido hechas por mí, y sin mí nada se ha hecho. Yo existia desde la eternidad misma, y habitaba en Dios como en mi principio: despues que crié la tierra, formé el corazón del hombre, y su alma es una imagen sensible de mi divinidad: yo veo en él la expresion de la grandeza de mi Padre, de la sabiduria que á mí se atribuye, y del amor que nos une: yo no veo en el hombre sino la obra de mis manos, aunque por tanto tiempo desfigurada por

el pecado: revestido de todas las miserias de la naturaleza humana, no me he despojado sin embargo de los derechos que tengo sobre el hombre: he venido al mundo con toda esta autoridad, y en virtud de ella os transfiero todos mis derechos: id pues, enseñad á todas las gentes. Yo me habia escogido en el mundo un pueblo que debia corresponder con mas fidelidad á mi terneza, y que podia servir de modelo á todas las gentes; pero no he perdido de vista á tantas naciones que vivian á la sombra de la muerte. Si hasta aquí solo he cuidado de recoger las ovejas perdidas de la casa de Israel, y si todos mis afanes han sido reunir los restos de la heredad de Jacob: vuestra ocupacion en adelante será el reunir tambien á ella todos los demas pueblos que no me conocen. Id pues, y enseñadlos mi nombre, publicad mi doctrina, dirigidlos á que sigan mis exemplos: ved los límites del universo, y considerad que el término de vuestros trabajos no llegará hasta que se hayan extendido vuestras conquistas desde el uno al otro Polo. ¿Podrémos oír, hermanos míos, este oráculo de la boca de Jesu-Christo

to, sin reconocer humildemente tantos y tan singulares beneficios como nos ha dispensado? Acordémonos que esta tierra que habitamos hace pocos siglos que estaba toda cubierta de las tinieblas de la idolatría: nosotros mismos, si hubieramos vivido en esta desgraciada época, estaríamos envueltos en los anatemas que han sufrido nuestros padres, y privados como ellos de ver aquel dia por el qual suspiraron los Profetas y tantas gentes del antiguo Testamento. Aquel Señor que hace lucir su misericordia donde y como quiere, hubiera podido diferirnos ó transmitir á otros pueblos la gracia que nos ha hecho de incorporarnos á su reino. Es verdad que no hay en la tierra quien por sus propios méritos sea digno de su atencion; pero hubiera podido conceder su gracia á gentes mas reconocidas que nosotros, y mas dóciles á su ley. Tengamos presente que si estas palabras: id, y enseñad á todas las naciones, son en algun modo la señal de nuestra resurreccion, serán tambien un dia motivo para echarnos en cara nuestra ingratitud, despues de habernos hecho la gracia de la adopcion.

Los Apóstoles comprendieron en estas primeras palabras la extension de su ministerio; pero era preciso tambien que comprendiesen su objeto, que era la enseñanza y la conversion de los pecadores: era preciso hacerlos depositarios de esa gracia, sin la qual subsiste el hombre viejo con toda su fealdad: era preciso aplicar esa gracia insensible, cuyo efecto solo es conocido del Dios que la concede, á alguna señal sensible que designase su operacion en los corazones. Jesu-Christo comunica al agua derramada sobre nuestras cabezas en el nombre de la Santa Trinidad la virtud de purificar nuestras almas de todos los pecados: aquí deben perecer todas las impurezas, y todos los defectos de que estabamos poseídos: aquí deben sepultarse, segun la expresion del Apóstol, todos los despojos del hombre viejo. He aquí la primera funcion de vuestro ministerio, dice Jesu-Christo: bautizad todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Por este bautismo, hermanos míos, hemos dado los primeros pasos hácia la vida eterna: esta es la época de todas

las misericordias de Dios sobre nosotros. El dia pues que hemos sido admitidos á la participacion de este Sacramento, debe ser el mas memorable de toda nuestra vida: debemos á este dia el respeto, el amor, y el conocimiento mas profundo; pero tambien debemos llenarnos de amargura al considerar nuestros pecados, nuestra infidelidad, y lo mal que hemos correspondido al singular beneficio que nos ha dispensado el Señor por su misericordia.

No consideremos solamente, hermanos míos, el mudo elemento que Jesu-Christo ha designado para la administracion de este Sacramento: escuchemos con un santo temor las palabras que comunican toda su eficacia á esta señal sensible. Bautizad, dice Jesu-Christo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, invocad este santo y terrible nombre, que no se tomará jamas en vano, porque será para los Christianos como el grito de la victoria, y la señal de la derrota de Satanás. Aquel sobre quien se haga esta invocacion será partícipe de todo quanto en esta Santa Trinidad hay de grande y de inefable. Reves-

tido del poder del Padre podrá mandar á todas esas pasiones tumultuosas que se levantan en el interior del corazon, y serán destruidas. Rodeado de la sabiduría del Hijo podrá conseguir la fé de los misterios, cuya obscuridad inquietaba y confundia su razon; y penetrado de la uncion del Espíritu Santo, encontrará suavidad y dulzura en la práctica de una ley que no es un yugo sino para los que la desprecian.

Estos son, hermanos míos, los efectos maravillosos del bautismo; pero si nos ha de servir de regla la vida de la mayor parte de los Christianos, no podremos preguntar, ¿en dónde está el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la uncion del Espíritu Santo en esos hombres que se rinden á la menor pasion que les asalta; que se dexan cegar y seducir con mil preocupaciones groseras y vergonzosas, y que manifiestan la mayor repugnancia y disgusto á todo lo que es del servicio del Dios de las misericordias? Será posible que el nombre adorable de las tres Personas haya sido invocado para ellos, y que hayan sido hechos partícipes de la divinidad? Sí, hermanos míos, el carácter que lle-

van consigo, indeleble á pesar de todos sus pecados, deponen en favor de esta verdad. Ellos llevarán eternamente impresa la señal de la divinidad que deshonran con una vida tan agena de su vocacion, y su suerte será mucho mas terrible que la de esos pueblos infieles que por su desgracia no han oido todavía el adorable nombre de Dios.

Pero vosotros, hermanos míos, que debéis mirar como el primero y mas honroso de vuestros títulos el de pertenecer á vuestro Dios con vínculos tan estrechos, no degeneréis de la nobleza de vuestro origen, volviendo á sumergiros en el oprobrio de vuestra primera condicion. Hasta aquí habeis sido tinieblas, y vuestras obras viviendo en el pecado han sido de las tinieblas. Habeis tenido un tiempo en que erais los hijos de la ira, pero tened entendido que Dios levantará su brazo contra todo el que se atreva á cometer el crimen. Antes de vuestra vocacion no teniais distincion ni asiento alguno en el pueblo del Señor; y como dice un Profeta, no teniais derecho á su misericordia, porque estabais muy distantes de su amor. Sin embargo, aun-

que se han pasado ya estos tiempos, han sucedido otros mas terribles todavía, y son aquellos de que habla el Apóstol quando llora la desgracia de los que despues de haber gustado los dones de Dios, vuelven á entrar de nuevo en el camino de la perdicion y de la muerte. ¡Qué dignos son, hermanos míos, de lástima aquellos que se dexan arrastrar de sus pasiones! ¡O, si conociesen el peligro de su estado! Yo quisiera que esas almas inocentes y puras, á quienes el demonio no ha esclavizado todavía, conociesen el valor del depósito que les ha sido confiado en el bautismo. Por esto Jesu-Christo no solo previene á sus discípulos que administren este Sacramento, sino que les manda enseñar por toda la tierra los dogmas, los misterios, y los preceptos de la religion.

Esta leccion que da el Salvador á los primeros Sacerdotes de la nueva ley, es importantísima para los que hemos sido llamados por sucesores suyos. Si el ministerio sagrado solo consistiese en conferir los Sacramentos, esos manantiales inefables de gracias, donde un elemento visible obra de un modo invis-

ble en virtud de la palabra, sin que dependa en manera alguna de la ciencia del Ministro que la pronuncia, no serian necesarias otras disposiciones para el desempeño de funciones tan terribles, que una pureza inviolable de costumbres, un zelo ardiente por la salud de las almas, y un amor puro y desinteresado por la religion; pero la obligacion estrecha de instruir á los pueblos, las amenazas que el Señor ha promulgado contra los perros mudos, la cuenta que ha de pedir al Profeta que no haya trabajado para sacar á Israel de sus errores y pecados, todo esto debe hacer temblar á los Ministros que se atreven á penetrar en el Santuario sin las luces y la instruccion competente. Estas amenazas y anatemas deben consternar á los jóvenes que se dedican á la penosa carrera del Sacerdocio, tal vez movidos por el interes de las rentas eclesiásticas, ó por fines particulares de conveniencia, quando carecen aun de los primeros elementos de la religion. Las disputas y los cismas que de tiempo en tiempo agitan á la Iglesia, son llagas todavía ménos sensibles que la ignorancia de sus Ministros, y entre tan-

ro que al parecer, goza de la paz, se ve interiormente sumergida en la mas profunda amargura por las continuas y escandalosas faltas de los Sacerdotes sin luces y sin estudios. La carrera del Sacerdocio, hermanos mios, es muy santa y muy estrecha. Si los Christianos en general, para corresponder á su vocacion, necesitan imitar en todo, y por todo á Jesu-Christo: si su vida ha de ser austera y penitente: si deben privarse en ocasiones aun de las cosas lícitas, si ellas acaso vienen á ser materia de escándalo: si á todos segun su capacidad se les pide el estudio de la religion, quáles deberán ser las costumbres, qual la perfeccion del Sacerdote, establecido en la Iglesia para Maestro y para guia de los fieles? No solo es responsable á sus pecados, sino que cargan sobre sus hombros los de todo su pueblo. ¡Ay de aquellos por quienes venga el escándalo! Pero no se requiere únicamente la santidad, se pide tambien la sabiduría, porque ellos son la luz que ha de disipar las tinieblas del mundo, y han de ser responsables en el tribunal supremo de la ignorancia de los Christianos. Sed en adelante, her-

manos mios, mas circunspectos para dirigir á vuestros hijos por este estado. Si no tienen la pureza y la instruccion que se pide en un maestro, alejadlos de él, y no queráis imitar á tantos otros que hacen consistir el honor de su casa en tener un Sacerdote en ella, aunque carezca de las circunstancias y dotes sacerdotales. Me lleno de amargura, hermanos mios, quando considero que se ha hecho un tráfico del oficio tremendo del Sacerdocio. Aquí tiene su origen esa multitud de Sacerdotes indignos que abrigan la Iglesia en su mismo seno, y que si por desgracia viniesen los tiempos de calamidad y de persecucion, abandonarían al instante su estado. De aquí proviene esa relaxacion, esa avaricia, esa ambicion, ese afan por los ascensos baxo pretextos aparentemente útiles y santos; esas pretensiones escandalosas, para las quales no se excusan las intrigas, los medios mas ilícitos, y los sobornos mas execrables: de aquí en fin nacen los pecados, y la perdicion del género humano.

Pero no penseis que la obligacion de la santidad y de la instruccion es peculiar á los Sacerdotes, ni que Jesu-

Christo quiso instruir solamente á sus Apóstoles. Ya os he dicho en otra ocasión que son recíprocas sus obligaciones y las vuestras: que el cargo de hablar y de enseñar que se les impone corresponde al que tenéis de oír con humilde atención; y que la palabra de Dios, que por desgracia no fructifica, produce contra los que la desprecian ó abandonan un testimonio que les ha de traer la condenación eterna.

Nada pues tenían los Apóstoles que desear ni en quanto á los fundamentos, ni en quanto á la extensión, ni en quanto á la autoridad de su misión. Jesu-Christo les había hecho depositarios y dispensadores de sus gracias; ¿pero quién podía darles un seguro de los buenos efectos que habían de producir? ¿quién podía responderles de que serían escuchados en todas las partes donde predicasen en su nombre? Ya habían oído á su Maestro que los trabajadores de la viña habían atentado contra la vida del Hijo del Padre de familias. El pueblo Judío desconocía á su Libertador y su Mesías, y no tardaría mucho tiempo en consumir su ingratitude con el deicidio mas vergonzoso

so y criminal. ¿Pues cómo sería posible que unos pueblos extraños, á cuya noticia jamás había llegado el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y para quienes el misterio de la Cruz era una materia de escándalo, pudiesen sujetarse al yugo del Evangelio? ¿Quién tendría valor para introducir las prácticas severas de la ley de gracia en unos hombres entregados del todo al culto de sus ídolos? Jesu-Christo, hermanos míos, no espera que sus Apóstoles le manifiesten sus temores: mirad que yo estoy con vosotros, les dice, todos los días hasta la consumación del siglo. Esta sola promesa quita todas las dificultades, disipa las inquietudes, y les acuerda lo que el Salvador les había dicho en otras ocasiones. No temáis á los que no mandan sino sobre los cuerpos, ni estudiéis las palabras que habeis de responder á los Príncipes y los poderosos del mundo. En efecto, considerando las conquistas rápidas de los Apóstoles, su intrepidez y su valor á la vista de las amenazas, y de los tormentos, no podemos dudar que todo era obra de la poderosa asistencia de Jesu-Christo.

¿Pero es posible que este Divino Salvador ha de estar hasta la consumacion del siglo con aquellos á quienes ha escogido por dispensadores y propagadores de su doctrina? Sí, hermanos míos, esta es la causa de que nuestro ministerio sea tan temible. La presencia habitual de Jesu-Christo impone á sus Ministros la obligacion de no hablar ni obrar sino conforme á las reglas estrechas del Evangelio, y de no deshonrar con una vida enteramente mundana, ó con los débiles recursos de una profana eloqüencia, un ministerio que ha instituido el mismo Jesu-Christo para la salud de los hombres. Esta divina presencia enseñará á todos los Christianos la docilidad que deben prestar á los Ministros del altar, y les hará entender que Dios tomará á su cargo la venganza de los ultrages y desprecios que reciban de su parte. Sin embargo cuántos consuelos para los Ministros y para los fieles encierran dentro de sí estas palabras, estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo. Confieso, hermanos míos, que los disgustos y fatigas de nuestro estado nos serian insorportables si este

pensamiento no reanimase de tiempo en tiempo nuestro valor. Nosotros exercemos las funciones santas del Sacerdicio en virtud de una orden expresa de Jesu-Christo, en su nombre, y con su asistencia, y por tanto debemos referir siempre á él nuestros sucesos sin vanagloriarnos quando son manifiestos, ni abatirnos quando son insensibles.

Vosotros, hermanos míos, tened tambien entendido que Jesu-Christo estará en vuestra compañía hasta la consumacion del siglo, y que no hay un lugar por distante y oculto que sea donde no se halle. No hablo de esa presencia esencial á la Divinidad, la qual con su inmensidad lo llena todo, y sé muy bien que, como dice el Apóstol, nosotros somos, vivimos, y obramos en Dios y por Dios. Hablo de la presencia sensible de Jesu-Christo, el qual se halla en todas partes. En los Sacramentos como origen y manantial de la gracia, y como remedio para los pecados del mundo: en el Templo como protector del que con humildad le ruega: en el altar como alimento del justo que le recibe: en los sagrados tribunales como médico del enfermo que

llora, y siente sus dolencias: en nuestros pulpitos como doctor del Christiano que busca la verdad: en los justos, como modelo, y en los pecadores como vengador del crimen. Por tanto el mayor consuelo del Christiano que sabe estudiar y buscar á Jesu-Christo, es la certidumbre de encontrarle siempre, en todo lugar, y en qualquiera situacion.

La presencia habitual de Jesu-Christo es una de aquellas verdades mas conocidas en la moral, bien se la considere en los recursos que nos ofrece, ó en las obligaciones que nos impone; y así, hermanos míos, nunca se aparte de vuestro pensamiento; pero sabed que la promesa formal de asistir en todo tiempo á los que le invocan y esperan, está unida estrechamente con la obligacion de no perder jamás á Jesu-Christo de vista, de no obrar sino conforme á su ley, de recurrir á él en todos nuestros trabajos y aflicciones, y de referirle como á principio y fin de todas las cosas las acciones, los pensamientos y los deseos. Hermanos míos, del abandono, y del desprecio de esta práctica nace ese diluvio de des-

órdenes y de abusos que inunda el Christianismo.

Señor Jesus, postrados á vuestros pies creemos y confesamos que estais presente en todas partes, y que sin vuestra asistencia continua volveria el hombre á la nada de donde le habeis sacado, y el Christiano caeria en las tinieblas de que le ha librado vuestra gracia. Haced, Dios mio, que esta verdad fructifique en nosotros, y que la adoracion y los homenajes que os debemos, la desconfianza y el temor que exige nuestra propia flaqueza, y la confianza y el amor que solicitan vuestros beneficios sean sus frutos permanentes, á fin de que vivamos en la tierra en una continua meditacion de vuestra divina presencia, y merezcamos gozarla en el Cielo por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO
EN LA OCTAVA

DEL
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. 7. v. 18. 28.

Hermanos: El mandamiento primera es á la verdad abrogado por su flaqueza, & inutilidad: Porque la Ley ninguna cosa llevó á perfeccion; sino que fué introducida de mejor esperanza, por la qual nos acercamos á Dios. Y quanto no es sin juramento (por que los otros Sacerdotes á la verdad fuéron hechos sin juramento; mas éste con juramento por aquel que le dixo á él: Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres Sacerdote eternamente.) Por

del Santísimo Sacramento. 289 tanto Jesus fué hecho fiador de testamento mucho mas perfecto. Y á la verdad los otros fuéron hechos muchos Sacerdotes, por quanto la muerte no permitia que durasen: Mas éste, por que permanece para siempre, posee un Sacerdocio eterno. Y por esto puede salvar perpetuamente á los que por él se acercan á Dios, viviendo siempre para interceder por nosotros. Porque tal Pontífice convenia que tuviésemos nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos: Que no tiene necesidad, como los otros Sacerdotes, de ofrecer cada dia sacrificios, primeramente por sus pecados, despues por los del pueblo: porque esto lo hizo una vez, ofreciéndose á sí mismo. Porque la Ley constituyó Sacerdotes á hombres, que tienen enfermedad: mas la palabra del juramento, que es despues de la Ley, constituye al Hijo perfecto eternamente.

INSTRUCCION.

Nuestra religion, hermanos míos, está llena de consuelos y recursos, y baxo qualquiera forma y qualidad que nos presente á Jesu-Christo, nos ofrece siempre por su gracia los medios mas eficaces de santificacion. Hoy en el misterio angusto que celebramos, nos le representa la Iglesia como el Pontífice del Testamento nuevo; y valiéndose de las palabras del Apóstol San Pablo, nos dice que no echemos de ménos ni una fe figurativa, ni las hostias insuficientes ni los Sacerdotes mortales, quando poseemos la realidad de las figuras, una víctima pura y sin mancha, y un Pontífice excelente. La explicacion, pues, de las palabras de nuestra Epístola no solo nos servirá para considerar la grandeza del adorable Sacramento que celebramos en esta octava, sino tambien para disponer á recibirlo santamente. Escuchemos con un profundo respeto y un religioso temor lo que nos va á decir el Apóstol del Sacerdote santo que pide

del Santísimo Sacramento. 291
por nosotros á su Padre, y sigamos con humilde docilidad los consejos que nos da para preparar nuestros corazones. Prestadme vuestra atencion en la explicacion de estas palabras.

El mandamiento primero es á la verdad abrogado, dice el Apóstol, por su flaqueza é inutilidad. Pero ¿qué le faltaba, hermanos míos, á este Testamento que Dios por su propia mano habia grabado sobre dos tablas de piedra? ¿No lo habia autorizado continuamente con prodigios los mas extraordinarios y maravillosos? ¿No habia suscitado para honrarle en todos tiempos hombres poderosos en obras y en palabras? ¿No castigaba las menores transgresiones con la muerte de los delinquentes? Si; pero ninguna cosa, añade el Apóstol, llevó la ley á perfeccion, porque estaba esto reservado á la ley nueva. Le faltaba un mediador que careciese de pecado, que no tuviese necesidad de rogar en favor suyo, y que estuviese seguro de ser oido hablando por nosotros, á causa de la reverencia que se le debe; le faltaba una víctima, cuya sangre muy diferente de la de los animales que se vertia en el antiguo Testamento, ofre-

292 *Domingo en la octava*
ciese á Dios una reparacion proporcionada á la magestad y naturaleza del ofendido ; y nos comunicase la caridad de que es principio y fin , porque está reservado al nuevo Testamento el darnos el derecho á una esperanza mas firme , y de acercarnos á Dios con entera confianza. Nos importa mucho , hermanos míos , conocer bien á este Pontífice santo , que recibe de su Padre su poder y su mision de una manera tan irrevocable. Miétras que en el antiguo Testamento ha consagrado á tantos Pontífices , sin obligarse á oír sus ruegos , ni honrar su ministerio con los efectos de su misericordia ; para consagrar al Pontífice del Testamento nuevo , jura en el modo mas auténtico é irrevocable , que jamas tendrá por qué arrepentirse , y conservará su sacerdocio por toda una eternidad.

Esta nueva Jerusalem no experimentará nunca las vicisitudes y contratiempos de la antigua Sion. En aquella se sucedian los Pontífices , y entre ellos unos la consolaban interponiendo su mediacion con su Dios , la fortificaban en la creencia con sus instrucciones , y la edificaban con sus virtudes

del Santísimo Sacramento. 293
y exemplos , y otros la llenaban de amargura con el abandono de sus obligaciones , y la escandalizaban con sus desórdenes ; pero les llegaba su hora , y desaparecian todos , porque la muerte ejercitaba en ellos su poder. Nuestro Pontífice se ha sujetado voluntariamente á la ley general que se impuso á los hombres desde el pecado de su primer padre ; pero en esta inmolacion libre y voluntaria de sí mismo , ha exercido el ministerio de Pontífice ; y despues de haber gustado la muerte , sacudió el sueño que le oprimia , y resucitó para desempeñar con su Padre las augustas funciones de Sacerdote eterno.

Pueblo de Israel , Nacion escogida , Pueblo del Señor , ; quáles eran los derechos de tu Sacerdocio soberano ? Ofrecer en tu nombre hostias impotentes , conseguir para tí algunos favores temporales , declarar expiadas las faltas de tus hijos. Aquí terminaban todas sus funciones ; pero nuestro Sacerdote , verdaderamente grande por la excelencia de su origen , y por el objeto de su ministerio , gozará hasta la consumacion de los siglos el derecho de purificar los corazones humanos , de restituir al hom-

294 *Domingo en la octava*
bre pecador la salud y la vida, y de presentar á Dios las almas que ha redimido con su sangre.

No es un Moysés quien se ofrece por mí, y solicita el perdón de mis pecados; no es un Daniel, que para conseguir á su pueblo la indulgencia y la misericordia, reclama la alianza hecha con sus antepasados; no es un Jeremías, que para mover al Señor, lanza tristes y profundos suspiros: es el Dios vivo y verdadero quien para oponerse á los efectos de su propia justicia, se hace intercesor y víctima; y empezando sus funciones en el tiempo, las desempeña por toda una eternidad.

Este, hermanos míos, es el soberano Sacerdote que convenia á la nueva ley. Todos los demas Pontífices del antiguo Testamento, aunque fuesen especialmente favorecidos por el cielo, no podian llenar los designios de Dios sobre nosotros, ni socorrernos en tantas y tan graves enfermedades espirituales de que adolecen nuestras almas. Tal Pontífice, añade el Apóstol, convenia que tuviesemos nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos.

del Santísimo Sacramento. 295

Un Sacerdote mortal tiene la indispensable obligacion de purificarse cada dia de las manchas contraidas por el pecado; y antes de llevar al pie del trono de la misericordia los pecados del pueblo, tiene que expiar los suyos propios; pero el Pontífice del nuevo Testamento no necesita de esta humillante precaucion: su Padre no apartará su vista de las ofrendas. En otro tiempo decia al pueblo Judío por medio de uno de sus Profetas: Estoy cansado de vuestros sacrificios: ya no recibiré las víctimas de vuestra mano. Tampoco tiene necesidad de renovar su sacrificio siempre que los nuevos pecados de los hombres excitan la ira del Señor, porque basta que se haya ofrecido una vez en la cruz para que la virtud de esta ofrenda sea permanente. Si en su Iglesia ha establecido un Sacramento, donde á un tiempo es alimento y víctima, no es porque tenga necesidad de dar á su Dios este nuevo testimonio de su obediencia para asegurar la eficacia de su oblacion, sino porque nos faltaba á nosotros una señal siempre existente, que excitase nuestra confianza, y renovase nuestra piedad.

Concluyamos, pues, con el Apóstol, que nuestra ley es mucho mas excelente que la antigua por mas consue- los y ventajas que ofreciese; que unos Sacerdotes llenos de enfermedades y miserias, no tienen comparacion alguna con el Hijo de Dios, que es tan perfecto como su Padre, eterno como él, sensible á nuestras miserias, y siempre dispuesto para aliviarlas. Pero ¿será esta la única consequencia que podremos sacar del paralelo que hace el Apóstol entre los dos Testamentos? La Iglesia aplicando las palabras de esta Epistola á la presente solemnidad, ofrece á nuestra consideracion uno de los mayores beneficios que debemos á la Providencia; y mientras que expone á nuestra adoracion el Sacramento augusto donde se perpetuan los misterios de que habla el Apóstol, quiere formar en nuestro corazon aquellas disposiciones que exige el tremendo sacrificio del Altar. Así la eternidad del Pontífice, su santidad, su inocencia, su exención del pecado, su segregacion de los pecadores, y su elevacion sobre los mismos cielos, nos representan otras tantas disposiciones que

se requieren para presenciar con utilidad este sacrificio, y para participar dignamente de este Sacramento. Así no solo diré de Jesu-Christo con el Apóstol: tal Pontífice convenia que tuviesemos nosotros, sino que aplicaré estas palabras á todos en general; porque según la expresion del Apóstol San Pedro, formamos un Sacerdocio real, y estamos unidos á Jesu-Christo, como los miembros del cuerpo á la cabeza. Por tanto deberé exigir de cada uno de vosotros las mismas qualidades que esencialmente adornaban á Jesu-Christo. Debeis ser santos, inocentes, y estar exentos de toda mancha de pecado: debeis huir de los pecadores, y hacer que vuestras conversaciones sean siempre de los cielos. Desgraciados de vosotros si no os habeis presentado en el altar con estas disposiciones, y si nuestros tremendos misterios han sido profanados con un corazon corrompido.

Si no podeis, hermanos míos, alcanzar aquella santidad inalterable é invencible á pesar de todos los objetos seductores que ofrecen los sentidos, y vigorosa para destruir y vencer todas las tentaciones del mundo, esforzaos

para tener á lo ménos aquella que sabe estar alerta para evitar los peligros, que llora sus faltas, y que se levanta prontamente de qualquiera caída.

Si estais distantes de la inocencia primitiva, procurad retener á lo ménos aquella inocencia restablecida con obras de penitencia proporcionadas á los pecados que habeis cometido.

Ya que como hijos de aquel padre prevaricador contraxisteis la mancha del pecado, y que no habeis sabido conservar la gracia con que Dios por su misericordia os enriqueció en el Bautismo, detestad ahora que estais convertidos, todas las obras de la carne; mostrad un vivo dolor de vuestras faltas, y un verdadero deseo de entrar otra vez en el camino perdido; no temais los escollos que os presenta un mundo engañoso, y caminad con firmeza y perseverancia.

Pero para esto debeis segregaros de los pecadores. Esta separacion no consiste en romper con ellos todo trato y comercio, sino en detestar sus máximas, y en despreciar sus alegrías: es preciso no tomar parte en sus pecados, y conservar los sentimientos, los afectos y

los deseos christianos, manifestando la mayor oposicion á sus depravadas inclinaciones.

Finalmente, debeis elevaros á los cielos, desprendiéndoos de todos los objetos seductores que hacen amable nuestra mansion en la tierra: ella sin duda tiene muchos atractivos; pero debemos considerar que somos viageros, y que caminamos á una vida eterna, á la qual no podremos llegar si no meditamos los atributos y perfecciones de la divinidad, si no amamos á Dios con exclusion de todas las cosas terrenas, y si no somos fieles observadores de sus preceptos.

Estas son, hermanos míos, las disposiciones de un Christiano que quiere unirse á la víctima, y tener parte en el ministerio del Pontífice eterno. Si todos los Christianos que se reunen para celebrar el santo sacrificio procurasen imitar á Jesu-Christo, no serian nuestros templos, como lo son en el día, el centro de las irreverencias, de los sacrilegios y de escandalosas profanaciones. Nuestras ciudades y nuestras casas se convertirian en otros tantos santuarios, donde cada Christiano haria el sa-

crificio de sus inclinaciones y voluntades propias ; y podria decirse á proporcion de cada uno lo que el Apóstol nos dice de Jesu-Christo, á saber: que vive siempre para interceder por nosotros. Entonces el amor de la oracion y el fervor en este santo exercicio purificarian todas nuestras disposiciones, y el Pontífice eterno derramaria sobre todos sus miembros este espíritu de sacrificio que es el alma de nuestra santa religion.

Victima adorable, Sacerdote excelente, Pontífice ensalzado sobre los cielos, ya que baxas á nosotros en el augusto Sacramento para hacer tu caridad mas accesible y mas tierna, despide de tu santuario un fuego sagrado que penetre nuestros corazones, que destruya la voluntad propia, enemiga declarada del espíritu de sacrificio, y que haciéndonos una sola víctima contigo, nos proporcione en ti la prenda de la inmortalidad y de la vida. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 14. vers. 16. 24.

En aquel tiempo dixo Jesus á los Fariseos esta parábola: Un hombre hizo una grande cena, y convidó á muchos. Y quando fué la hora de la cena, envió uno de sus siervos á decir á los convidados, que viniesen, porque todo estaba aparejado. Y todos á una empezaron á excusarse. El primero le dixo: He comprado una granja, y necesito ir á verla: te ruego, que me tengas por excusado. Y dixo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas: te ruego, que me tengas por excusado. Y dixo otro: he tomado muger, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su Señor de todo esto. Entonces airado el padre de familias, dixo á su siervo: Sal luego á las plazas, y á las calles de la ciudad: y traheme acá quantos pobres, y lisiados, y ciegos, y coxos halla-

302 *Domingo en la octava*
res. Y dixo el siervo : Señor , hecho
está , como lo mandaste , y aun hay
lugar. Y dixo el Señor al siervo :
Sal á los caminos , y á los cerca-
dos ; y fuérzalos á entrar , para que
se llene mi casa. Os digo , que nin-
guno de aquellos hombres , que fué-
ron llamados , gustará mi cena.

INSTRUCCION.

Aunque pudiera , hermanos míos, presentaros con los Padres de la Iglesia en esta cena del Evangelio una idea del misterio de la Encarnacion del Verbo , y un gusto anticipado del reyno que reserva Dios á sus escogidos ; me parece sin embargo conveniente seguir en todo la aplicacion que la Iglesia hace de las palabras de nuestro Evangelio á la solemnidad del día. La vocacion de todos los Christianos á la salvacion eterna , los pretextos que oponen los pecadores á la necesidad de obrarla , la reprobacion del antiguo pueblo y la adopcion del nuevo , son conseqüencias que resultan de la simple lectura de esta

del Santísimo Sacramento. 303
parábola : pero dexando el tratar de estas materias para otras instrucciones , me ceñiré en ésta á fixar vuestra consideracion sobre el banquete sagrado á que nos convida la Iglesia en nombre de Jesu-Christo , y á recordaros la institucion del adorable Sacramento que celebra con tanta solemnidad en estos dias de gracias y de santificacion. No hay una palabra en este Evangelio que no sea la mas propia para darnos una idea de este festin delicioso : todas ellas se dirigen á excitar y arreglar vuestros deseos , y condenan esa frialdad insípida con que os presentais en la mesa del Altar. Prestadme atencion , y pedid al Espíritu de Dios que abraze vuestras almas en el fuego de su amor.

Esta parábola la dirige Jesu-Christo á los Fariseos porque conocia la dureza y la insensibilidad de su corazon. Un hombre hizo una grande cena , y convidó á muchos. Estas palabras , que presentan desde luego la idea de un convite magnífico , son las mas propias para figurarnos la santa Eucaristia , donde baxa del cielo el pan de los Angeles, donde el vino que engendra vírgenes, esto es , que purifica las almas , se der-

rama con extrema abundancia, y donde la carne de todo un Dios se sirve de una manera milagrosa. En este festin delicioso se colman hasta la hartura los gustos y los deseos mas insaciables. Este es un banquete en que el Señor hace sentar á su mesa al pobre y humilde siervo para servirle en ella, y alimentarle con su propia substancia. El velo que cubre el alimento, nada disminuye la grandeza del festin. La fe dice al Christiano que baxo las especies del pan y del vino está el verdadero cuerpo de Christo Señor nuestro, y que desde allí comunica sensibles gracias, y consuelos inefables. Esta confesion es el primer homenaje que tributa á este Sacramento. Pero ya que hemos visto la naturaleza del banquete, veamos quienes son los convidados. El Evangelio nota que el Señor llamó á muchos; y esta es una prueba conocida de su generosidad, y nobleza de corazon. Nosotros podemos decir tambien que de todos los que hacen profesion de la fe, no hay uno siquiera que esté excluido de este festin; pero por desgracia sucede lo que con este Señor del Evangelio, y es, que unos no le admiten, y otros le profanan y

le miran con la mayor indiferencia. Los convidados no guardan aquella atencion que corresponde á un favor tan señalado, ni esperan como era regular, la hora de la cena. Pero el Señor no para aquí su consideracion, y consultando solo á su misericordia, sin respeto á la dignidad de las personas que convida, quiere darles un testimonio de su paciencia infinita. Así quando fué la hora de la cena, envió uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen, porque todo estaba aparejado. No perdamos de vista, hermanos míos, la Eucaristía, que tan propiamente se nos representa en esta parábola. Esta conducta del Señor tiene relacion muy sensible con la que guarda la Iglesia con nosotros quando se trata de recibir este Sacramento. Ella empieza con enseñarnos el precepto general de comulgar, trayéndonos á la memoria el peligro que corren los que no comulgan, y las ventajas que se nos proporcionan en la santa Comunión. Después de estos motivos generales para vencer nuestra indiferencia, añade las órdenes mas positivas para determinarnos. Finalmente, no bastando la instruccion ni la indi-

306 *Domingo en la octava*
cacion de un tiempo que ha determi-
nado con sabia prevision, lanza terri-
bles anatemas, y protesta que separará
de su cuerpo á todo aquel que obs-
tinado no quiera cumplir sus manda-
mientos. Ya veis que el Señor es el
que hasta aquí da todos los pasos, sin
que los convidados lo merezcan, ó cor-
respondan á su solicitud; pero es pre-
ciso que se declaren. En efecto, to-
dos á una empezaron á excusarse. El
primero dixo al siervo: He comprado
una granja, y necesito ir á verla: te
ruego que me tengas por excusado. Otro
dixo: He comprado cinco yuntas de
bueyes, y quiero ir á probarlas: te rue-
go que me tengas por excusado. Otro
dixo: He tomado muger, y por eso
no puedo ir allá. No hay uno que so-
muestre sensible ni agradecido al ho-
nor que se le hace; pero á lo menos
dan excusas que parecen de alguna con-
sideracion, y que pueden influir para
dispensarse del gusto de una cena. Sin
embargo el Señor no se contenta con
estas excusas, y quando el siervo le
da cuenta de su comision, se irrita so-
brenaturalmente. En efecto, el honor que el
padre de familias les hace convidándo-

del Santísimo Sacramento. 307
los á su mesa era de tal naturaleza, que
no podian considerarse con derecho al-
guno para pretenderlo. ¿No sobrepujaba
esta ventaja á todos sus intereses parti-
culares? ¿El desprecio de esta invitacion
no los dexaba expuestos á sufrir todo
el peso de la ira de un Señor siempre
terrible en sus venganzas? ¿La injusta
preferencia que daban á sus negocios,
no les privaba de los recursos que po-
dian prometerse de la bondad de un
dueño semejante? Sin embargo estas re-
flexiones eran para ellos de muy poco
momento, porque no conocian el bien
que despreciaban. Pero vosotros, Chris-
tianos, que ya teneis una idea del ban-
quete, ¿por qué os negais al convite,
ó por qué le aceptais tan rara vez? Di-
reis que vuestras ocupaciones os lo im-
piden; pero ellas en la realidad son pre-
textos frívolos. ¿Pensais que no sa-
bemos los cuidados y la atencion que
piden la casa, los hijos, y en gene-
ral las obligaciones de los respectivos
estados? ¿Ignoramos acaso que los ins-
tantes del dia y de la noche vienen
cortos á una madre de familia que quie-
re velar sobre su casa, y desempeñar
el cargo terrible que tiene sobre sí? So-

308 *Domingo en la octava*
mos tan insensatos que no considere-
mos la aplicacion que exige el empleo,
ó el oficio de un hombre que está obli-
gado á proveer con su trabajo á la sub-
sistencia de una familia indigente? No
sabremos de qué conseqüencia es el
tiempo para aquel que despues de to-
dos sus afanes solo saca unas moderadas
ganancias? Pero sin embargo, hermanos
míos, si estos motivos son de alguna
consideracion para sacrificar á ellos qual-
quier otro negocio, en éste nada in-
fluyen, porque no se trata de nada mé-
nos que de prepararos para el sagrado
banquete, á fin de que agoteis en este
manantial adorable las luces que pueden
dirigir vuestros pasos, y la fuerza que
puede afirmarlos. Jesu-Christo ha ins-
tituido este inefable misterio para to-
dos los Christianos, teniendo presente
que la Divina Providencia los ha colo-
cado en diferentes estados. La extension
de sus ocupaciones era bien conocida án-
tes de imponerles el precepto de sentarse
á su mesa: estaban previstas las razones
que podria suministrarles su indiferencia;
pero tambien consideraba que eran
vanas y de ningun momento, porque
regularmente las produce el espíritu de

del Santísimo Sacramento. 309
codicia, las autoriza la tibieza, y las fa-
vorece el deseo de gozar una vida có-
moda y regalada. En efecto quando en
el tribunal de la penitencia nos incul-
camos sobre esa lentitud y frialdad tan
perjudicial á vuestras almas, nos decís
que no podeis resolveros á dexar aban-
donados vuestros hijos: que la casa no
puede quedar en manos de criados: que
el tiempo no es vuestro, porque vivís
en la dependencia ya de un amo, ya
de un esposo; y que por otra parte una
obligacion de tanta importancia pide
la mayor atencion y recogimiento: de
manera que serian necesarios meses en-
teros de abstraccion y de retiro pa-
ra presentaros en la mesa del altar con
aquella pureza de alma que es conve-
niente.

Estas reflexiones parecen, herma-
nos míos, muy sólidas, y fundadas en
buenos principios, porque en efecto
Dios quiere que ante todas cosas se sa-
tisfagan las obligaciones propias de ca-
da estado. Por otra parte se requiere
para comulgar dignamente que el alma
esté purificada de la mancha del pe-
cado, y que quando el hombre viene
á sentarse á la mesa del altar, tenga

310 *Domingo en la octava*
libre su corazón de las agitaciones y cuidados de la vida. Sin embargo Dios, como he dicho, instituyó su Sacramento para todos, y las preparaciones que exige pueden unirse muy bien con los afanes de la vida. El trabajo no es incompatible, hermanos míos, con la Comunión; al contrario puede ser un motivo que contribuya para disponerse santamente. El pan de la Eucaristía no es la herencia de esas almas contemplativas, á quienes el gusto de la meditación exime de las agitaciones del siglo, ó de esas almas habitualmente perezosas que se dispensan de las obligaciones de su estado por no turbar su comodidad y sus placeres. Esos testimonios de respeto que pretendéis tributar al adorable Sacramento dispensándoos al mismo tiempo de recibirlo, son otras tantas injurias que hacéis á la Divinidad, y un algo desprecio de sus invitaciones. Injuriais su liberalidad, porque mientras Dios se prodiga y se multiplica para vuestro uso, y que os busca con tanto afán y solitud, vosotros le manifestais frialdad é indiferencia. Injuriais su misericordia, porque no le suponeis bastante indulgente para

del Santísimo Sacramento. 311
compadecer vuestras flaquezas, y escuchar la simple preparacion de un corazón ansioso de encontrarle. Entre tanto que este Señor busca los medios mas exquisitos para inspiraros confianza y tranquilidad, vosotros llegais temblando, y pensais que acaso os despedirá con indignacion. Mirais este convite como si solamente fuese para los ricos y las personas de elevada condicion; quando por el contrario le dice al siervo: sal luego á las plazas, y á las calles de la ciudad, y trae me acá quantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Estos sin duda no alegarán pretextos tan frívolos y despreciables como los otros, y recibirán mis favores con todo el respeto y reconocimiento que corresponde.

Aquí es, hermanos míos, en donde se manifiesta toda la generosidad, y la bondad del Dios que nos convida á su mesa. Si hay algun título que nos dé un derecho á este festin sagrado, es nuestras necesidades y miserias. Si fuésemos ricos por nuestra propia industria, fuertes por nuestra propia virtud, é ilustrados por nuestras propias luces, no seriamos tan dignos de su atencion, y el

312 *Domingo en la octava*
pan de la Eucaristía perdería para nosotros sus mas preciosos efectos; pero hallándonos expuestos en esta vida á sufrir los ataques que para perdernos sugiere la malicia á nuestros enemigos, y abandonados á la muerte, tenemos necesidad de que Jesu-Christo sea nuestra guía, que fortalezca y enderece nuestros pasos, y que ilustre con una uncion interior las tinieblas de nuestro entendimiento.

Hermanos míos, si nuestro amor propio nos dexase conocer estas necesidades, vendríamos tambien en conocimiento de la que tenemos de un precepto que nos obligue á participar del pan de los viageros. Toda nuestra inquietud, segun la expresion de San Cipriano, sería el vernos privados de este divino alimento; pero es preciso que se cumpla la palabra de Jesu-Christo. Los siervos executan puntualmente las órdenes de su Señor: corren las plazas y las calles, y traen á todos los pobres, los lisados, los ciegos y los cojos, y sin embargo no se llena la sala. Pero es posible que fuese tan corto el número de infelices necesitados, que teniendo á la mano el saciar su ham-

del Santísimo Sacramento. 313
bre, no quisiesen aceptar este beneficio? La Iglesia no se explica en este punto; pero es fácil concluir de las palabras que siguen; que aunque habia muchos que padecian graves necesidades, carecian sin embargo de la voluntad de remediarlas; y por esto el padre de familias, que quiere que se cumplan sin restriccion los designios de su misericordia, vuelve á decir al siervo: Sal á los caminos, y á los cercados; y fuerzalos á entrar, para que se llene mi casa.

No sé, hermanos míos, al oír estas palabras del Evangelio, quién de los dos podremos decir que tiene mas constancia, Dios, ó el hombre: Dios, que á la manera de un padre tierno y compasivo emplea todos sus cuidados y solitudes para traer á su hijo al verdadero conocimiento; ó el hombre, que á pesar de todos estos pasos, manifiesta la resistencia mas vergonzosa. El Señor nada excusa por su parte: convida para su mesa, y se desprecia su convite: busca; pero no por eso manifiestan mas ardor los convidados: da sus órdenes para que se fuerce á todos los menesterosos, y todavía queda mucho

lugar. ¿Pensais, hermanos míos, que será insensible Dios á tantos desprecios? No, Christianos, escuchad la sentencia que va á pronunciar despues de tantas pruebas de generosidad y de paciencia. En verdad os digo, que ninguno de aquellos hombres, que fuéron llamados, gustará mi cena.

¿Qué justo, pero qué terrible anatema, hermanos míos! Aquí es donde resplandece su equidad y su justicia; y esos hombres, que baxo pretextos tan frívolos se han negado á recibir los singulares favores que les ofrece el Señor, van á sentir ya todo el peso de su ira. ¿Qué diré de vosotros, hermanos míos, que tan rara vez venis á sentaros á la mesa del altar? ¿Qué diré al ver vuestra indiferencia, y esas disposiciones tan equivocadas? Si el divino alimento que presentamos fuese del número de esos platos corruptibles, que destinados á mantener y conservar una vida pasajera y mercenaria, no son de valor alguno para la vida futura, no nos admiraríamos de vuestra insensibilidad; pero este verdaderamente es el pan de los Angeles, el fruto de la vida y la prenda de la inmortalidad: esto es

lo que os ofrecemos. Esta cena, que empieza en el tiempo, debe consumarse en la eternidad. No solo la llamamos Comunion porque nos une de la manera mas íntima al cuerpo, á la sangre y á la divinidad de Jesu-Christo, sino porque nos conduce á esa union inalterable que debe satisfacer y colmar los deseos de nuestro corazon por toda una eternidad.

Tratad por tanto, hermanos míos, este adorable alimento con aquel aprecio que merece: alejad las pasiones y los pecados: apresurad vuestros pasos para venir á este sagrado banquete, y haced todos los sacrificios que se requieren para comer dignamente este pan de los Angeles. Considerad que Jesu-Christo decia, que ninguno de aquellos hombres que fuéron llamados gustaría su cena, y que vosotros seréis excluidos del reyno celestial si en adelante sois tan indiferentes.

Dios mio, uno de los mayores males que pueden venir á los hombres es el de no experimentar el hambre espiritual de vuestro Sacramento adorable; pero todavía es infinitamente mayor el de no sentir cuán peligroso es el des-

precio que se hace de este Sacramento mismo. Remediad, Señor, estas dos enfermedades, y empezad purificando nuestras almas de todos los afectos que nos impiden el gusto de este divino alimento: ilustrad los ojos de nuestra fe sobre los abundantes recursos que nos ofrece: instruid nuestro corazón de las dulzuras que contiene para las almas que vienen á este sagrado banquete conducidas por un temor filial. Entónces no bien nos habreis llamado, quando correremos á sentarnos: entónces nos saciaremos de los bienes de vuestra casa, y nos embriagaremos en ese torrente de deleytes puros que no dexan ningún disgusto ni sentimiento: entónces sereis el principio de nuestra vida espiritual, y el germen de nuestra feliz inmortalidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA DE SAN PEDRO,
cap. 5. vers. 6. II.

Hermanos: Humillaos baxo la poderosa mano de Dios, para que os ensalce en el tiempo de su visita: Echando sobre él toda vuestra solitud; porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sóbrios, y velad; porque el diablo vuestro adversario anda como leon rugiendo al rededor de vosotros, buscando á quien tragar: Resistidle fuertes en la fe: sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulacion. Mas el Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesu-Christo á su eterna gloria, despues que hayais padecido un poco, él os perfeccionará, fortalecerá, y consolidará. A él la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

INSTRUCCION.

Las palabras de la Epístola de este día forman, hermanos míos, otras tantas máximas y sentencias de que la Iglesia se sirve en sus instrucciones, y que el Christiano debe aplicar con frecuencia á su conducta y á sus costumbres. Por tanto se llama católica esta Epístola, es decir, universal; y sus consejos se dirigen á los Christianos de todos los tiempos, de todos los lugares, de todas las edades, y de todos los estados. En ellos se nos recomienda la humildad, el reconocimiento á los beneficios que nos dispensa la mano poderosa de Dios, la confianza, la sobriedad, la vigilancia, la compasión, y aquella paciencia inalterable que tiene por fin la salvacion eterna: de modo que por qualquiera parte que se consideren las palabras del Apóstol, nos ofrece abundante materia para exâminar y dirigir por ellas nuestra conducta. Desgraciados de nosotros, hermanos míos, si no escuchamos estas importantes lecciones, ó si despues

de haberlas escuchado no las meditamos; pero mas desgraciados todavia si no pasamos de la meditacion á la práctica constante de las verdades que contienen.

Aunque nuestra religion, hermanos míos, predica siempre la humildad, es sin embargo la que eleva mas al hombre, y la que mas le prohíbe todo aquello que puede degradarle y deshonrarle. El Paganismo le postraba delante de unos ídolos mudos é insensibles. El Judaismo le sujetaba á unas ceremonias exteriores y legales; pero el Christianismo le somete solo á un Dios; y si vive baxo la dependencia de algunas criaturas, es en tanto que obran conforme á los altos designios de su sabiduría y de su justicia. El Apóstol por tanto nos dice: humillaos baxo la mano poderosa de Dios, para que os ensalce en el tiempo de su visita. Para humillarse, hermanos míos, baxo esta mano poderosa no basta doblar la rodilla, adorar su grandeza y su magestad con un culto público, y reconocer su dependencia con algunas oraciones y sacrificios: es preciso que la voluntad propia se sujete, y dependa siempre de la de Dios: se han de tomar

sus preceptos por el móvil de todas nuestras acciones: debe someterse el espíritu á los dogmas que nos enseña la ley: no debemos citar jamas al tribunal de nuestra razon las verdades que nos revela, ni considerarnos superiores al estado en que nos ha puesto, ni ostentar mas luces, mas penetracion ni mas ciencia que aquella que ha querido confiarnos por su bondad infinita: debemos por consecuencia huir y temer los escollos que nos presenta el amor propio; y en fin, referir á Dios nuestras luces, talentos y virtudes, nuestros bienes, honores y ventajas, persuadiéndonos íntimamente que nada nos pertenece en propiedad. De esta manera es como el Christiano fiel se humilla baxo la mano poderosa de Dios.

Sin embargo esta virtud no es la mas facil en la practica, porque se opondrá siempre á las inclinaciones de nuestro corazon, y porque está unida estrechamente con todas las demas virtudes, de las quales es ella el fundamento y la base; pero tampoco hay otra que recompense con mas generosidad los esfuerzos que hacemos para adquirirla y conservarla, porque es el origen de una

gloria tan cierta como duradera. Dios, dice el Apóstol, os ensalzará en el dia de su visita á proporcion de vuestras humillaciones baxo su mano poderosa.

Este dia, que el Apóstol llama de gloria, es el mismo que llamaba un Profeta dia de confusion y de horror, y es tambien el que tiene destinado Dios para ensalzar la humildad de las almas simples y dóciles. Esta no es una materia difícil de comprehender. La separacion sola de los buenos, y de los malos bastaria para confundir el orgullo del impío, y recompensar la simplicidad del justo; pero el Dios poderoso, de quien habla el Apóstol, tan magnífico en sus dones, como terrible en las sentencias de su justicia, recompensará al justo de todos los ultrages y desprecios que ha sufrido por causa de su fidelidad. La parte que tendrán los Santos en la manifestacion del Hijo del hombre, será proporcionada á la que hayan tenido en sus oprobrios, y el vengador de su gloria será el mismo que vengue la gloria de Jesu-Christo. ¡Qué motivo tan poderoso, hermanos míos, para sostener nuestra con-

fianza! Echad sobre él, dice el Apóstol San Pedro, toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vosotros. En este lugar comprende el Apóstol las solicitudes que miran á la salvacion, y aquellas que se refieren á la vida animal y sensible. Dios no autoriza jamas la solicitud excesiva de ciertas almas fieles y piadosas, que viven en un continuo temor de separarse de los caminos de Dios. Estos justos á la luz de su acalorada imaginacion ven armado al Señor con los rayos de su justicia, y registrando sus corazones los encuentran manchados con todo género de pecados: ellos consideran la ley divina como un yugo opresor, y miran el cielo como un lugar inaccesible á pesar de todos sus esfuerzos; y en vez de tributar á la bondad, á la paciencia y á la misericordia de Dios el homenaje debido, ejercitan sus temores, y piensan que sus méritos serán ineficaces para mitigar su cólera. De aquí procede esa agitacion en la oracion: de aquí esos escrúpulos impertinentes que tanto influyen en sus prácticas religiosas: de aquí esa repeticion molesta de unas mismas palabras quando rezan, repeticion

que léjos de fixar su espíritu le distrae: de aquí esa desconfianza en el tribunal de la penitencia, en el qual despues del exámen mas escrupuloso, y del detalle mas circunstanciado, todavía no estan satisfechos de la integridad de sus confesiones: de aquí proceden finalmente esos ayes, y suspiros que estas almas insensatas llevan hasta el pie del altar, privándose por esta causa de las dulzuras inefables de un Sacramento, que debe ser nuestro mayor consuelo. Hermanos míos, tened entendido que con estas disposiciones nacidas muchas veces de un buen principio, no solo no se honra á Dios como corresponde, ni se le tributa el homenaje que exige su justicia, sino que estais expuestos á desconocer su misericordia. Sé muy bien que la imaginacion tiene por lo comun mas parte en estas debiliidades que el corazon; que las almas que experimentan estas agitaciones son regularmente las mas justas; pero esta situacion es muy peligrosa, y puede ser un obstáculo poderoso para los progresos de la virtud. En fin el Apóstol dice, que si queremos estar seguros de la salvacion, es

indispensable que pongamos en Dios nuestra confianza, porque su bondad exerce con nosotros las funciones de Padre, mas bien que las de Juez.

Pero hay otro género de desconfianza muy criminal, y es la que tiene por objeto las cosas necesarias á la vida. Los hombres se atormentan y se agitan para procurarselas: se afligen, se desalientan quando no las tienen: emplean para conseguir las toda suerte de medios sin atencion ni respeto á la caridad: unos á otros se las quitan de las manos con violencias crueles, y dexan por esto sumergidas muchas familias en el mayor abandono: jamas estan contentos con las riquezas que adquieren, y léjos de moderarse segun el precepto del Evangelio, satisfacen todos sus gustos sin limitacion alguna, adquieren quanto pueden, y lo guardan con sumo cuidado, como si hubiesen de ser eternos. Si alguna desgracia se los arranca de las manos, se desesperan, se desconsuelan, y acusan de injusticia, y de malicia indistintamente á todos los que á su parecer son autores de ella. De esta manera los bienes de la vida sirven de un continuo

tormento para estos infelices, bien sea que Dios los conceda, que los quite, ó los niegue.

El Apóstol nos indica hoy un medio muy fácil de procurarnos la paz, y es el de echar sobre Dios todas nuestras solicitudes y cuidados: pedir y esperar con la debida confianza el pan de cada dia, y llevar con paciencia y sumision la escasez de las cosas necesarias, si acaso no se digna concederlas, ó si las concede con medida, teniendo presente que aunque alguna vez por sus altos designios le niegue al justo sus favores, al cabo nunca le dexa perecer.

Despues de todo esto deben los Christianos observar con escrupulosa atencion el otro consejo que el Apóstol nos da en las siguientes palabras: Sed sobrios, y velad. Si observamos constantemente las leyes de la templanza, no tendremos que mortificarnos mucho, si acaso alguna vez nos vemos reducidos á tener aun ménos que lo necesario. Si somos pobres, y debemos ganar el pan con el trabajo, ó si las enfermedades y otros contratiempos nos inhabilitan, hallaremos en la

compasion de las almas inflamadas por la caridad, socorros proporcionados á nuestras necesidades, porque la Providencia nunca abandona á los que son fieles y sumisos á las leyes divinas.

Es cierto que los hombres se lamentan, si por ventura no tienen mas que lo puramente necesario; ¿pero hay otro estado mas propio para hacerlos vigilantes? La mediana nos pone siempre al abrigo de todas las tentaciones que ocasionan las riquezas, y engendra en nuestros corazones una paz, que se conoce difícilmente en la opulencia. En este estado son ménos temibles las solitudes, los pesares, las traiciones y las perfidias; y si el enemigo nos arma algunos lazos para perdernos, tenemos tambien mas medios y recursos para vencerle.

El Apóstol San Pedro nos pinta hoy nuestro adversario como un leon que anda rugiendo al rededor de nosotros, buscando á quien tragar, y por desgracia hace con frecuencia sus presas sobre aquellos que carecen de la vigilancia y de la sobriedad. Los unos le presentan un cuerpo agravado con el peso de las viandas y del vino; un

espíritu emborotado con una vida del todo carnal; un corazón embrutecido y esclavo de los sentidos, y una lengua que se desliza facilmente en la sensualidad. Otros le preparan unos ojos sin defensa dispuestos á mirar quanto se les pone delante; oídos abiertos á la mera insinuacion de las pasiones; pies prontos para caminar por el camino de la iniquidad; manos dispuestas á todo género de obras, y una lengua precipitada quando se trata de atacar al próximo, ó de blasfemar de la religion. ¿No podrá fundar este adversario buenas esperanzas de conseguir la victoria, quando nosotros mismos estamos de inteligencia con él para ayudarle?

Christianos, si no queréis ser presa de este enemigo feroz, seguid el consejo del Apóstol: resistidle fuertes en la fe, teniendo presente que vuestros hermanos esparcidos por el mundo sufren la misma tribulacion. Fortificad vuestro corazón meditando frecuentemente las verdades que nos enseña esta fe; y sobre todo reducidas á práctica, porque este es el verdadero modo de conocerlas. Resistidle comparando sus máximas con las que os presenta una mo-

ral pura, practicada por el mismo Jesu-Christo. Resistidle sobre todo desconfiándoos de vosotros, y confiando en Dios. Mirad á vuestro alrededor, y vereis que todos los que os rodean son vuestros hermanos, porque tienen una misma vocacion, y experimentan iguales tentaciones, tribulaciones y amarguras.

Esta reflexion es suficiente para responder á las quejas indiscretas, que todos los dias profieren los Christianos. Si en el curso de su vida les acontece alguna desgracia, ó un suceso inesperado, se derraman inmediatamente en murmuraciones; y como si el Señor pudiese tener acepcion de personas, exclaman diciendo: parece que este trabajo estaba hecho para mí, soy el mas desgraciado de todos, y ninguno tiene tanto que sufrir.

El Sabio nos dice, que nada hay nuevo debaxo del sol; y en efecto vemos que las aflicciones se suceden unas á otras, y que siempre son las mismas: que los mismos pecados se cometen ahora que en los tiempos pasados, y que nuestros hermanos sufren y padecen todo género de males.

El Apóstol San Pedro añade á este motivo de confianza otro muy singular, en el qual se reunen todos sus frutos si se practica con fidelidad. El Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesu-Christo á su eterna gloria, despues que hayais padecido un poco; él os perfeccionará, fortificará y consolidará. Todos los trabajos de la vida, si bien se consideran, son muy ligeros, hermanos míos. La miseria que nos oprime, y en la qual vivimos años y años llenos de disgustos é inquietudes; una enfermedad aguda que no nos permite un instante de reposo ni en el dia, ni en la noche; un enemigo declarado que no piensa mas que en hacernos todo el mal posible, y en desacreditarnos con las personas que pudieran hacer ó contribuir á nuestra fortuna; una esposa, unos hijos que se dedican á contradecir nuestros gustos y á resistir nuestros preceptos; un corazon rebelde, una voluntad imperiosa que se alza sin cesar contra el espíritu; una carne á quien no pueden domar del todo la oracion, y los exercicios de mortificacion, todos estos son males y aflicciones que á primera vista parecen de mucha mag-

nitud; pero en la realidad son de bien poco momento si los comparamos de buena fe con nuestros pecados, si los miramos á la luz de la gloria que nos preparan, si los medimos por los tormentos de Jesu-Christo, que es el consumidor de nuestra fe; y en fin si consideramos los días y los años que pasamos en ellos con relación á toda una eternidad. Si tenemos estas disposiciones, hermanos míos, no hay que temer, porque los trabajos solo sobrecogen á todos los que carecen de los principios de la religion, y por consecuencia de la humildad. Entonces léjos de quejarnos, nos felicitaremos unos á otros de tener que sufrir alguna cosa. Entonces estudiareis el modo de aplicar los trabajos para expiar los pecados, y honraris con vuestra paciencia á aquel Señor de quien es la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.
cap. 15. v. 1. 10.

En aquel tiempo: Se acercaban á él los Publicanos, y pecadores, para oírle. Y los Phariseos, y los Escribas murmuraban, diciendo: Este recibe pecadores, y come con ellos. Y les propuso esta parábola, diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre, que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no dexa las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se habia perdido, hasta que la halle? Y quando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso: Y viniendo á casa, llama á sus amigos, y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja, que se habia perdido. Os digo, que así habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia. ¿O qué muger que tiene diez drachmas, si perdiere una drachma, no en-

ciende el candil, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y despues que la ha hallado, junta las amigas, y vecinas, y dice: Dadme el parabien, porque he hallado la drachma, que habia perdido. Así os digo, que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

INSTRUCCION.

No nos quejemos, hermanos míos, de que la moral del Evangelio es demasiado dura, ni de que solo presenta verdades tristes para los pecadores. Es verdad que Jesu-Christo para despertar al impío del sueño de su pecado, le hace las amenazas mas terribles, y le conmina con los castigos mas espantosos; pero tambien, y con mas frecuencia se sirve para interesarle y reanimar su valor de promesas consoladoras, de invitaciones tiernas, y de solitudes llenas de caridad y de amor. Quanto un alma está mas oprimida del

peso de sus crímenes, tanto mas digna se hace de su atención y misericordia. No solo la espera, sino que la llama: si huye, la busca: si se obstina en su pecado, la persigue con inquietud hasta que la encuentra, y la trae al aprisco. Tal es su solitud y su cuidado, que muchas veces nos parecerá que abandona á un justo para acordarse de que él es el asilo de los pecadores. En fin para darnos confianza nos repite frecuentemente en el Evangelio, que la conversion verdadera y sincera del pecador, que ha pasado largos años en grandes pecados, le merece una preferencia decidida, considerándola con respeto á una dilatada perseverancia, que se pasa muchas veces en la indolencia y la tibieza.

¡O qué bien conocia el Profeta todo el valor de esta misericordia, quando decia: Israel, qué bueno es tu Dios! Tu salvacion y tu felicidad son los objetos únicos que llevan su atención; y así cantaré yo sus misericordias ántes de publicar sus juicios.

Pecadores, si Dios nos manda que levantemos de quando en quando nuestra voz para daros á conocer toda la

enormidad de vuestros pecados; y si para excitar en vuestros corazones un temor saludable, exige que os demos razon del rigor de sus juicios, tambien quiere que os intereseamos con la relacion de sus misericordias y de sus bondades. Esta es la consequencia que ofrece hoy la Iglesia á nuestra consideracion. Si deseais tan sinceramente como Jesu-Christo vuestra salvacion, no permanecereis por mucho tiempo en el pecado; y si sabeis corresponder á sus llamamientos con la solitud que manifiesta, bien pronto llegareis á ser grandes santos. Esta verdad es la que principalmente está contenida en el Evangelio que acabais de oír; y á fin de que podais conocerla en toda su extension, voy á presentaros algunas reflexiones, que sin duda serán suficientes. Pedid á Dios que me dé sus luces.

Las predicaciones de Jesu-Christo se habian hecho célebres, hermanos míos, en toda la Judea. Sus enemigos á pesar de toda su animosidad y de su envidia no podian dexar de mirarle como un gran Profeta, y aunque los Sacerdotes y los Fariseos procu-

raban desacreditar su doctrina, esto no impedia para que todas las veces que se proponia instruir al pueblo viniesen á oírle hasta los Publicanos y los pecadores.

Sin embargo el Evangelio que tantas veces nos habla de los sermones de Jesu-Christo, se explica muy rara vez acerca de las conversiones que obraban sus palabras. Es verdad que concurre siempre gran muchedumbre para oírle, y que les habla con energía al interior de su corazón, dándolos á conocer unas verdades que no habian entendido ántes; pero por desgracia apenas hacen impresion, ni producen efecto alguno. Sus discursos se apoyaban por lo comun con milagros patentes; pero esta multitud se retira, y se queja de que su moral es muy dura.

Nada, hermanos míos, nos llena mas de amargura en el exercicio de nuestro ministerio, y nos abate el espíritu, como la poca ó ninguna esperanza que tenemos de que nuestros trabajos consigan algun fruto. Si Jesu-Christo, que era el dueño de los corazones, permitió que las palabras de vida eterna que salian de su boca no

produsesen sino muy raro efecto, ¿qué será de nosotros? Es verdad que los Ministros del Evangelio suben á las cátedras christianas para enseñaros las reglas de la moral, y que vosotros manifestais la mayor solicitud para oirlas; pero adónde están los frutos? ¡Ah! sin duda venis al templo con las malas disposiciones que los Fariseos, ó acaso como esos pecadores y publicanos de que nos habla el Evangelio. Endurecido vuestro corazon, y cercados por todas partes de las pasiones mas violentas y vergonzosas, no dais entrada á las máximas evangélicas que os predicamos; y conservando todas las imperfecciones y flaquezas que tanto os degradan á los ojos de la divinidad, la fecunda palabra de Dios nada produce en vuestras almas.

Jesu-Christo conocia muy bien estas diferentes disposiciones, pero no vemos sin embargo que se queje; y aunque el mal suceso de sus discursos parece que debia obligarlo á callar, no por eso dexa de publicar su doctrina, siempre que se le presenta la ocasion. Esa multitud que se apresura para escucharle, y que le sigue por todas par-

tes, le inspira la mas viva confianza de conversion; y así espera que á fuerza de oir hablar tantas veces de la justicia y de las virtudes, abandonarán al cabo los caminos de perdicion, y que entrando en los de la gracia procederán á practicar las obligaciones que les impone la ley. Nosotros, hermanos míos, ¿podrémos formar un juicio tan favorable? ¿Deberemos consolarnos al ver la diligencia que poneis para oir las verdades con que procuramos alimentar vuestras almas? Pero ya que venis á escuchar la palabra santa, no querais hacerla un objeto de pasatiempo, ni dexeis llevaros de los talentos y gracias exteriores del orador. Debeis persuadiros que la materia de la instruccion es siempre útil, y que para que fructifique la semilla de la salvacion, se requiere un oido atento, y un corazon dócil y pronto. Sobre todo no vengais jamas al templo con la detestable disposicion de los Sacerdotes y Fariseos orgullosos, los quales lisongeados de su justicia se avergonzaban de verse confundidos entre los pecadores. Estos miserables pensaban haber llegado al colmo de la perfeccion,

y que las máximas de conversión y de penitencia que Jesu-Christo enseñaba, no tenían lugar para ellos; pero no contentos con esta satisfacción que les suministraba su amor propio, murmuraban diciendo: éste recibe pecadores, y come con ellos. Sin embargo hasta aquí solo se valen de murmuraciones, porque no se atreven á darle en cara con las acusaciones que le hacian entre sí, temiendo verse confundidos por el Salvador, como ya lo habían experimentado en otras ocasiones. Por tanto no se atreven á pedirle abiertamente cuenta de su conducta, y satisfacen su envidia condenándole en su interior. Se mofan al ver que un hombre que á su parecer queria hacer gala de una vida ajustada y timorata, se confunda con unas gentes sin probidad, sin religion y sin honor, y que llegue su baxeza á tal punto, que coma con ellos un pan, que seguramente seria el fruto de sus injusticias. Pero aunque así juzgan, no hablan palabra, y conociendo Jesu-Christo la materia de su inquietud, y deseando que no se le escapase una ocasion de reprehenderlos é instruirlos, les propone una parábola para justificar su

inocencia y condenar su orgullo.

Antes de entrar en la explicacion de esta parábola conviene resolver varias dificultades que se presentan. ¿Por qué causa, hermanos míos, permitia Jesu-Christo que se le acercasen los pecadores con tanta facilidad? Unos hombres, cuyas almas estaban manchadas con los vicios mas enormes, ¿no eran indignos de mezclarse con aquel que era la santidad misma por esencia? Sin duda me responderéis, que en esta conducta tenia el Salvador designios de bondad y de misericordia ácia estos infelices, y así nos lo quiere dar á entender el Evangelio. ¿Pero nosotros necesitamos separarnos de los pecadores? ¿Será verdad que estamos expuestos á un peligro evidente de la salvacion si mantenemos con los malos relaciones y tratos íntimos? ¿Hay alguna circunstancia en que nos sea permitido tratar con los enemigos de nuestro Dios? ¿La religion autoriza en alguna ocasion los enlaces, contratos y amistades entre los justos y los pecadores? Escuchad, Christianos, lo que los Padres de la Iglesia nos enseñan sobre esta materia, y principalmente la doctrina de San Agustin

sobre la mezcla de los buenos y los malos. El Señor, nos dice este Padre, ha permitido esta mezcla para la utilidad recíproca de unos y de otros, y su mutua santificación. El justo ruega al Eterno, y consigue con sus oraciones la conversión del pecador. Este persigue á los justos, y por su medio se ejercitan y alcanzan la corona. Los buenos con la santidad de sus exemplos edifican á los malos, y los retraen muchas veces de sus pecados, y estos con sus frecuentes recaídas los enseñan á vivir siempre alerta, y á desconfiarse de sus propias fuerzas. De esta manera, dice el Santo Doctor, es como la Iglesia, inalterable siempre en sus principios, saca sus ventajas y sus progresos de los descaminos y pecados de sus hijos. Confieso, almas fieles, que es cosa muy dura, y á las veces insufrible para los que de corazón aman, y profesan la virtud, el verse confundidos entre los perversos que la persiguen y desprecian. Ya veo vuestros sentimientos, y oigo las quejas que dais al Cielo al considerar la prolongación de vuestro destierro entre los habitantes de Cedar; pero no sabeis que aquel Señor que hace lucir su

sol sobre todos los hombres tiene sus designios de misericordia sobre ellos como sobre vosotros, y que quiere que á medida que su impiedad le irrita y le insulta, procureis edificarlos con santas obras? ¿Podeis ignorar que os ha establecido por sus mediadores para detener el brazo de su justicia? Christianos, si vuestros exemplos y oraciones no son suficientes para conseguir su conversión de los malos, ¿no servirán ellos á lo ménos para probar y purificar vuestras virtudes? Felices si como Jesu-Christo podeis contribuir á su salvación, ó conseguir por su medio un mérito distinguido para con Dios.

Es verdad que se necesitan grandes precauciones para vivir y conservar la virtud entre los pecadores. Nosotros mismos experimentamos todos los días que sus escándalos y malos exemplos son piedras resbaladizas aun para los que presumen de alguna fortaleza; pero el Apóstol hablando en términos precisos de estos casos nos da un consejo de grande utilidad, y es el de amarlos entrañablemente; pero con un amor sabio, que distinga el pecador del pecador. Si hay necesidad de conversar con

ellos, se ha de preferir siempre la gloria y los intereses de Dios: si alguna vez nos vemos precisados á concurrir á sus tertulias y asambleas, que sea manifestando aquella firmeza y decoro, propia de un Christiano para poner un freno á su iniquidad. En fin, tenemos estrecha obligacion de trabajar para adquirir su confianza, y de poner todos los medios que puedan conducir á ganarlos para Jesu-Christo. De esta manera es como puede vivir un Christiano en medio de los pecadores.

Jesu-Christo propone á los Fariseos una parábola, en la qual quiere demostrarlos el interés que toma en su salvacion. Ya sabeis, hermanos míos, que para proporcionar sus instrucciones al estado y capacidad de los oyentes se valia de figuras y parábolas, y de esta manera presentándoles los principios, los iba llevando poco á poco á que sacasen las conseqüencias por sí mismos. En efecto, les presenta la imagen de un hombre dueño de un rebaño numeroso que dirige todos sus cuidados á su conservacion, y les dice: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas no de-

xa las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se habia perdido hasta que la halle? Y quando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso, y viniendo á casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. ¡Qué imagen tan tierna nos presenta, hermanos míos, esta figura de los cuidados y solitudes de nuestro Dios! El pastor á todas las ovejas las mira con igualdad; y si una se le escapa, abandona las otras, y corre ansioso á buscarla, atropellando todos los estorbos que se le presentan. Si ella se muestra insensible á su voz, no por eso dexa de seguirla, y aunque se vea fatigado por los ardores del Sol, no descansa ni un momento. ¡Pero qué placer quando al cabo da con ella! Entonces quisiera que todos tomasen parte en su alegría, y volviéndola al aprisco se felicita de su fortuna.

Esto mismo es lo que hace Jesu-Christo. Los Profetas que nos hablan de su ministerio y su mision nos le representan como un pastor que debia correr tras las ovejas perdidas de la casa de Israel. Su cetro le miraban como

el cayado que sirve al pastor para conducir su ganado. Su reyno le designaban á la manera de un prado que produce con abundancia las yerbas mas provechosas. En fin, Jesu-Christo mismo confirmando esta verdad, nos dice que solo quiere hacer un pueblo y un rebaño de todas las naciones de la tierra.

¿Es posible, hermanos míos, que un Dios se revista de esta qualidad para unas criaturas que solo han pensado en ofenderle? ¿Quando debia tomar el rayo para confundirlas: quando en aquel momento que mas encenagadas estan en sus crímenes debia llamarlas para que le diesen cuenta de sus obras; entónces las convida con su misericordia, y las habla unas palabras de paz y de gracia? Pero así lo enseña la fé; y á la verdad que considerando todo esto, nos debiamos llenar de confusion al ver la paciencia de nuestro Dios. Esto es lo que excitaba en San Agustin su admiracion y reconocimiento; pero yo quisiera que las palabras de este Santo Doctor penetrasen el corazon de los pecadores mas endurecidos, y con esto solo tendria lo muy suficiente para esperar que se so-

parasen del mal, y que supiesen corresponder á los llamamientos que los ha hecho Dios por un efecto de su misericordia.

Dios, dice este Padre, empleaba los mas piadosos artificios para sacarme del abismo adonde me habian sumergido mis pecados: yo procuraba evitar su presencia, pero él me perseguia, y un leon hambriento no se manifiesta tan codicioso de su presa, como este Señor se mostraba zeloso de mi salvacion. Yo le estaba viendo ya en las lágrimas de una madre que no cesaba de llorar mis pecados, y de solicitar mi conversion; ya en los remordimientos de una conciencia sobresaltada que continuamente me reprehendia mis desórdenes, y ya en los discursos de un Obispo, cuya eloqüencia conmovia, y ablandaba la dureza de mi corazon. Si algunas veces procuraba disipar mis disgustos con pasatiempos peligrosos, una secreta amargura turbaba luego el placer que sentia. Si queria lisongear mi curiosidad con las ficciones de los poetas ó los sistemas de los filósofos, inmediatamente descubria sus mentiras, y á pesar de todas mis diligencias para huir de aquellas cosas que

podieran traermelo á la memoria, este Señor parecia mas solícito para ponerlas delante.

¿No es esta, hermanos míos, una pintura fiel de las misericordias de Dios sobre vosotros? Decidme, pecadores, que tanto tiempo hace estais separados de los caminos de la salvacion, ¿no está la gracia trayendoos siempre á la memoria aquellos medios mas eficaces para conocer vuestros desórdenes, y convertirlos á Dios? Si no temiese renovar vuestros dolores, os acordaria en este lugar esas caidas terribles que os deshonran á los ojos del Señor: ese abismo vergonzoso en que estariais todavía sepultados si no se dignase concederos tantos y tan eficaces auxilios; pero pues que se empeña su misericordia en olvidar vuestros pecados, no hablemos ya de objetos tan tristes. Sin embargo no debemos guardar silencio sobre los motivos de vuestro reconocimiento; y en efecto, ¿no son innumerables los beneficios que debeis á un Dios, que aunque tiene su brazo levantado para castigar, no le dexa caer, porque quiere la salvacion de vuestras almas?

Pecadores, con vosotros habla par-

ricularmente esta parábola: acordaos que Jesu-Christo es vuestro Pastor: si estudiáis con toda atencion su vida y sus exemplos, no dexareis de conocerle, y tendreis en ellos un medio para juzgar de vuestra conducta. Hace tiempo que este Señor os espera, que os busca, que os llama, y ahora mismo está gritando al interior de vuestro corazon por el medio de mis palabras. Por tanto deberé advertiros con el Profeta, que si acaso teneis la fortuna de oír hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones. Considerad, os diré tambien con el Profeta, que nuestros padres fuéron excluidos del lugar de su descanso, solo por haber resistido la palabra de vuestro Dios; pero sin embargo, hermanos míos, en este mismo instante os busca, y abandonais su presencia: os llama, y estais sordos: quizá callará bien pronto, y su silencio llenará de confusion vuestras almas, y os entregará á la desesperacion mas cruel. Entónces os abandonará ya del todo. Tomareis algunas medidas para buscarle, dareis algunos pasos para salirle al enencuentro; pero serán inútiles, porque no le encontraréis, y todos los recursos de que podreis

echar mano quedarán sin efecto, porque morireis en vuestro pecado.

Escuchad por tanto mientras que todavía es tiempo: su verdad os habla, y os dice, que todas las máximas del siglo son otras tantas mentiras: que todos los placeres, por los cuales tomáis tantos afanes y solitudes, son frívolos y pasajeros; y que el mundo no puede ofrecer ningún recurso para quien pierde su alma.

Escuchadle: su justicia os habla, y os dice que todas las verdades terribles que os anunciamos de muerte, de juicio y de infierno, no son como imagináis exágeraciones piadosas, inventadas para intimidar los espíritus débiles: que el Cielo y la tierra pasarán; pero que las palabras de Dios que tantos anatemas pronuncian contra los impíos, no dexarán de tener su cumplimiento.

Escuchadle: su misericordia os habla, y os dice que todavía es tiempo de volver á tomar el sendero de la vida que habiais perdido: ella os abre la puerta del arrepentimiento y la conversión: ella os hace entender la necesidad en que os halláis de depositar vuestros cuidados en las manos de los ministros

de vuestra reconciliacion, y os anuncia por su boca, que si vuestras protestas son verdaderas, restituirá á vuestros corazones la paz que habia destruido por el pecado.

Escuchadle: su santidad os habla, y os echa en cara vuestra corrupcion: ella os pide cuenta de la inocencia que habiais recibido en el bautismo: ella os acuerda la santidad de vuestro carácter, y os advierte que la gracia es el único tesoro digno de un Cristiano.

Escuchadle en fin: su providencia os habla, y se vale para instruíros de quantas cosas os rodean: os habla en las pérdidas, en la miseria, en las enfermedades, en los trabajos, en la muerte de las personas que amáis, en la vida, en vuestros placeres, y quizá tal vez en vuestros pecados.

Insensibles, ablandad ese corazón á las voces que os da Jesu-Christo, seguros de encontrar todos los consuelos; y tened presente que un pecador convertido exige mas bien la recompensa de los trabajos y tormentos que ha sufrido, que la perseverancia de muchos falsos justos, cuya conversión no pode-

mos esperar de modo alguno. La mudanza de un solo impio alegra todo el Cielo, y los Angeles celebran este triunfo al mismo tiempo que manifiestan la mayor indiferencia en la vida de esos Christianos, que á su parecer no tienen necesidad de penitencia.

En efecto, la penitencia de un solo pecador debe causar mas alegría en el Cielo, que la perseverancia de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. Pero quando vengo á anunciar la remision y la paz á los pecadores, ¿me veré precisado á turbar la seguridad de los justos que me escuchan? ¿Será el pecado instituido para agradar á Jesu-Christo? La perseverancia en el bien ¿no será de ningun mérito á sus ojos? Para ser el objeto de su alegría ¿habrá necesidad de ofrecerle las horrendas manchas de los desórdenes y malas costumbres? El hombre que ha sabido conservar la inocencia en este triste destierro, donde se ve combatida de tantos peligros, ¿acaso tendrá mas mérito en el dia de las venganzas, que aquel que habiendo pasado muchos años en los pecados, y los placeres corresponde al cabo á los llamamientos de la gracia, y

lava su alma de las manchas contraidas con abundantes lágrimas y penitencias? Hermanos míos, ya Jesu-Christo ha respondido á estas preguntas en diferentes ocasiones; pero en este lugar da una respuesta tan terminante que no dexa la menor duda. Ved sus palabras: os digo, que así habrá mas gozo en el Cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester penitencia. Dios, en efecto, es muy justo para que confunda los méritos; pero tambien es muy misericordioso para que deseche el sacrificio de un corazon contrito y humillado. ¿A quién pensais que dará entrada en su casa con preferencia el Padre de familias? ¿Será al que le ha servido por mas tiempo, ó á aquel que le ha entregado todo su amor? ¿No veis á muchos pecadores recién convertidos, que son los maestros y los modelos de sus hermanos en el camino de la perfeccion? ¿Qué dirán á su vista esos que tanto se precian de virtuosos?

Comparad, hermanos míos, á un justo que detesta todas aquellas obras que pueden desagradar á Dios, pero que al mismo tiempo vive en una habitual

indiferencia sobre aquello que puede agradarle, con un pecador convertido que se entrega á la virtud con todas veras, y que entra por sus caminos con la misma solicitud y firmeza que ha mostrado en los pecados. Vosotros mismos á la vista de este paralelo dareis la sentencia en favor de aquel que Jesu-Christo prefiere. Oxalá que esta comparacion sirva de testimonio á las almas tibias para desechar su tibieza.

El justo acostumbrado á servir á Dios desde la infancia, sabe que el crimen es una verdadera esclavitud; que un solo pecado mortal basta para turbar la paz de que goza su corazon, y satisfecho con no ser del número de los grandes pecadores, no toma tampoco las medidas oportunas para practicar grandes virtudes.

El pecador verdaderamente contrito sostiene con vigor un combate continuo con sus pasiones; y como su corazon está poco acostumbrado á la práctica de la virtud, siente todas las punzadas del aguijon de la carne, y temiendo volver á caer en el abismo de donde le ha sacado la gracia de Jesu-Christo, pone las diligencias más exquisitas

para adelantar en el camino de la perfeccion.

El justo persuadido que no hay en la tierra una justicia absolutamente perfecta, se permite una infinidad de imperfecciones y faltas que mira como de poca consideracion; y como se persuade que no son capaces por su pequeñez de quitarle la gracia, va insensiblemente, aumentándolas de dia en dia, y al cabo, si no toca en el pecado mortal, está en un riesgo continuo de cometerlo.

El pecador verdaderamente convertido, sabiendo que no dista mas que un paso la penitencia del pecado, y que el vaso que contiene la gracia de la reconciliacion es todavía mas quebradizo que aquel donde se depositó la primera inocencia, vive en una continua vigilancia; y temiendo que un cobarde reposo le disminuya ó le robe su tesoro, estudia quanto puede para aumentarle y guardarle.

En fin, el justo no toma muchos conocimientos de la penitencia, porque no la cree absolutamente necesaria para su estado: tampoco hace muchos ejercicios de humildad, porque se con-

ña demasiado en su justicia; pero el pecador considera todas sus mortificaciones y penitencias como inferiores infinitamente á sus pecados, y las misericordias del Señor como favores que exceden sobre manera á sus méritos. He aquí la causa de la indiferencia de estos justos, y de los consuelos con que los pecadores ven premiados sus trabajos; y ved tambien demostrada la razon de la parábola de Jesu-Christo.

Pero todavía propone otra que no me parece ménos admirable que ella. ¿Qué muger que tiene diez drachmas, dice, si perdiere una drachma, no enciende el candel, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y despues que la ha hallado junta las amigas y vecinas, y dice: dadme el parabien porque he hallado la drachma que habia perdido.

En la primera de estas parábolas habeis visto, hermanos míos, como Jesu-Christo ama infinitamente mas al pecador que hiciere penitencia, que al justo persuadido que no la necesita; pero ahora voy á presentaros con S. Agustin otras reflexiones muy interesantes. La misericordia de nuestro Dios está

siempre en lucha con su justicia, y se ocupa incesantemente en pedir y conseguir para nosotros las gracias espirituales y corporales de que tenemos necesidad; ¿pero de qué manera correspondemos á beneficios tan señalados? Ya que ella es tan poderosa para alcanzarlo todo, ¿no tendrá tambien fuerza suficiente para determinar nuestro corazon á conformarse con su voluntad? Las entrañas de vuestro Padre, hermanos míos, estarán abiertas para condescender con todas las peticiones que le haceis, ¿y vuestro corazon se mantendrá insensible para corresponder á sus deseos? ¿Y qué pide la misericordia? Pide á los justos mas fidelidad para llenar sus obligaciones, mas zelo por los intereses de su gloria, mas caridad para con sus hermanos, y mas sollicitud por la salvacion de sus almas. Pide á los pecadores mas prontitud para convertirse á Dios, mas ánimo para romper sus cadenas, y mas horror á los pecados que tan justamente le han indignado. Pide á los pobres mas resignacion en su voluntad, mas sumision en sus trabajos, y mayor atencion para estudiar y meditar sus altos designios. Pide á todos

mas sollicitud para conformarse á su voluntad : mas frecuencia en la oracion : mas comedimiento en las palabras : mas vigilancia y mas desconfianza de sus propias fuerzas. Esto es todo lo que pide, y en ello se interesa principalmente nuestra salvacion. ¡ Que yo no pueda al acabar este discurso inspiraros aquellos sentimientos de que estaba penetrado el Profeta quando reflexionaba sobre la misericordia infinita de Dios para con los hombres!

Señor, exclamaba : hace mucho tiempo que estoy abatido baxo el peso de mis miserias, y por tanto no me atreva á levantar mis ojos para miraros ; pero mi alma asegurada en vuestras misericordias se atreve ahora á dirigirse á vos llena de la mas viva confianza.

Mi corazon no me da toda la seguridad que necesito : yo veo que la amistad y la proteccion que dispensan los poderosos de la tierra son muy pasajeras, y que apenas merecen considerarse ; pero la vuestra es tan poderosa que jamas tendré porque avergonzarme. ¿ Ha visto algun hombre frustradas sus esperanzas quando ha implorado vues-

tros auxilios en sus trabajos y aflicciones? Nada mas que invocaros necesita el justo para ser consolado. Yo sé, Dios mio, que todos los que esperan en vos no se verán confundidos.

Siempre que me he desviado de vuestros preceptos, he incurrido en mil delitos, y quando mi corazon ha querido apoyarse sobre sí propio, ha dado en mil escollos. No mireis, Señor, tantos pecados que han sido el efecto de la ignorancia, y de la ligereza de mi juventud. Pero, Señor, tengo que ofrecer un motivo que sin duda será muy poderoso para mitigar vuestra ira, y es el título que teneis de Dios de las misericordias, título que apreciáis sobre todos, y por el qual los hombres miserables experimentan tantos beneficios, y el perdon de sus pecados.

Si os dignais oír mis oraciones, publicaré vuestros favores : convidaré á todas las gentes que temen vuestras justicias para que admiren los inestimables bienes que habeis hecho á mi alma. ¿ Quién es el hombre que está verdaderamente penetrado del temor de su Dios?

Pero si él escucha sus promesas, ani-

mará su confianza, porque no está destinado á gemir eternamente en este desierto, sino para gozar de un Dios que es el origen de unos bienes, en cuya posesion no habrá quien le inquiete, bienes incorruptibles, y que durarán por toda una eternidad. Así sea.

INDICE

De lo que contiene este tomo quarto.

<i>Instruccion sobre los Juicios Temerarios.</i>	pág. 3
<i>Domingo II. despues de Pascua.</i>	18
<i>Instruccion sobre la Epistola de este dia.</i>	19
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	28
<i>Domingo III. despues de Pascua.</i>	49
<i>Instruccion sobre la Epistola.</i>	50
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	60
<i>Domingo IV. despues de Pascua.</i>	76
<i>Instruccion sobre la Epistola.</i>	77
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	89
<i>Domingo V. despues de Pascua.</i>	103
<i>Instruccion sobre la Epistola.</i>	106
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	118
<i>Instruccion para el dia de la Ascension sobre la grandeza de Jesu-Christo en el Cielo.</i>	139
<i>Domingo en la octava de la Ascension.</i>	150
<i>Instruccion sobre la Epistola.</i>	151
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	163

Domingo de Pentecostes.	182
Instrucción sobre la Epístola.	183
Instrucción sobre el Evangelio.	212
Instrucción para el día de Pentecostes sobre el mismo Evangelio.	226
Instrucción sobre la Falsa justicia ó la Hipocresía.	235
Día de la Santísima Trinidad.	254
Instrucción sobre la Epístola.	255
Instrucción sobre el Evangelio.	268
Domingo en la octava del Santísimo Sacramento.	288
Instrucción sobre la Epístola.	290
Instrucción sobre el Evangelio.	302
Domingo III. después de Pentecostes.	317
Instrucción sobre la Epístola.	318
Instrucción sobre el Evangelio.	322

ERRATAS.

Fágina.	línea.	dice.	debe decir.
94.	15.	de	del.
Id.	27.	les	las.
199.	7.	centro	centro.
241.	15.	executar.	excusar.
275.	6.	conocimiento	reconocimiento.
341.	10.	su	la.
347.	25.	abandona	abandonará.

